

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

CONQUISTAREMOS LA TIERRA



POR GEORGE H. WHITE

la
61
se

Nostálgicos de su viejo solar, obligados por una antigua promesa, los valeranos regresan para reconquistar la Tierra. Una profunda emoción embarga a los lejanos descendientes de la vieja civilización terrícola, al contemplar la patria de su raza. Y sus labios renuevan la promesa: ¡Conquistaremos la Tierra!

El formidable autoplaneta VALERA, descubridor de mundos y campeón de todas las causas perdidas, se dispone a disputar la posesión del Mundo al más implacable enemigo, el único al que jamás había podido vencer antes, ¡los sadritas!

¡Conquistaremos la Tierra! A cualquier precio, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios, luchando a muerte contra los aborrecidos y poderosos Hombres de Titanio. ¡Recuerda terrícola, y despierta!



George H. White

Conquistaremos la Tierra

La saga de los Aznar - 35

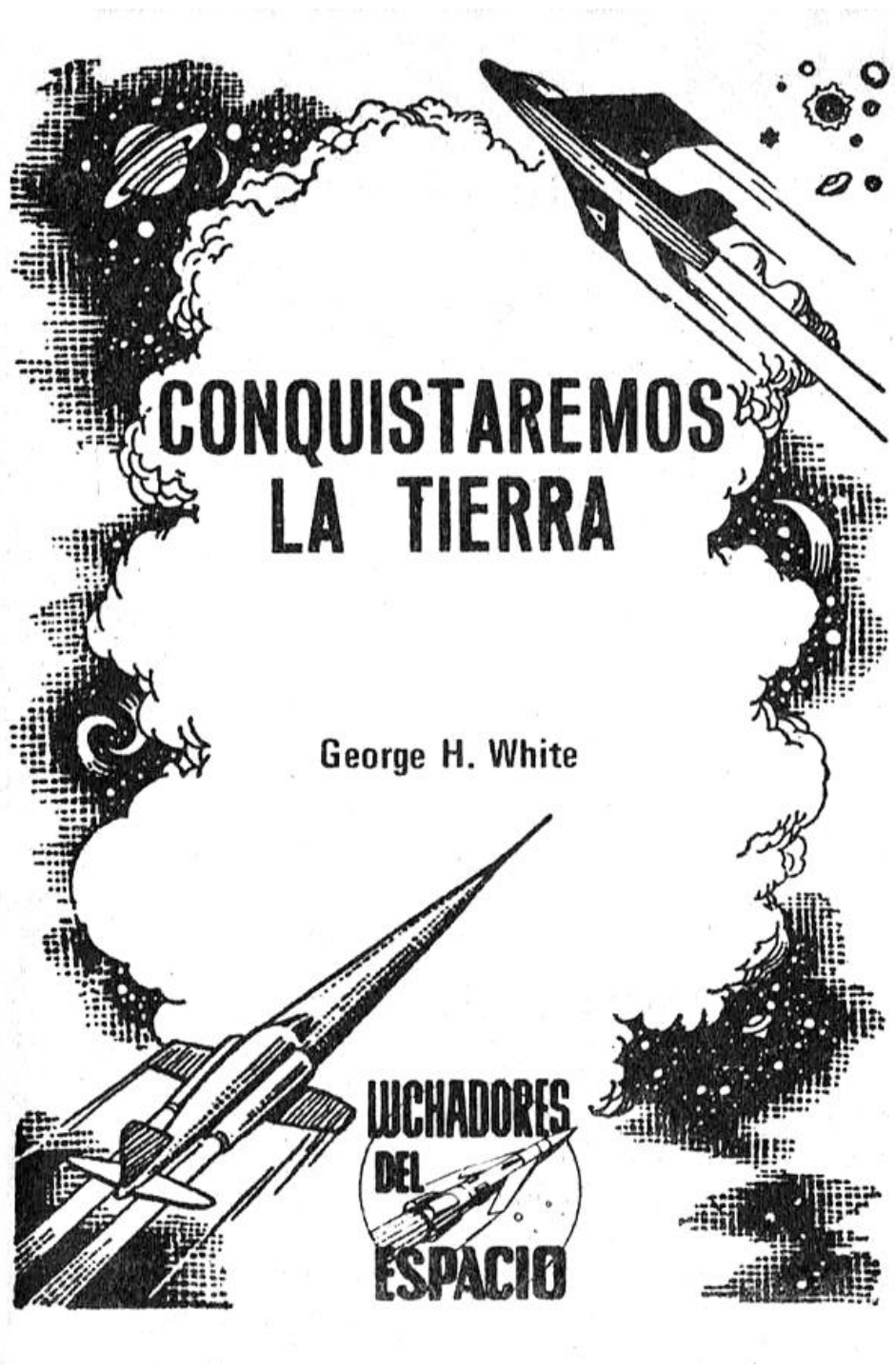
ePub r1.1

Titivillus 12.08.15

Título original: *Conquistaremos la Tierra*
George H. White, 1975

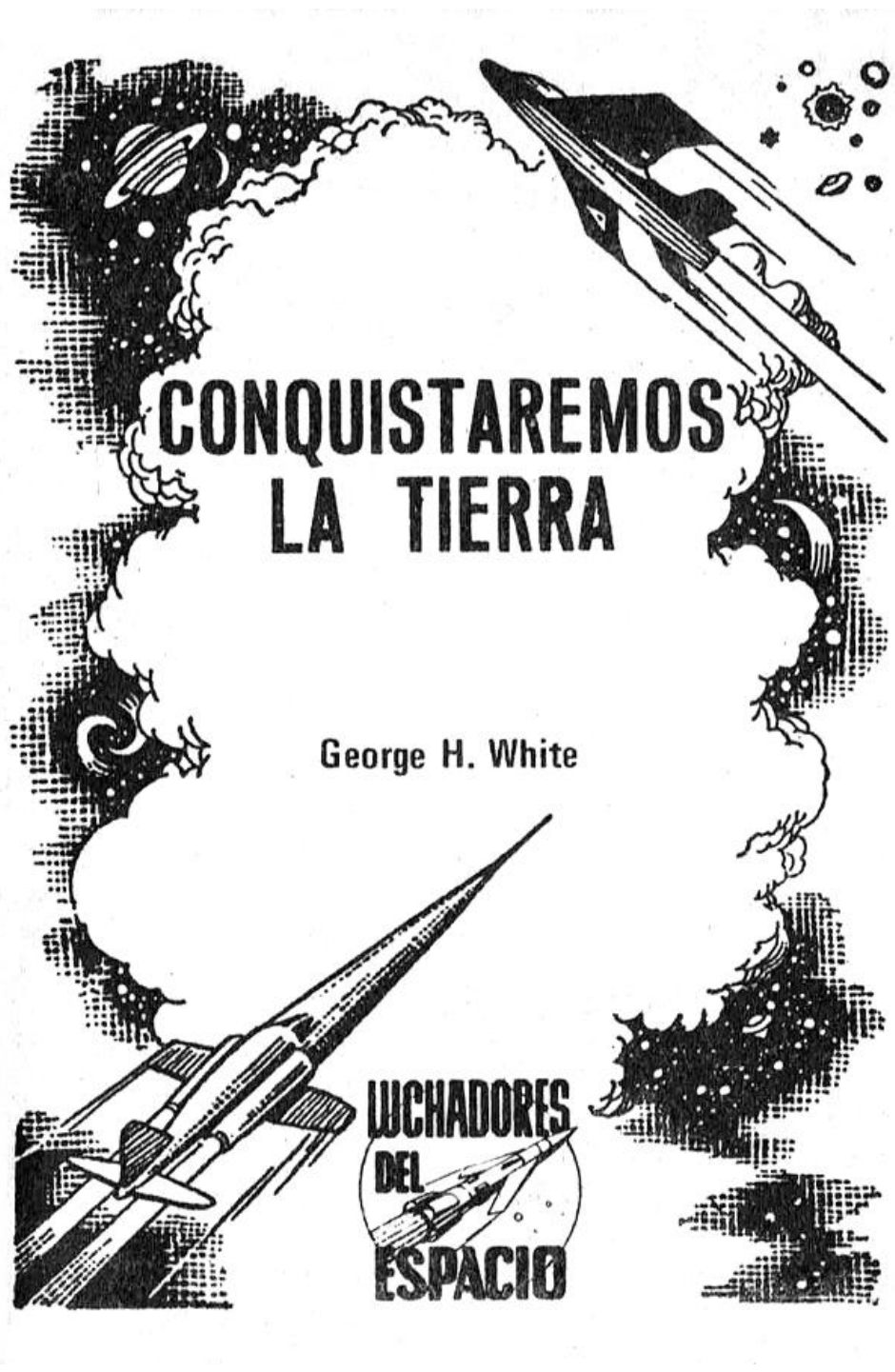
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





CONQUISTAREMOS LA TIERRA

George H. White



LUCHADORES
DEL
ESPACIO



CAPÍTULO I

Unos minutos después de haber atravesado la puerta del astromart, los rayos de un sol inclemente, siempre en el cenit, caían verticalmente sobre la cabeza y los hombros de los pasajeros que, maleta en mano, se dirigían por la pista de cemento hacia la Estación Terminal. Desde la terraza del edificio, amigos y parientes que vinieron a esperar a los viajeros, se hacían notar agitando sombreros y pañuelos. Se escuchaban voces de niños: “Tía Elena..., tía Elena...”, y otras que gritaban jubilosas: “Abuelito..., abuelito...”

La gente se comportaba igual en todas partes, pero apenas echaba uno pie a tierra en el cosmódromo de Zafo, se daba cuenta que había llegado a otro mundo.

En primer lugar estaba el clima; cálido, pegajoso y agotador. La luz era distinta; una luz que reverberaba en todas partes y hería y quemaba las pupilas obligando a entrecerrar los párpados. Y luego el espacio.

Éste era ATOLÓN, el gigantesco hiperplaneta; un mundo donde todo se daba en proporciones aplastantes, en dimensiones como hechas a la medida de una humanidad de colosos, un territorio inmenso, de océanos inmensos... Tierra de sorpresas y contrastes; de exuberantes selvas, de caudalosos ríos, de nevadas cumbres, de ardientes desiertos, de onduladas praderas...

País de lluvias torrenciales, de tifones y terremotos.

Todavía más real era la impresión de encontrarse en un planeta distinto, cuando uno pasaba las puertas de cristales de la sala de espera.

La sala, climatizada, era muy grande, con pisos de mármol negro. Allí, el forastero llegado de VALERA chocaba por primera vez con un idioma extraño. Todos los avisos de los altavoces se daban sucesivamente en castellano y bartpurano. La gente que se movía de un lado a otro, y la que esperaba pacientemente en los largos divanes rojos, era una pintoresca mezcolanza de tipos y vestimentas.

Terrícolas, bartpuranos y mestizos de ambos, ofrecían a la vista un festival de colores y estilos. Mientras los terrícolas vestían pantalones cortos y holgadas camisolas de estampados chillones, tocados con sombreros de paja, protegidos los ojos con gafas de sol, se veía a los bartpuranos con sus cortas túnicas, sus piernas morenas y sus sandalias, tocados con el clásico “shaor”, amplio pañuelo listado que les caía sobre los hombros y quedaba recogido sobre las sienes, al estilo de los egipcios de los tiempos faraónicos.

Se veían mujeres bartpuranas con sus largas y elegantes túnicas, blancas, amarillas y lila; desnudo el hombro, los brazos desnudos adornados con pulseras y ajorcas de oro, y sus altos, artísticos y complicados peinados. Y también monjes “bundo”, con sus voluminosas cabezas afeitadas y sus túnicas rojas o moradas, según su grado sacerdotal.

Los mestizos o “bautas”, mezcla de terrícola y bartpurano, aportaban su nota de originalidad. Libres de prejuicios, a caballo entre dos razas y dos concepciones distintas de la vida, adoptaban de una y otra lo que les convenía. La mayoría vestían túnicas cortas, que eran más frescas y permitían mayor libertad de movimientos que los pantalones, usaban gafas ahumadas y se cubrían con sombreros cónicos de rafia, al estilo de los coolies chinos.

En medio de esta abigarrada mezcla de razas e indumentarias, destacaban los uniformes caqui del ejército colonial; altos calcetines hasta por bajo de la rodilla, calzón corto, sahariana y “salacot” forrado de tela... y la siempre vistosa y pulcra nota de las gorras y uniformes blancos de los astronautas y oficiales de la Armada Sideral.

Cuatro oficiales y ocho suboficiales de la Armada acaban de llegar en la astronave que hacía la línea regular entre el autoplaneta VALERA y Nueva Hispania. El de mayor graduación, Miguel Ángel Aznar Bogani, era un capitán de navío. Muy joven para su grado, era alto y atlético, de cabellos negros y ondulados, ojos castaños sombreados de largas pestañas, mentón cuadrado y barbilla enérgica. En la mano traía una bolsa de viaje de cuero.

Cruzando toda la sala de espera, los viajeros salieron al vestíbulo, donde eran esperados por los familiares que acudieron a recibirles.

La inmensa mayoría del tráfico de viajeros entre VALERA y la colonia tenía un carácter de tipo sentimental. En vísperas de la partida del autoplaneta, los viajeros del planetillo iban al circumplaneta a despedirse de familiares y amigos.

La larga historia del autoplaneta estaba jalonada de fechas históricas de este tipo. En sus continuos viajes de un lado a otro del Universo, las despedidas de VALERA tuvieron siempre un carácter más bien dramático. Casi siempre los que marchaban tenían el convencimiento de que al regreso no encontrarían ya a las personas que dejaron.

En efecto, mientras los viajeros del autoplaneta experimentaban el fenómeno de elentización del tiempo, los años seguían su curso normal en el planeta que dejaron. Los viajeros del autoplaneta que partieron de la Tierra tendrían al regresar setenta años más sobre los que tenían al partir. Pero mientras ellos vivían setenta años en el espacio, en la Tierra habrían transcurrido siglos, y al regreso no encontrarían ni cenizas de los familiares que dejaron al marchar.

Cuando, liberados de la tutela de la Confederación de Planetas Terrícolas, los valeranos se alejaron de REDENCIÓN, pensaron que jamás volverían a repetirse estas despedidas. Pero se equivocaron, pues de nuevo, cumpliendo su destino de descubrir y poblar nuevos mundos, VALERA iba a alejarse dejando atrás una parte de sí

mismo.

De los doscientos millones de habitantes que contaba VALERA al llegar a este rincón del Universo, en la actualidad sólo quedaban setenta y cinco. Cinco millones perecieron en la catastrófica epidemia declarada a bordo por virus extraños traídos con las muestras de la tierra y el aire que se tomaron del circumplaneta. Ciento diez millones emigraron a las colonias de ATOLÓN, donde en veinticinco años se reprodujeron doblando el número.

En efecto, la colonia de Nueva Hispania era un país de gente joven. Si en un principio los valeranos se mostraron remisos a abandonar el seguro refugio de su pequeño planetillo, finalmente acabaron seducidos por las enormes perspectivas de futuro que ofrecía el hiperplaneta, para sí y para las generaciones venideras.

Mientras VALERA era un planetillo hueco, de dimensiones parecidas a las de la Luna, donde se ejercía un rígido control de la natalidad, el circumplaneta era un inmenso anillo de materia solidificada girando lentamente alrededor del sol.

Sobre una plataforma de diez millones de kilómetros de ancho, y una longitud de mil ciento noventa y tres millones de kilómetros, se extendían once mil novecientos treinta y dos BILLONES de kilómetros cuadrados de tierras y mares. Veintitrés millones, quinientos sesenta mil planetas como la Tierra tendrían cabida sobre esta inmensa extensión.

Toda la vida vegetativa se desarrollaba en la cara interna del anillo, y por la particular posición del sol, en el centro geométrico del mismo, aquí brillaba un día continuo. Por el contrario, en la cara externa del anillo, donde no llegaban los rayos del sol, reinaba la noche eterna. Sin embargo, también esta parte del anillo, cubierta de hielos perpetuos, desarrollaba una función utilísima y necesaria.

El circumplaneta era un mundo tropical, porque incidiendo los rayos del sol verticalmente sobre todos los puntos de la cara interna, hacían elevar considerablemente la temperatura. De hecho, la vida habría sido imposible para los humanos en aquel mundo de no ser por las corrientes de aire que, circulando continuamente desde la cara interna y soleada, a la cara externa y helada, refrigeraban la atmósfera y mantenían la temperatura en unos límites soportables.

Hacia veintisiete años que el autoplaneta VALERA llegó a este rincón del Universo, y sus primeros contactos con la vida que se desarrollaba en este extraño mundo fueron desalentadores. Primero las bacterias estuvieron a punto de exterminar a la población de VALERA. Y casi simultáneamente se descubría la existencia de vida inteligente en el circumplaneta.

Los habitantes del circumplaneta eran una raza gigante de insectos sociales, las “mantis”. Habían desarrollado una tecnología comparable a la de la Tierra en la primera mitad del siglo XX, y se mostraron desde los primeros momentos decididamente hostiles a los terrícolas.

Sin embargo, posteriormente se tuvo la certeza de que el hiperplaneta estuvo habitado en fecha muy anterior por otra raza humana de características sorprendentemente parecidas a las del hombre de la Tierra. Esta antiquísima civilización estuvo representada por los bartpuranos, que habían alcanzado un grado insuperable de desarrollo cuando probablemente los primeros pobladores de la Tierra todavía habitaban en cavernas.

El hallazgo de un “super-robot” entre las ruinas de una antigua ciudad bartpur desveló de forma espectacular y repentina todo el misterio que envolvía a aquella raza desaparecida. Y lo que supieron los valeranos fue mucho más allá de todo lo imaginado.

Al parecer, la raza bartpur había iniciado una evolución regresiva, que la condenaba a desaparecer, cuando se produjo una mutación en las “mantis”. Estos insectos, que ya desarrollaban una vida social milenaria, poseían una ferocidad innata que, sumada a su recién adquirido poder físico, les convirtió en el mayor depredador del circumplaneta. Las “mantis” asolaron las ciudades bartpuranas y causaron gran número de víctimas. Pero los bartpuranos, que poseían conocimientos y poderes extraordinarios, no lucharon contra los insectos.

En primer lugar, los bartpuranos sentían un profundo respeto hacia la vida, en cualquiera de sus manifestaciones. En segundo lugar, el mayor peligro que les amenazaba no eran las “mantis”, sino la misteriosa regresión genética que hacía estéril a sus parejas y sentenciaba a fecha fija la total extinción de la raza. Pero durante siete siglos los bartpuranos estuvieron lanzando al espacio un mensaje destinado a alcanzar los confines del Universo. Esperaban

que este mensaje, recogido e interpretado por seres inteligentes, atraería al circumplaneta alguna raza de identidad cromosómica similar a la suya. La raza que llegó, veinticinco mil años más tarde, fue la terrícola en su rama valerana.

El “super-robot” de los bartpuranos, DHOLAK, a quien los valeranos llamaron IZRAIL, era algo más que un simple guardián de la raza. En realidad estaba capacitado para determinar si los extranjeros poseían características idénticas a la bartpurana. Entonces IZRAIL hizo la sorprendente revelación.

Los últimos bartpuranos (algo más de cincuenta millones) no estaban muertos. Tampoco vivían. Mediante una máquina llamada KARENDÓN, habían desintegrado sus cuerpos, fijando la fórmula de los componentes de cada individuo, con sus características físicas propias, en una serie de cintas metálicas perforadas. Mientras el alma de los bartpuranos vagaba en cierta Dimensión Temporal, especie de limbo donde no existía el tiempo, esperaban que alguien, poniendo la KARENDÓN en marcha, verificara al revés la operación que había tenido lugar veinticinco mil años atrás. Cuando la máquina reintegrara cada átomo a su lugar correspondiente, las almas de los bartpuranos regresarían a sus cuerpos.

Venciendo la incredulidad y el recelo de los valeranos, el Almirante Aznar obtuvo de la Asamblea Nacional un voto mayoritario a favor de la que se dio en llamar “operación rescate”. La máquina KARENDÓN fue desenterrada del lugar oculto sólo conocido del robot, y, puesta en marcha por los técnicos valeranos, empezó a materializar bartpuranos...

El primer personaje en salir de la KARENDÓN fue El Guía Aldrik Ban Ader, seguido de su esposa Dalo. El tercer personaje que se reincorporaba a la vida, después de permanecer veinticinco mil años en la Dimensión Temporal...

Este extraordinario personaje fue casi lo primero que vio Miguel Ángel Aznar Bogani en el vestíbulo. Se llamaba Yawna y era una mujer, su madrastra. Yawna había venido a esperarle, y apenas le vio salió a su encuentro. No corrió ni se alteró. Alta, delgada, vestida al estilo de las damas bartpuranas, con su túnica dorada que le cubría hasta los pies calzados con ligeras sandalias, los brazos desnudos adornados con pulseras, disimulando el tamaño de su cráneo con un decorativo peinado en forma de dos rodetes

circulares sobre las sienes, y un tercero en forma de topo, avanzó dignamente extendiendo sus largas y finas manos.

Miguel Ángel Aznar le tomó ambas manos y se las besó con respeto, mientras los compañeros de la Armada, con quienes había hecho amistad en los seis días que duró la travesía del espacio, le contemplaban llenos de curiosidad.

—Bienvenido a casa, Miguel Ángel —dijo Yawna en perfecto castellano—. El Almirante no ha podido acudir a recibirte, en este momento está ocupado en una sesión en el Senado.

—Gusto de verte, Yawna. Gracias por haber venido —murmuró Miguel Ángel haciendo una leve reverencia.

—¡Adiós, Aznar, espero que nos veamos en el viaje de regreso! —saludó un astronauta.

—Adiós, amigos..., hasta la vista —saludó Miguel Ángel.

Los que acababan de llegar se reunían en el vestíbulo con los que habían acudido a recibirles. Miguel Ángel Aznar ofreció su brazo a Yawna, quien apoyando ligeramente su mano en él le siguió a través de las amplias puertas del vestíbulo hasta la calle llena de sol.

Frente al edificio del cosmódromo, detrás de unos setos de flores y una hilera de palmeras, se extendía la playa de estacionamiento de vehículos.

No se veía un solo automóvil entre un millar de vehículos allí aparcados. Todos eran aerobotes.

El aerobote era de uso común en el circumplaneta. Era como un automóvil, pero sin ruedas. Su proa afilada y el fondo en forma de quilla, que le permitía posarse en el mar en caso de emergencia, le hacían parecerse más bien a una embarcación, de donde le venía su nombre.

En un país tan inmenso, donde las distancias solían ser enormes, el aerobote era el elemento indispensable para ir de un lugar a otro. Construidos sobre un sólido monocasco de acero inoxidable, funcionaban eléctricamente, recibiendo la energía directamente de la luz solar. La sustentación e impulsión se conseguía por medio de la proyección de ondas gravitacionales, una aportación de la tecnología bartpurana que implicaba una revolución considerable en todos los medios de obtención de energía conocidos hasta la fecha.

Un aerobote era una máquina limpia, segura, silenciosa y rápida, pudiendo alcanzar con facilidad los mil kilómetros por hora. Duraba mucho, pues su sistema de sustentación y propulsión no utilizaba ninguna pieza móvil susceptible de sufrir desgaste, y requería muy pocas atenciones de taller.

—¿Quieres pilotar? —preguntó Yawna cuando llegaron junto al aerobote del Almirante.

—No, hazlo tú que conoces mejor la ruta.

Miguel Ángel echó su bolsa de viaje en el asiento de atrás y se acomodó junto a Yawna. El aparato se elevó en vertical, giró en el aire y se movió hacia adelante, suave y silenciosamente.

Desde su posición elevada, Miguel Ángel dominaba una amplia perspectiva de casas de una sola planta desparramadas sobre una vasta extensión de terreno...

Al contrario de lo que ocurría en las ciudades de VALERA, donde el hombre se sentía agobiado por la altura de los edificios, las muchedumbres y la densidad del tráfico rodado, el valerano trasladado al circumplaneta sentía cierta sensación de soledad y pequeñez.

Iberia, la capital federal de Nueva Hispania, se extendía sobre colinas y hondonadas, praderas y bosques, en un radio de cien kilómetros alrededor del centro urbano. Las casas unifamiliares, de una sola planta, aparecían desparramadas anárquicamente entre arboledas y prados, comunicadas por estrechas veredas empedradas que los niños utilizaban para sus correrías en bicicleta, y los adultos para dar paseos cotidianos en íntimo contacto con la naturaleza.

Aquí y allá se divisaban desde el aire campos de deportes, piscinas y pistas de tenis, que en la nueva sociedad terrícola desempeñaban la importante misión de reunir a los vecinos y estimular las relaciones sociales.

Las casas, siempre rodeadas de un cuidado jardín, eran cuadradas o circulares, y se habían construido en forma de cajas metálicas indeformables para resistir incómodos huracanes y terremotos, a pesar de que la zona era bastante segura a este respecto. Debido a lo dificultoso que resultaba la identificación de las viviendas desde el aire, las casas tenían pintada sobre el techo un número y unas letras, que correspondían al distrito local.

Encontrar un lugar determinado en tan gran extensión parecía a

primera vista problemático, pero no ocurría así. Aunque no existían calles ni carreteras en el suelo, en el aire las calles estaban trazadas por corredores electrónicos. Cuando el piloto de un aerobote volaba sobre la desparramada ciudad, un aparato de radio le indicaba continuamente el lugar donde se encontraba en cada momento.

Para los vecinos que casi a diario iban desde su zona al centro urbano, la orientación no ofrecía dificultad y solían realizarla sobre lugares que les eran familiares: colinas, canales, bosques, un estanque, un depósito de agua elevado o una torre de televisión.

Mientras volaban sobre aquella ciudad de increíble belleza, Miguel Ángel guardaba silencio. Siempre le ocurría así cuando, de tarde en tarde, venía a pasar unas vacaciones junto a su padre en Nueva Hispania. Quince años de su vida habían transcurrido junto a Yawna, y, sin embargo, pese a todos los esfuerzos de su madrastra por ganarse su confianza, nunca pudo amarla como a una madre. Peor aún, la detestaba. Y Yawna no lo ignoraba, porque Yawna lo sabía todo. Tenía facultades telepáticas y poseía el don de la clarividencia.

Las dotes paranormales de Yawna, que eran comunes a los bartpuranos, resultaban singularmente molestas para Miguel Ángel. Un muchacho, en determinados e inestables períodos de su vida, solía tener pensamientos que gustaba de guardar para sí en los recónditos pliegues de su intimidad.

Esto no era posible con Yawna. Cuando los bellos y serenos ojos de Yawna se clavaban en él, Miguel Ángel se echaba a temblar. Mentiras, sueños eróticos, todo lo que le inculpaba y avergonzaba, pensamientos jamás confesados... ¡aquella mujer lo veía a través de él!

No es posible amar a quien se teme. Además, Miguel Ángel consideraba a Yawna como un obstáculo que se interponía entre él y su padre. A juicio del muchacho, el Almirante era un hombre dominado por su mujer. ¿Cómo no iba a ser dominado, si Yawna conocía en cada instante su pensamiento? El Almirante hacía siempre lo que su mujer quería.

Sin embargo, no habría sido justo negar que Yawna fue extraordinariamente útil al Almirante en sus dos mandatos consecutivos como Presidente de la República de Nueva Hispania. Su poderosa influencia se manifestaba a todos los niveles, lo mismo

en la intimidad del hogar que en el plano de la más alta política. Pero fue una influencia altamente beneficiosa, tanto para el Almirante en particular, como para el pueblo terrícola en general.

Esposa de un Presidente terrícola, nieta de El Gran Guía, forma presidencial del Estado de Bartpur, Yawna había sido el puente tendido entre dos culturas que se beneficiaban del mutuo intercambio. Pero en realidad los que salieron mayormente beneficiados fueron los terrícolas. Bastaba mirar alrededor para darse cuenta del alto nivel de prosperidad alcanzado por la nueva colonia en sólo veinte años.

CAPÍTULO II

Mientras Miguel Ángel observó que Yawna debió hacer su pensamiento al dolo: hacia el centro de la ciudad. Yawna debió hacer su pensamiento al dolo: hacia el centro de la ciudad.

—Pasaremos por el centro para recoger a tu padre.

—Muy bien —contestó Miguel Ángel—. ¿Cómo está mi hermano? ¿Sigues comunicándote telepáticamente con él todos los días a la hora de acostarte?

Yawna volvió ligeramente el rostro para mirarle.

—¿Por qué te burlas? —preguntó—. ¿No utilizáis vosotros el teléfono y la radio para comunicaros?

—Debe resultar muy cómodo eso de tener siempre a mano un teléfono telepático, donde quiera que uno esté —replicó Miguel Ángel continuando en su tono irónico.

—Si tú tuvieras esa facultad, la apreciarías en lo que vale.

—Sí, seguro. Pero yo no tengo la cabeza gorda. No soy bartpurano y no puedo disfrutar de las ventajas reservadas a los de vuestra raza.

Había amargura en el acento de Miguel Ángel. Reconocía sin pudor que siempre había sentido celos de su hermano. ¡El extraordinario Fidel! Habían crecido juntos, y, sin embargo, ¡qué gran abismo se interponía entre ellos!

A Miguel Ángel le ocurría con su hermano algo parecido a lo que le ocurría con Yawna, pero al menos a Fidel no lo odiaba. De hombre a hombre, a Miguel Ángel no le importaba que Fidel descubriera sus más ocultos pensamientos. De Fidel no le daba vergüenza. A veces incluso resultaba ventajoso... y divertido. Podía maldecir a Fidel, echar sobre él los más refinados insultos, y Fidel se ponía colorado sin que mediara ninguna palabra.

Aunque no era bartpurano puro, Fidel disfrutaba de las prerrogativas paranormales de la raza de su madre. Cuando fue

engendrado, se tomaron del Almirante los cromosomas que determinarían un desarrollo físico óptimo, junto con las facultades intelectivas de la madre. Por esta razón, cuando Miguel Ángel se enfurecía, solía llamarle “hijo de una probeta”.

A Fidel este insulto le dejaba indiferente, pero en cierta ocasión que fue escuchado por el Almirante, éste le propinó a Miguel Ángel la única bofetada que le dio en su vida.

Miguel Ángel comprendió y disculpó la cólera paterna.

Podía comprender perfectamente al Almirante, estaba tan cerca de él espiritualmente, y eran de carácter tan semejante, que lo que sentía uno lo comprendía el otro. Al fin y al cabo, eran padre e hijo, ambos de la misma raza. ¿Pero cómo demonios entenderse con aquellos bartpuranos ni con sus extrañas concepciones filosóficas?

Cuando de niños vinieron a vivir a la colonia, Fidel, que era un niño muy desarrollado, era víctima de los insultos de los otros niños terrícolas, que solían burlarse del tamaño de su cabeza. En cierta ocasión, Fidel se echó a llorar desconsoladamente. Miguel Ángel le regañó. ¿Por qué en lugar de llorar como una niña no les hinchaba un ojo a los insolentes? Fidel entonces le miró sorprendido.

—No lloro porque me insultan —aclaró—. ¡Lloro por ellos, por su ignorancia y su estupidez! —Y luego agregó—: Además, mamá me ha prohibido pelearme.

Fidel y Yawna eran entre sí lo que Miguel Ángel y su padre. ¡Su entendimiento era tan perfecto que incluso podían comunicarse telepáticamente a miles de kilómetros de distancia!

A la edad de trece años, Fidel había ingresado en un monasterio bartpur. Ahora era un monje “bundo”, de los de cabeza afeitada. Fidel había sido la gran decepción del Almirante.

—Tengo ganas de verle —dijo Miguel Ángel.

—También Fidel te recuerda constantemente. Él te ama.

—Yo también le tengo un gran cariño, aunque hubiera preferido verle vistiendo el uniforme de la Armada.

—Fidel es bartpurano —objetó Yawna.

—No es sólo bartpurano. ¿O es que no le alcanzó nada de las características de la raza terrícola en los cromosomas que mi padre le cedió?

—De eso no cabe duda. Precisamente lo que lleva en sí de terrícola ha sido lo que le ha creado mayores dificultades en su

carrera sacerdotal.

—¿Quieres decir que por no ser bartpurano puro es menos inteligente que sus compañeros?

—¡No, al contrario! El coeficiente de inteligencia de Fidel es uno de los más altos del monasterio. Su problema es de adaptación al medio. Fidel, en el fondo, es un rebelde, un soñador. Lo que hay en él de bartpurano está en lucha con lo que tiene de terrícola. Temo que las contradicciones de su carácter le hagan sufrir mucho en el futuro.

Estaban llegando al centro urbano. Los terrícolas habían hecho de Iberia una hermosa ciudad, amplia, cómoda, con grandes áreas destinadas a jardines y parques. Sus edificios públicos eran auténticas joyas arquitectónicas, destacando el nuevo Parlamento, todo él albergado bajo una inmensa cúpula blanca. Otros edificios notables eran la Biblioteca Nacional, el Museo de Arte Universal, la Catedral, el Palacio Residencial, el Auditorium, la Ópera y los nuevos Ministerios. El Estadio, capaz para trescientos mil espectadores ha cubierto del sol y de la lluvia, y el Palacio de los Deportes, competían en belleza y originalidad con el Velódromo y el Circo.

Las amplias avenidas de Iberia eran auténticos prados de césped recortado, pues en la capital no se toleraban automóviles. Una completa red de ferrocarriles subterráneos comunicaban entre sí los distintos barrios, y como último recurso estaba la bicicleta, que los ciudadanos utilizaban a menudo como complemento de los ejercicios físicos a los que eran tan aficionados.

El agua, empleada como motivo decorativo, aparecía con profusión en forma de lagos, de estanques, de fuentes, de surtidores y cascadas artificiales. La ciudad era casi completamente llana y ninguno de los edificios destinados a viviendas tenía más de ocho plantas de altura, quedando muy separados unos de otros y medio ocultos entre las exuberantes arboledas.

En opinión de Miguel Ángel, la exagerada dispersión restaba personalidad a la ciudad. A él le gustaban más las ciudades de VALERA, que también habían sido modernizadas en los últimos veinte años, y cuyos monumentos y edificios tenían el sabor de lo antiguo e histórico.

Tampoco a Yawna le gustaba esta ciudad, y sin embargo

llevaban viviendo en ella veinte años, lo cual contradecía la opinión de Miguel Ángel de que la bartpurana dominaba al Almirante. La verdad era que al cabo de veinte años de matrimonio el Almirante y Yawna eran tan felices como el primer día. En el fondo de su alma, éste era un motivo de irritación para Miguel Ángel reconocer que, pese a todo, Yawna tenía el mérito de haber hecho completamente feliz al Almirante.

El aerobote había entrado en el canal de ronda y volaba girando alrededor de la ciudad en busca del canal electrónico de penetración. Había muchos más aerobotes en el aire, todos girando en el sentido de las agujas del reloj. La radio anunció concisamente: “Canal de penetración uno, dirección Plaza de la Concordia-Nuevo Parlamento”.

Yawna hizo girar el volante y el aerobote enfiló la proa directamente a la grandiosa cúpula del Parlamento.

—¿Cuál es el asunto que se debate hoy en el Senado? —preguntó Miguel Ángel sin demasiado interés.

—El Senado va a proponer a tu padre que acepte el mando del autoplaneta —contestó Yawna.

—¡Ah! —dijo Miguel Ángel, y guardó silencio. Luego prosiguió —: Hace tiempo que corren en VALERA rumores en ese sentido. Mucha gente me pregunta si el Almirante aceptará el mando, pero yo les digo que no se hagan ilusiones. Papá no aceptará.

—¿Por qué crees que tu padre no aceptará?

—Porque tú eres bartpurana y no participas del entusiasmo de los terrícolas ni apruebas su idea de que debemos rescatar los planetas terrícolas.

—¿Piensas que yo he influido sobre tu padre en el sentido de que no debe aceptar el mando de la expedición?

—Es lógico. VALERA empleará no menos de trescientos años en alcanzar la Tierra. Suponiendo que regrese, incluso utilizando el hiperespacio, no estará de regreso en ATOLÓN antes de quinientos años. Es demasiado tiempo. Papá no regresará. Y si regresara, tú no estarías aquí para esperarle. En ATOLÓN habrían transcurrido miles de años, y ni siquiera tú sobrevivirías a una espera tan larga..., suponiendo que aceptaras la separación, lo que no creo.

Sin pronunciar palabra, Yawna pulsó un botón del aparato de radio en el cuadro de instrumentos. Lo que brotó del tornavoz era

un ruido indefinible, como de una interferencia parasitaria. Sobre aquel fondo de ruidos habló un locutor con voz emocionada:

—“Señoras y señores... la cúpula del Parlamento parece como que vaya a desplomarse de un momento a otro con el estruendo de los aplausos... La emoción ha prendido en los miles de personas que hoy acudieron a presenciar esta histórica sesión del Senado. Los terrícolas rescataremos la Tierra. Esta importante misión tiene ya un Comandante en Jefe. ¡El Almirante Aznar acaba de aceptar la jefatura del autoplaneta!

Miguel Ángel se volvió atónito a mirar el bello e impasible rostro de su madrastra. Ésta le indicó que guardara silencio llevándose el dedo a los labios. El locutor continuaba:

—“Parece increíble, señoras y señores..., trescientos años han transcurrido desde que, después de obtener su independencia, el planetillo VALERA se apartó de REDENCIÓN para vivir en adelante sus propias decisiones..., para seguir solo su incierto destino. El pueblo libre de VALERA escogió la República como forma ideal de gobierno, y con ello se dio fin a toda una larga época que posteriormente se dio en llamar “la de los grandes almirantes de VALERA...” Un largo capítulo de nuestra historia se cerraba para siempre; la hegemonía del mandato militar de los Aznar era sustituida por la determinación del pueblo, representado por las cámaras y el Gobierno. El pueblo escogería en adelante el rumbo del autoplaneta, y decidiría sus acciones de guerra o de paz... No hay contradicción entre lo que los valeranos decidieron un día y lo ocurrido hoy. ¡El pueblo libre ha decidido rescatar la Tierra y designa al Almirante Aznar Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Expedicionarias Terrícolas...! —el locutor se interrumpió para dejar oír el trueno de los aplausos, a los que ahora se unían las ovaciones—. Escuchen esto..., alguien ha gritado ¡viva nuestro “Superalmirante”! Se repiten los aplausos y las ovaciones. El Almirante Aznar, desde ahora Almirante Mayor, saluda visiblemente emocionado... Señoras y señores, lo que hoy está ocurriendo aquí es algo indescriptible. Han tenido que transcurrir tres siglos..., tres siglos de incertidumbre y oscuridad, para que el pueblo terrícola recobre el pulso de su vigor indomable y veamos la luz de una nueva esperanza... Hemos vuelto al camino perdido. El Almirante Aznar, contra el pesimismo y la indiferencia, condujo a la

primera colonia a este mundo maravilloso... Tenaz y perseverante, el Almirante Aznar nos demostró que aquí está el futuro de la Humanidad... No solamente en ATOLÓN..., sino también en los planetas terrícolas..., en REDENCIÓN..., en todas partes en la inmensidad del Universo, allí donde el hombre pueda llegar... ¡Y podemos llegar a todas partes! Oigan esto..., suenan gritos de ¡Viva la Tierra! y ¡Viva el Almirante Aznar! Las ovaciones son ensordecedoras...

Yawna pulsó de nuevo el botón y apagó la radio. Miró de soslayo, sonriente, a su hijastro.

—Ya lo ves, Miguel —dijo con acento de reproche—. Pese a todo, tu padre va a viajar a la Tierra en el autoplaneta.

—¿Y tú? ¿Le seguirás o te quedarás en Bartpur?

—Naturalmente, le acompañaré. Lo que sea de uno será de todos. Tu padre..., tú..., yo... y Fidel.

—¡También Fidel!

—Bueno, lo de Fidel es incierto todavía. Él lo está meditando. La empresa no es de su gusto, él detesta la violencia y repudia la guerra como medio de obtener lo que uno quiere. Sin embargo, le encantaría acompañarnos, viajar y ver otros mundos lejanos.

—¡Sería estupendo que Fidel quisiera acompañarnos! De este modo estaríamos juntos toda la familia.

—Fidel nos ama mucho a toda su familia. Confío en que eso le decidirá al final.

Estaban llegando al Parlamento y Yawna dejó de hablar para ocuparse del manejo del aerobote. El grandioso edificio estaba construido sobre una pequeña elevación del terreno y era visible desde cualquier punto de la ciudad. Su blanca cúpula elíptica, sostenida por columnas, medía un kilómetro de largo y cubría todas las dependencias. Una enorme escalinata conducía a la Plaza de la Concordia y a la amplia zona de estacionamiento repleta de aerobotes.

Parte del público abandonaba el Parlamento desparramándose por las escalinatas en busca de sus vehículos. En uno de los extremos del edificio estaba el aparcamiento reservado a los senadores, formando una serie de mesetas o escalones, cada hangar con un cartel indicador del nombre del usuario.

Mientras en la Plaza de la Concordia empezaban a elevarse las

navecillas, Yawna condujo su aerobote hasta el hangar cubierto donde figuraba el nombre de “Senador M. A. Aznar”. Hacía calor y Yawna puso en marcha el acondicionador de aire del aerobote.

La Plaza de la Concordia debía su nombre al histórico pacto que decidió la disputa planteada entre VALERA y la colonia. Cuando los valeranos empezaron a emigrar masivamente al circumplaneta, se produjo una curiosa situación. Los colonos llegaron a ser más numerosos que los habitantes de VALERA y reclamaron el traslado del Gobierno a Nueva Hispania. Durante varios años, mientras los valeranos se resistían a ceder la capitalidad de la República, la emigración continuaba, y los colonos de Nueva Hispania se multiplicaban rápidamente.

Los valeranos que se negaron a abandonar el autoplaneta alegaban que los emigrantes y sus descendientes no podían considerarse jurídicamente valeranos. Pero los colonos respondían con la alegación de que si no eran considerados como valeranos, deberían tener derecho a redactar su propia constitución y elegir su propio Gobierno formando un Estado independiente.

En realidad, ni los valeranos deseaban romper los vínculos que les unían a la colonia, ni los colonos querían hacer renuncia del derecho que, como valeranos, tenían sobre el autoplaneta, pero nadie cedía en su terreno.

En buena lógica, el Gobierno debería estar en Nueva Hispania, que era donde estaban los problemas y la mayor parte de la población, pero los políticos de VALERA se resistían a trasladar su sede a la colonia, sabedores de que en la próxima campaña electoral serían derrotados por el Almirante Aznar y sus amigos, que a su aire estaban organizando la colonia, vista la pasividad e indiferencia de un Gobierno que se encontraba a cuarenta millones de kilómetros, en un pequeño planetillo que ni siquiera alcanzaba el tamaño de la luna.

Finalmente, los colonos tomaron la iniciativa redactando un Acta de Independencia que dio paso a un nuevo y joven Estado, la República Federal de Nueva Hispania. En la campaña electoral que siguió, el Almirante Aznar fue elegido Presidente de la República Federal.

El Gobierno de VALERA, que jamás había hecho una declaración respecto a sus intenciones sobre ATOLÓN, declaró ilegal el

Gobierno del Almirante. Siguió un estado de tensión entre ambos gobiernos. Graves disturbios en VALERA obligaron al Gobierno valerano a consultar la opinión del pueblo en un plebiscito. El pueblo de VALERA decidió, mayoritariamente, agregar el planetillo como un estado más a la República Federal de Nueva Hispania. Como estado federal conservaría sus propias leyes, si bien como “autoplaneta” pasaría a depender del Gobierno central.

Después de tres siglos de independencia, el autoplaneta volvía a quedar ligado a un Estado Central. Casi inmediatamente empezó a hablarse de una expedición del autoplaneta para conquistar la Tierra. Hoy, para mayor agravio de los que todavía denostaban de la política belicista seguida por los Aznar en su largo mandato, VALERA volvía a tener un Almirante Mayor llamado Miguel Ángel Aznar.

Los senadores estaban saliendo del edificio y llegaban en parejas o en pequeños grupos hasta el aparcamiento. Se paraban a comentar, movían los brazos...

El Almirante fue de los últimos en salir, rodeado de un grupo de amigos. Se pararon a charlar.

—¿Por qué no le envías un aviso telepático, advirtiéndole que estamos cansados de esperarle? —sugirió Miguel Ángel.

Yawna se echó a reír, pero no hizo uso de sus facultades telepáticas para interrumpir al Almirante.

—Déjale, él es feliz así. Este es un gran día para tu padre, al fin verá realizada su ilusión. Él mismo lo ignora, pero todos sus anhelos..., ese largo esfuerzo para acelerar el crecimiento y el poder de la colonia..., la astucia de obligar al Gobierno de VALERA a ceder su poder a la República Federal, obedecía a un proyecto oculto en el subconsciente. Tu padre no es diferente a los demás. No sois buenos perdedores. Los “sadritas” os echaron de los planetas terrícolas, pero tu pueblo no se resignó a la derrota. Es como una espina clavada muy hondo, junto al corazón. Por eso erais un pueblo infeliz cuando viajabais en vuestro autoplaneta..., perdida la patria..., rotos los lazos que os unían con REDENCIÓN..., solos, como vagabundos del espacio..., sin un lugar a donde ir..., sin una ilusión ni un estímulo. Pero cuando os habéis vuelto a sentir fuertes y numerosos, cuando el Almirante os habló de esa sagrada promesa que hicisteis de volver..., el pueblo terrícola ha vuelto a recobrar su

pulso mirando lejos a la meta de todos sus esfuerzos y sus anhelos. Ahora tenéis algo por qué luchar. ¡Conquistaréis la Tierra! En verdad sois un pueblo de locos.

—¿Pero tú nos comprendes?

—No del todo. Pero os amo, formáis parte de mí y os seguiré en esa o en cualquier otra desatinada aventura.

El Almirante se había separado de sus amigos y venía sonriendo en dirección al aerobote. Vestía el uniforme de la Armada Sideral, de impecable blanco desde la gorra a la punta de los zapatos. Era la primera vez en toda su vida que el joven Miguel Ángel veía a su padre de uniforme, a pesar de que todo el mundo, incluso él mismo, se referían al viejo con el cariñoso título de “el Almirante”.

Los doscientos años de edad no parecían pesar sobre este hombre de estatura nada más que mediana, rubio, de ojos azules y expresión risueña.

Miguel Ángel abrió la portezuela y saltó del aerobote para abrazar emocionado a su padre.

—¡Enhorabuena, Almirante!

—¿Lo sabes?

—He podido oírlo por la radio. Al parecer he sido el único sorprendido. Cuando me preguntaban en VALERA, siempre contestaba que no aceptaría la misión —confesó Miguel Ángel.

—¿Y por qué pensaste que no aceptaría?

—Te creía feliz aquí, muy pegado a todas las cosas maravillosas de este mundo que tú ayudaste a crear.

—Hijo, me sorprendes. Deberías saber que nada hay más importante para tu padre que rescatar los planetas terrícolas. La Tierra es nuestra patria, algo que todos llevamos dentro, como se lleva el nostálgico recuerdo de los padres cuando éstos ya no existen. Pero la Tierra existe..., está allí, donde siempre estuvo, esperando que vayamos a rescatarla. Y para que lo sepas, todavía espero regresar a ATOLÓN para vivir los años de vida que me queden.

Miguel Ángel escuchaba entre sorprendido y divertido.

—Vamos a casa —dijo el Almirante empujando al grandullón de su hijo.

El Almirante subió al aerobote, ocupando el asiento delantero, junto a Yawna. Cuando Miguel Ángel se acomodaba en el asiento de

atrás, vio a su padre que besaba en la mejilla de su esposa y decía:

—Gracias por todo, Yawna.

Miguel Ángel nunca supo a qué se refería. Pero Yawna, que tenía la facultad de leer en el pensamiento de su esposo, sonrió con dulzura.

CAPÍTULO III

Dentro del cosmonáutico de Zafo, el feropuerto interplanetario que cubría regularmente la línea empleó poco más de tres horas.

Si en Zafo uno se daba cuenta de que había llegado a otro planeta, en Cifra el viajero descubría que acababa de entrar en otro mundo. Éste era Bartpur, el gran continente oceánico de los bartpures, la civilización milenaria que, tras recorrer un largo camino en la Historia, renunciaba a la mayor parte de las ventajas de su alta tecnología para refugiarse en una concepción profundamente filosófica de la vida.

En Bartpur el tiempo era un concepto vago al que nadie concedía importancia. Los bartpuranos solían vivir entre setecientos y ochocientos años, así que, ¿para qué preocuparse? Allí nadie tenía prisa, ni se agitaba, ni corría.

En Cifra tenía su base un destacamento del Ejército Hispánico. La República de Bartpur no contaba con ejército propio y este destacamento tenía por misión proteger a los bartpuranos de un posible ataque de las “mantis”.

Las “mantis” habían sido literalmente barridas del continente bartpurano. Sin embargo, en un territorio como aquél, sólo un poco menor que toda Asia, era prácticamente imposible dar por concluida una misión de limpieza ni en cien años de perseverante acción policíaca. Las “mantis”, perfectamente adaptadas al medio, se escondían en cualquier parte, y mientras quedara un huevo sobrevivirían a todas las calamidades, pues alimentando las crías con una dieta especial, éstas podían ser convertidas en reinas y machos. La reina, una vez fecundada, pondría millones de huevos durante el resto de su vida, dando origen a una nueva colonia.

En un aerobote facilitado por el Ejército, el Almirante Aznar y su familia volaron a través de la altiplanicie en dirección a la elevada

cordillera. Al pie de la cordillera, sobre un cerro cubierto de verdor, se levantaba el monasterio. Sus grandes cúpulas recubiertas de oro, y los dorados tejados del edificio, podían divisarse a gran distancia centelleando al sol como espejos.

El edificio, reconstruido en fecha relativamente reciente sobre las ruinas de otro anterior, estaba rodeado de una recia muralla. Los bartpuranos eran arquitectos geniales, de gusto inclinado hacia la estilización de las formas. Trabajaban pacientemente la piedra, considerando un mérito hacer con sus manos lo que podrían haber hecho fácil y rápidamente utilizando máquinas y medios técnicos.

En otros aspectos, sin embargo, eran muy expeditivos. Miguel Ángel recordaba perfectamente haberles visto “fabricar” sillares de granito en la máquina KARENDÓN, creando sencillamente materia a partir de la energía. O sea, los bartpuranos no se molestaban en arrancar la piedra de las canteras.

Pasando sobre la muralla, el aerobote pilotado por Miguel Ángel descendió verticalmente en el gran patio empedrado interior. Desde las distintas terrazas del edificio eran contemplados con curiosidad por jóvenes monjes de cabeza afeitada, vestidos con túnicas rojas.

Un “bundo” de túnica morada, grave y ceremonioso, cruzó el patio viniendo al encuentro de los intrusos. Saludó uniendo los dedos y las palmas de las manos. Yawna le habló en lengua bartpurana, solicitando ver al “bundo” Adler Ban Aldrik, que era el nombre de Fidel y se traducía por “nieto de Aldrik”, en recuerdo de El Guía Aldrik Ban Ader.

El “bundo” asintió y les rogó que le siguieran, pasando bajo un arco de herradura al interior del edificio. Contra lo que pudiera suponerse, los monjes “bundo” disfrutaban en su aislado monasterio de un estimable confort. En el monasterio se estudiaba y se meditaba, no se hacía penitencia.

Lo primero que uno advertía al entrar en el edificio era el agradable fresco del aire acondicionado. Los monjes disponían de luz eléctrica, de comida sana, abundante y variada, y de celdas espaciosas y cómodas. Pero en todo lo demás, la austeridad era la que convenía a una comunidad entregada a la meditación y a la autodisciplina más severa. Tanto los pisos como las paredes eran de piedra desnuda, y las sillas y bancos eran de madera.

A lo largo de un bello claustro de arcadas y esbeltas columnas,

los Aznar fueron introducidos en un largo corredor y subieron unas amplias escaleras. En todo el monasterio reinaba un silencio de recogimiento, pues entre otras cosas los monjes tenían prohibido hablar. Los monjes “bundo” no necesitaban utilizar de palabras, pues por lo general se entendían telepáticamente transmitiéndose el pensamiento.

Era claro que en una orden religiosa donde los pensamientos más íntimos trascendían al poder de penetración intelectual del resto de la comunidad, no podían existir pecadores ni mentirosos. La conducta moral de un “bundo”, como en general la del resto de los bartpuranos, debía ser tan limpia y diáfana como el más puro cristal. Los “bundos” no eran sacerdotes en el sentido que generalmente entendían los terrícolas. Los largos años de estudio y meditación de los monjes estaban encaminados a lograr un mayor acercamiento al estado de perfección pura, que era el fin de toda la humanidad. Por otra parte, los monasterios eran las universidades de la nación bartpur.

Un estado de aproximación a la perfección pura no podía concebirse sin un amplio conocimiento del Universo. De tal modo que un monje “bundo” no era un religioso dedicado casi exclusivamente a la oración, sino todo lo contrario. La química, la física nuclear, la cibernética, la electrónica, la astronomía, la economía, la cirugía, la filosofía y la psicología, eran solamente una parte de las materias que un monje “bundo” debía dominar para comprender la naturaleza misma de la Creación.

Guiados por el monje a lo largo de un segundo claustro superior, llegaron hasta la puerta de una celda. El monje tiró de una delgada cadena y dentro se escuchó el sonido de una campanilla de plata, cuya finalidad era extraer al ocupante de la celda del abstracto mundo de la meditación filosófica o el ensimismamiento de cualquier otra clase de estudio.

—Podéis pasar, ésta es la celda de vuestro hijo —dijo el monje. Y saludó ceremoniosamente al retirarse.

Los Aznar entraron en la celda. Ésta era una habitación espaciosa, de piso desnudo y paredes totalmente cubiertas de altos estantes que llegaban hasta el techo. Las estanterías no sólo contenían libros, sino frascos y tubos de ensayo, diversas muestras de minerales raros, huesos humanos, manojos de hierbas

medicinales...

En un rincón estaba la cama, un sencillo camastro con una ligera colcha granate. En otro rincón un pequeño y completo laboratorio...

Fidel trabajaba sobre una mesa llena de libros bajo la luz azul de un flexor. La ventana, además de ser pequeña, tenía una persiana. La finalidad de este total aislamiento del exterior era la de obtener una mayor concentración en el estudio. Fidel se puso en pie.

Alto, de dos metros de estatura, Fidel Aznar era la esencia de la perfección física. Los científicos bartpuranos hicieron un buen trabajo en la selección de los cromosomas que determinarían la complexión física y las condiciones psíquicas y morales de este ser, mezcla de terrícola y bartpurana. La preparación de un monje “bundo” era completa en todos los aspectos, sin descuidar la parte física. Fidel no era solamente un sabio, era también un atleta.

Rubio, de ojos azules, el cráneo ligeramente grande, pero más pequeño que la del bartpurano normal, Fidel conservaba en sus rasgos los caracteres hereditarios de los Aznar; ancha la frente, nariz afilada, cuadrado el mentón y barbilla enérgica. Por contraste, su rostro trascendía una serenidad y nobleza impropia de su edad. Sólo tenía diecinueve años.

Fidel saludó a su madre uniendo los dedos y las palmas de las manos. Pero cuando iba a repetir este saludo con su padre se vio arrollado por la impetuosidad del Almirante, que le abrazó murmurando emocionado:

—Hijo... hijo...

Visiblemente desconcertado, Fidel estrechó la mano de Miguel Ángel.

—Hola, Miguel. Sabía que llegabais, perdonad que se me olvidara. Sentaos, por favor —dijo el gigante.

Pero en la celda sólo había un par de sillas; la que solía utilizar Fidel, y otra llena de libros. Yawna aceptó la silla y Miguel Ángel y el Almirante se sentaron en el borde de la cama.

Se contemplaron unos a otros con cierto embarazo. El Almirante tosió y habló en bartpurano:

—Hijo, el pueblo terrícola decidió enviar a nuestro autoplaneta a rescatar la Tierra del poder de los “sadritas”. Me han distinguido nombrándome Comandante en Jefe de la expedición, y tu madre y tu hermano van a acompañarme. Nos haría muy felices que

accedieras a venir con nosotros...

Fidel asintió con graves movimientos de cabeza.

—Lo sé —dijo—. He contactado telepáticamente con mi madre y he sentido su angustia al pensar en la larga espera de esta separación. He debido evitar este dolor a mi madre decidiéndome antes, pero en verdad he sentido graves dudas hasta hoy. Ahora que os veo me doy cuenta del gran amor que siento por vosotros. Os acompañaré.

—¡Bravo, hijo mío! —exclamó el Almirante saltando en pie de alegría. Pero la atlética figura de Fidel le intimidó y reprimió su ímpetu—. ¡Estupendo, estaremos todos juntos!

—¡Magnífico, Fidel! —dijo a su vez Miguel Ángel poniéndose en pie—. Va a ser una gran cosa volver a tenerte con nosotros.

Fidel debió interceptar algún pensamiento del Almirante.

—Regresaré con vosotros —dijo.

—Pero tendrás que recoger tus cosas... —se disculpó el Almirante Aznar.

—Un monje “bundo” lleva consigo todo lo que posee —contestó Fidel sonriendo—. Sólo necesito recoger mi cepillo de dientes.

—¿Ni libros, ni... nada?

—¿Qué clase de “bundo” sería si, para aplicar mi ciencia, tuviera que consultar en los libros?

—Entonces... ¿podemos marcharnos? —preguntó el Almirante, como vacilando.

—Sí. Venid conmigo, voy a despedirme de Aldrik. Yawna también querrá verle.

Miguel Ángel supuso que su hermano se refería a la momia de El Guía, el abuelo de Yawna y bisabuelo de Fidel. El Guía, un hombre extraordinario en todos los sentidos, había fallecido años atrás recién terminada la reconstrucción del mismo monasterio donde ahora se encontraban. Los bartpur solían incinerar los cadáveres, pero en casos extraordinarios y cuando se trataba de personajes notables, solían convertirlos en momias, que eran objeto de respeto y veneración a título de santones.

Los Aznar salieron de la celda y siguieron a Fidel por el claustro y las escaleras hasta la planta baja. Una de las puertas en forma de arco daba directamente a una capilla. Los bartpuranos eran monoteístas y creían en Dios, pero éste no tenía representación

material alguna. Dios era la Creación, y estaba en todo lo que existía, pues todo era obra suya.

La capilla, profunda y recogida, era por sí sola una delicada obra de arte. Allí ardían centenares de cirios en interminables filas. La cera perfumada lo llenaba todo de un humo azul y oloroso. La capilla carecía de bancos, y los monjes meditaban profundamente sentados sobre las piernas cruzadas, ante las urnas policromadas que contenían las momias de sus santones más notables.

Las momias tenían para los bartpuranos un valor puramente objetivo. No las consideraban en modo alguno relacionadas con el alma del difunto, que en unos casos moraba lejos de allí, en la Dimensión Eterna, y en otros se suponía reencarnada en otra vida. Pero la momia era un recuerdo del difunto, la última morada que tuvo en vida, y tenía el poder de evocar las obras y los pensamientos de aquel que la habitó.

Tal fenómeno no ocurría sólo con las momias. Cualquier objeto que una persona hubiera usado durante cierto tiempo, conservaba restos del magnetismo transmitido por su poseedor. Algunos bartpuranos especialmente dotados, como era el caso de los monjes “hundo”, podían a la vista de cualquier objeto, y con sólo el poder de la mente, reconstruir la historia del objeto referido, y describir al individuo que lo poseyó, o varios, si el objeto estuvo en poder de más de uno.

En una de las capillas laterales, alumbrada por una lámpara de aceite perfumado, estaba la momia de Aldrik Ban Ader en su urna de cristal. La momia, sentada sobre las piernas cruzadas, las palmas de las manos descansando sobre las rodillas, aparecía con los ojos cerrados en actitud de meditación. Ni amojamada ni rígida, la momia parecía tan natural como cualquiera de los monjes que en la capilla meditaban en idéntica actitud de profunda abstracción.

Yawna y Fidel se acercaron para ver a la momia de cerca, en tanto que el Almirante Aznar y Miguel Ángel se mantenían a respetuosa distancia, un poco intimidados por el ambiente.

Después de contemplar la momia, Yawna y Fidel retrocedieron detrás de la valla de cirios, se sentaron en el suelo sobre las piernas cruzadas y permanecieron un largo rato en meditación. Luego los dos se levantaron a un tiempo y vinieron a reunirse con el Almirante y Miguel Ángel. Estos dos y Yawna salieron al patio

donde habían dejado el aerobote, mientras Fidel iba a despedirse del prior del monasterio y alguno de sus maestros.

Poco después los cuatro volaban en el aerobote en dirección a la ciudad de LEMNOS, que los arqueólogos valeranos habían llamado Cifra, cuando realizaban allí las excavaciones que dieron lugar al hallazgo de IZRAIL, la mujer robot guardián de la máquina KARENDÓN.

Para el valerano que llegaba por primera vez a LEMNOS, ésta era una ciudad tan sorprendente como lo habría sido si fuera trasladado de pronto a la antigua Roma.

Los colonos que en Nueva Hispania vivían en casas metálicas, incluso con aislamiento térmico y aire acondicionado, sabían por propia experiencia lo equivocados que estuvieron sus arquitectos en el diseño de sus modernas viviendas. Los bartpuranos, que tenían razones para conocer mejor el clima de su planeta, obraban más cuerdamente construyendo sus casas de piedra. El espesor de la piedra mantenía sus viviendas más frescas, y no había huracán capaz de mover de su sitio aquellos recios muros de sillería.

Cuando los turistas valeranos llegaban a LEMNOS y admiraban sus venerables piedras, solían decir: “Sí, se ve que es una ciudad muy antigua”. Y evocaban a unos pobres bartpuranos que todavía no habían salido apenas de la Edad del Bronce.

Raramente se caía en la cuenta de que, cuando los bartpuranos construyeron esta ciudad, ya habían experimentado todas las formas posibles y todos los materiales aplicables a la construcción. Y al final volvían al principio del círculo. Ningún material era más noble, ni más duradero que la piedra.

Los altivos rascacielos del Nueva York del siglo xx no duraron lo que las viejas piedras del Coliseo Romano. Las últimas sobrevivieron a los primeros.

En LEMNOS, mientras Yawna y Fidel iban a despedirse de sus parientes, acompañados del Almirante, Miguel Ángel se dedicó a recorrer la ciudad. LEMNOS era el compendio de lo bello unido a lo simple y funcional. Las amplías calles enlosadas tenían a ambos lados edificios con amplios atrios sostenidos por esbeltas columnas. Comoquiera que el sol siempre estaba en el cenit, resultaba que el ciudadano podía andar por toda la calle bajo la agradable sombra de los atrios. Si llovía, los peatones quedaban igualmente a

resguardo.

La ciudad era bellísima, con profusión de monumentos, estatuas, arcos conmemorativos de acontecimientos históricos, fuentes y estanques. Las perspectivas resultaban siempre de un efecto espectacular, que no era fruto de la casualidad. En dirección a las colinas, las calles alternaban en rampas y escalinatas. Los parques estaban inteligentemente distribuidos y eran objeto de un cuidado especial. Ningún vehículo circulaba por las calles, ni siquiera bicicletas. Los niños, que formaban legión, jugaban y reían por las calles y eran los verdaderos amos de la ciudad. Por lo menos la mitad de esta grey estridente eran mestizos de bartpurano y terrícola. La inmensa mayoría de los terrícolas casados con bartpurana, o de terrícolas casadas con bartpuranos, se habían venido a vivir a LEMNOS y otras ciudades desparramadas en la inmensidad del continente. Y se sentían muy a gusto en esta tierra de adopción, a la que estaban incorporando algunas de sus propias costumbres.

Después de recorrer la ciudad, en la que abundaban los turistas valeranos, Miguel Ángel regresó para reunirse con su familia. Un corto vuelo les llevó hasta el aeródromo de Cifra, donde devolvieron el aerobote. Una hora más tarde estaban comiendo a bordo de la aeronave que les conducía de regreso a Nueva Hispania. Los dos hermanos ocupaban asientos contiguos.

—¿Y bien, Fidel? —preguntó Miguel Ángel—. Hace tiempo que no nos veíamos, tú en aquel monasterio, yo en la Academia Astronáutica en VALERA. ¿Valió la pena los dos años que pasaste lejos de casa, o hubiera sido mejor ingresar en la Armada?

—Miguel, hermano mío, estás loco. ¿Cómo puedes comparar una academia militar con un monasterio “bundo”? Ambas son cosas no sólo distintas, sino diametralmente opuestas. Tú eres un guerrero, yo un monje.

—Claro; yo hago la guerra, tú haces el amor. Y a propósito de amor, ¿has conocido alguna chica? ¿O tu religión te prohíbe relacionarte con el sexo opuesto?

—Mi religión no me prohíbe nada —contestó Fidel poniéndose colorado—. Además, no es una religión, es una actitud filosófica frente a la vida, una forma de ser. Es una vergüenza que a estas alturas sepáis tan poco de la cultura bartpur. Los terrícolas os

habéis apropiado la tecnología bartpur. La máquina KARENDÓN, especialmente, os ha abierto el camino hacia la resolución de los dos problemas mayores que os angustiaban desde antiguo: la alimentación de grandes masas de población, y la producción industrial a bajo costo. Habéis asimilado rápidamente nuestra técnica, y en cambio ni os habéis dignado mirar a los hombres que había detrás de todo ello.

—Quizás toda la culpa no sea nuestra, hermano. La verdad es que los bartpures sois unos tíos la mar de complicados... Pero no sé por qué te cuento entre ellos. Tú no eres bartpur, sino un maldito mestizo de bartpurana y terrícola. Nunca podrás librarte de esa tara, hermano. Y cuando menos lo pienses, esos menudos bichitos que hay en ti de terrícola aflorarán a la superficie y te jugarán una mala pasada.

—Conozco lo que hay en mí de terrícola y lo tengo bajo control.

—¿Siempre?

—Bueno, casi siempre —admitió Fidel a regañadientes.

Miguel Ángel sonrió maliciosamente. Estaba pensando en cómo reaccionaría Fidel cuando se encontrara con una bonita muchacha... Pero Fidel interceptó su pensamiento.

—Idiota, borra de tu mente esas ideas, o yo te las quitaré de un puñetazo —gruñó Fidel.

—¿Lo ves? —dijo Miguel Ángel triunfante—. Eso no es propio de un bartpurano, y menos aún de un monje.

CAPÍTULO IV

Después de haber comprendido los preparativos, el formidable VALERA se alistó para emprender la marcha. Estos preparativos no afectaban al equipamiento del autoplaneta, pues VALERA siempre había estado preparado para zarpar. Los gigantescos motores que movían al autoplaneta, pasando por sucesivas evoluciones de la técnica, habían sido en un principio de eyección de iones activados, posteriormente se cambiaron por otros de “luz sólida”, y recientemente se había modificado todo el sistema, conservando estos motores pero incorporando las ondas gravitacionales.

Si todo funcionaba bien, las ondas gravitacionales deberían permitir al autoplaneta penetrar por primera vez en aquella misteriosa zona conocida por “hiperespacio”.

La definición y situación del hiperespacio había sido motivo de apasionada polémica en el pasado. Los científicos bartpuranos se encogían de hombros y lo explicaban de forma muy sencilla.

Se sabía de antiguo que el Universo estaba en continua expansión. Esta expansión era consecuencia de la explosión que en el origen de la Creación, dispersó un núcleo de materia sometida a tremendas presiones. La materia que formaría las estrellas y planetas, salió despedida en todas direcciones, alejándose del centro donde tuvo lugar la explosión.

Cabía imaginar el Universo como un globo de goma. Si se tomaba un globo a medio hinchar y se pintaban sobre la goma unos puntos, al continuar hinchándose el globo éste aumentaría de tamaño, la goma se estiraría y los puntos pintados sobre la superficie estarían cada vez más lejos unos de otros. Éste era el Universo en su continuo movimiento de expansión, un incommensurable globo aumentando siempre de tamaño.

Definido el Universo como una inmensa esfera, las leyes que

regirían en ella serían las comunes a todo lo creado. Por ejemplo, un rayo de luz, que partiendo de una estrella lejana llegara al ojo del observador situado en la Tierra, viajaría sobre una línea geodésica. Lo mismo ocurría cuando el autoplaneta viajaba de un punto a otro del Universo. Aunque pareciera que marchaba en línea recta, se movía sobre un arco.

Respetando las diferencias, a una escala infinitamente pequeña, podía suponerse que todo el Universo era una esfera como la Tierra. Para viajar de España a Nueva Zelanda, en los antípodas, un avión que saliera de Madrid recorrería una curva geodésica que, rodeando medio globo terráqueo, tendría unos 20.000 kilómetros de longitud, equivalente a la mitad del perímetro de la Tierra.

Pero si en lugar de viajar rodeando medio globo, ese mismo avión pudiera hacerlo a través del centro de la Tierra, recorrería una auténtica línea recta hasta Nueva Zelanda, y una distancia de solamente 12.756 kilómetros, equivalente al diámetro de la esfera terrestre.

Este ahorro de kilómetros no era posible, sencillamente porque ningún avión podía viajar a través de la Tierra. Pero sí DEBERÍA poder hacerlo a través del hiperespacio, que representado en el globo de goma sería el interior del mismo lleno de aire. La fuerza invisible que se oponía a la penetración en el hiperespacio era, sencillamente, la gravitación.

Cuando un hombre estaba parado en la Tierra, estaba sometido a fuerzas electromagnéticas; los electrones y protones de la vecindad de su pie, ejercían una repulsión sobre él, suficiente para vencer la gravitación terrestre. Esto era lo que impedía que el hombre se cayera a través de la Tierra, que, si bien parecía sólida, era principalmente espacio vacío^[1].

Las astronaves bartpuras, rompiendo la barrera gravitacional, habían viajado frecuentemente en el pasado a través de esta dimensión. ¿Qué era el hiperespacio? ¿Era realmente un espacio vacío, la nada absoluta? ¿Qué ocurría cuando se viajaba por él?

A estas preguntas los científicos bartpuras contestaban que el hiperespacio era como el interior hueco del planetillo VALERA. Las leyes de la gravitación no tenían vigencia aquí.

En el mundo interior de VALERA, en efecto, no existía la gravedad. Para que los edificios se mantuvieran en su sitio, y sus

habitantes no perdieran pie sobre la cara interna del planetillo, VALERA giraba sobre un eje creando una fuerza centrífuga en valores equivalentes a la fuerza de gravedad sobre la superficie de la Tierra. Si el planetillo estuviera parado, la gravedad existiría sobre la superficie exterior, pero los hombres que penetraran en el interior levitarían; no pesarían nada.

Esto mismo ocurría en el hiperespacio. En aquel vacío absoluto, las astronaves podían acelerar hasta alcanzar velocidades varias veces superiores a la de la luz, y no ocurría nada. Sin embargo, el hiperespacio sólo era útil para recorrer muy largas distancias. A la escala de un viaje entre el circumplaneta y la Tierra, llevaría más tiempo entrar y salir en el hiperespacio que viajar por el sistema clásico.

Tal vez, después de conquistar la Tierra, intentara el autoplaneta esta aventura.

El viaje sobre una curva geodésica entre el circumplaneta y la Tierra se calculaba en una duración de algo más de 300 años. Pero esta vez los viajeros de VALERA iban a disponer de un nuevo medio para acortar el tiempo del viaje.

Como todos los “pasajeros” del autoplaneta, los Aznar se habían despedido de sus amigos. En muchos casos ésta era una despedida definitiva, pues tratándose de personas de edad, lo más seguro era que ya hubiesen muerto mucho tiempo antes, cuando VALERA regresara de nuevo a ATOLÓN. Éste era el aspecto dramático de las despedidas de VALERA.

Todos los que iban a participar en la expedición eran voluntarios, casi siempre familias completas integradas por los hijos, los hermanos, los padres y los abuelos. Había ancianos decrépitos, que al final de su existencia querían ver por última vez la Tierra y ser enterrados en ella... Y también individuos desarraigados, hijos de matrimonios mal avenidos destruidos por el divorcio..., los detritus de una sociedad egoísta y materializada, falta de amor y caridad.

Lo mejor de los veintidós millones eran aquellos que habían permanecido todo el tiempo en VALERA, negándose a abandonar el pequeño mundo donde habían nacido, y donde la mayoría conservaban sus familias.

Por el contrario, muchos que habían vivido en VALERA desde

que empezó la emigración al circumplaneta, tenían que dejar el planetillo por no separarse de los hijos establecidos en Nueva Hispania y los nietos nacidos en aquel nuevo mundo. En los demás casos se imponía la separación, la despedida dolorosa y un adiós que quizás fuera el definitivo.

El trasiego humano desde VALERA al circumplaneta, y de éste a VALERA, fue constante durante los días que precedieron a la fecha fijada para la marcha.

El Almirante Aznar, que a los trescientos años volvía al mando del autoplaneta, había trasladado su familia al Palacio Residencial. Incluso ahora que los valeranos volvían a disfrutar el automóvil familiar, se notaba un vacío en Nuevo Madrid. La ciudad sólo tenía ahora cinco millones escasos de habitantes. Había otras ciudades en VALERA completamente vacías. El Almirante había ordenado su demolición. Las ciudades de VALERA eran muy antiguas y empezaban a acusar el paso de los siglos.

Las nuevas ciudades que surgieran en el futuro se construirían bajo un esquema totalmente distinto; más amplias y más cómodas, sin rascacielos ni agobios de circulación, más en contacto con la Naturaleza.

Con dos horas de adelanto sobre la hora de partida, el Almirante Aznar anunció que iba a bajar a la Sala de Control. Acababan de almorzar, un almuerzo que se había caracterizado por una falta general de apetito, provocada en unos por la tristeza de la partida, y en otros por la excitación y la ilusión de aquel viaje. El Almirante besó a su esposa en la frente y le preguntó si bajaría después hasta la Sala de Control.

—No sé, ya veremos —contestó Yawna.

—Yo sí iré —anunció Miguel Ángel cuando su padre salía.

Poco después de la marcha del Almirante, Yawna preguntó a Miguel Ángel si sería posible salir a la superficie del planetillo.

—Claro que se puede —contestó Miguel Ángel—. ¿Quieres despedirte de tu planeta desde allí, verdad? Bueno, pues tendremos que ponernos en marcha enseguida. El camino es largo y VALERA no retrasará su partida por nada.

Salieron los tres, Yawna, Fidel y Miguel Ángel. Un rápido ascensor les condujo a la planta baja del edificio. Salieron por la puerta de vehículos, marcharon unos metros por la acera y se

introdujeron por una escalera del “metro”. Un paso de peatones subterráneo les llevó hasta el parque que ocupaba la gran isla central de la Plaza de España.

En el centro de la isla estaba la gran fuente ornamental luminosa, que lanzaba sus poderosos chorros a gran altura. El jardinero de aquella zona les abrió la puertecilla de acero inoxidable de la sala de bombas de la fuente. Unos escalones más abajo encontraron una especie de vestíbulo comunicado directamente con un ascensor. Este ascensor llevaba a lo largo de un pozo de algo más de cien kilómetros de longitud hasta un observatorio en la superficie exterior de VALERA.

La mujer y los dos muchachos entraron en el ascensor y Miguel Ángel pulsó un botón. Este tipo de ascensores no utilizaba motores ni cables. El ascensor tenía la forma de una esfera, con un diván corrido a todo alrededor. Esta esfera estaba alojada dentro de un pistón que se movía en el interior de un tubo impulsado por aire comprimido.

—Podéis sentaros —dijo Miguel Ángel—. No llegaremos antes de veinte minutos.

Yawna y Fidel imitaron al terrícola sentándose en el diván. Ambos permanecían en silencio, un silencio que irritaba y ponía nervioso a Miguel Ángel, pues éste sabía que mientras madre e hijo estaban callados, en realidad dialogaban entre sí, transmitiéndose sus sentimientos telepáticamente.

Esta forma excluyente de diálogo entre Yawna y Fidel era una de las cosas que más mortificaban a Miguel Ángel. Él sabía que siempre había sentido celos de Fidel, pero ignoraba hasta qué punto. La realidad era que Miguel Ángel amaba a Yawna. La había buscado desde niño, esperando encontrar el cariño que no llegó a conocer de la madre verdadera. Pero llegó Fidel y se adueñó de todo el amor de Yawna.

A mitad de trayecto entre la cara interior y la superficie del planetillo, la esfera dentro de la cual viajaban giró ciento ochenta grados sobre su eje sin que los ocupantes lo notaran. De no haber hecho así, al llegar al final del recorrido se habrían encontrado cabeza abajo respecto a la cara exterior de VALERA.

—Aclárame una duda, Yawna, tú que eres capaz de penetrar en el pensamiento de mi padre —dijo Miguel Ángel cuando se

aproximaban al final de su viaje a través de todo el espesor de la corteza del planetillo—. Si tú te hubieses negado a emprender este viaje, ¿qué habría hecho el Almirante? ¿Crees que habría renunciado al mando de esta expedición?

—Sinceramente creo que habría renunciado —contestó Yawna serenamente.

—Dime, entonces, ¿por qué no te opusiste? Hubieses dicho no, y mi padre se habría quedado en casa.

—¿Te habrías quedado tú?

—No. Yo estaba determinado a participar en la expedición, cualquiera que fuese la actitud de mi padre al respecto. Si he de decir verdad, no esperaba que aceptara el mando.

Yawna movió su rubia cabeza dejando escapar un leve suspiro. Ésta era una de las raras ocasiones en que, prescindiendo de sus habituales túnicas, Yawna vestía un pantalón largo y una de aquellas guerreras que la hacían parecer muy masculina. Su peinado también era más sencillo, reducido a un moño sobre la nuca.

—El Almirante se hubiese quedado conmigo en ATOLÓN, es cierto. Pero jamás habría sido feliz en lo sucesivo. Pensaría en el autoplaneta y en ti. Y desde el fondo del subconsciente me recriminaría por haberme interpuesto entre él y lo que verdaderamente deseaba hacer.

—¿Te sacrificaste para que papá y yo pudiésemos estar juntos?

—No hay sacrificio cuando se goza haciendo la felicidad de los seres que uno ama —respondió Yawna sonriendo.

—Pero te entristece dejar tu circumplaneta...

—Es natural. Bartpur es mi patria, como VALERA es la vuestra.

—Yo nací en Bartpur. El circumplaneta también es mi patria —recordó Miguel Ángel.

De nuevo sonrió Yawna. Sacudió la cabeza.

—La patria no es sólo el lugar donde uno nace, sino la tierra donde el ser humano echa raíces..., donde están sus amigos, los recuerdos de su niñez, las tumbas de sus antepasados. Si tienes alguna duda al respecto, responde con sinceridad, Miguel. ¿Qué hubiese supuesto más sacrificio para ti, ver partir el autoplaneta o estar aquí cuando veamos a ATOLÓN quedarse atrás?

—Honestamente, creo que me hubiese dolido más quedarme en

ATOLÓN y ver partir el autoplaneta —respondió Miguel Ángel.

Yawna asintió sin hacer ningún otro comentario.

Pocos minutos después se detenía el ascensor y se abría la puerta. Salieron del ascensor a un amplio espacio, que cerraba por encima de sus cabezas, y a gran altura, en una cúpula de cristal.

Ascendieron por una amplia escalera hasta el nivel del observatorio. Todavía más arriba, sobre una plataforma de hormigón, estaban el gigantesco telescopio electrónico, como un cañón que apuntara al cielo. Por el lado exterior de la cúpula de cristal, una segunda cúpula de “dedona” protegía a la primera, dejando una angosta abertura ante el objetivo del telescopio. Miguel Ángel hizo una seña a Yawna y Fidel para que le siguieran hasta el emplazamiento del telescopio.

Miguel Ángel, que conocía cada rincón del autoplaneta como su propia casa, se dirigió a un cuadro de mandos. Poco después, accionada por un motor eléctrico, la cúpula protectora de “dedona” se deslizaba sobre unos raíles abriendo ante la mirada de Yawna la impresionante perspectiva del espacio.

La visión del circumplaneta en el espacio era siempre un espectáculo sorprendente. Como si un enorme planeta girara alrededor del sol, a una distancia de ciento noventa millones de kilómetros, y tan veloz que sólo se viera como un círculo de plata, así parecía el circumplaneta. El anillo de materia solidificada, que tenía diez millones de ancho, parecía estrecharse en la distancia hasta convertirse en un delgado hilo que, perdiéndose más allá del Sol, reaparecía por el otro lado y empezaba a ensancharse de nuevo al aproximarse.

Miguel Ángel Aznar había nacido allí. Fue voluntad del Almirante que su primer hijo fuera también el primer terrícola nacido en el circumplaneta. Miguel Ángel nunca había concedido a este hecho más importancia de la que realmente tenía.

En aquellos tiempos, cuando Miguel Ángel estaba por nacer, el Almirante enronquecía cada día en la Cámara de los Representantes, en un esfuerzo por hacer comprender a los valeranos que en aquel nuevo mundo estaba el futuro de la nación terrícola. El nacimiento de Miguel Ángel en el circumplaneta fue como un testimonio de la plena fe del Almirante en el porvenir de la colonia.

El joven Aznar siempre se había sentido más valerano que bartpurano. Pero en este momento, cuando faltaban contados minutos para que VALERA iniciara su viaje, Miguel Ángel sentía cierto cosquilleo en los pelillos de la nuca. Descubría con sorpresa que también él tenía afecto a aquel mundo. Los mejores recuerdos de su niñez se quedaban en ATOLÓN. ¿Volvería a verlo algún día? Y si volvía, ¿cómo habrían cambiado el circumplaneta y él mismo? ¿Sería un anciano golpeado por la vida, acosado de recuerdos y decepciones, sin más ilusión que morir y ser enterrado en el mismo lugar donde abrió por primera vez los ojos a la luz?

Mientras Miguel Ángel reflexionaba, el continuo giro del planetillo sobre su eje ponía al alcance de sus ojos la parte del circumplaneta más cercana a VALERA. Pero a cuarenta millones de kilómetros, los continentes de ATOLÓN quedaban todavía demasiado lejos para poderse apreciar a simple vista.

Miguel Ángel regresó junto al cuadro de mandos y puso en marcha el motor que hacía desplazarse al telescopio, tanto en sentido vertical como horizontal. Invitó a Yawna a subir a la plataforma del observador, pero ella denegó con un gesto y fue Fidel quien subió en su lugar.

Durante todo el tiempo que duró el medio giro del planetillo, Fidel y Miguel Ángel estuvieron mirando hacia Nueva Hispania, apuntando el objetivo directamente sobre Iberia. A esta distancia podían ver perfectamente incluso cada casa de la ciudad. Finalmente, el giro del planetillo puso Nueva Hispania fuera del campo visual de los observadores. Los dos muchachos bajaron para reunirse con Yawna, que estaba de pie mirando a través de la cúpula de cristal.

Poco después sentían un movimiento apenas perceptible bajo sus pies. Miguel Ángel miró su cronómetro. Eran las tres en punto de la tarde. Valera empezaba a moverse..., recorría los primeros metros de los incontables millones de kilómetros que habría de recorrer hasta llegar a la Tierra...

Miguel Ángel se sintió emocionado. Al mirar furtivamente a Yawna descubrió que la mujer estaba llorando, mansa, silenciosamente..., sin estridencias ni histerismos..., como el fluir espontáneo y natural de una fuente...

Cuando al completar el planetillo el giro sobre su eje volvieron a

ver el continente bartpur, pudieron comprobar que estaba algo más lejos. El autoplaneta estaba acelerando, pero siendo su velocidad inicial pequeña, todavía permanecería varios días al alcance de los telescopios de ATOLÓN.

—Regresemos a casa —dijo Yawna cuando Bartpur volvía a desaparecer bajo la línea del horizonte valerano.

Miguel Ángel se dirigió al cuadro de mandos y accionó el botón que, poniendo en marcha un motor, cerraba la cúpula protectora exterior de “dedona”. Luego paró todos los motores, apagó las luces, salvo el piloto, y siguió a Yawna y Fidel que le precedían por la escalera.

Entraron en el ascensor. Veinte minutos después saltan al mundo interior de VALERA por la puertecilla de acero y la escalerilla contigua a la fuente ornamental, en el centro de la Plaza de España.

CAPÍTULO V

Una vez que los ejércitos de la Armada llegaron a las ciudades destruidas, sacaban los taladros y perforaban agujeros en la base de las pilas que soportaban el peso de rascacielos de cincuenta y sesenta pisos. Introducían cartuchos de altos explosivos en los agujeros, los conectaban a un deflagrador y los hacían estallar a distancia.

Los enormes edificios, quebrados por la base, se hundían a plomo y desaparecían en una nube de polvo.

Hacían lo mismo con su industria. Sacaban la maquinaria de los talleres y, nueva o vieja, la tiraban al montón de la chatarra. Vacíos los edificios, los volaban con explosivos en medio de la complacencia de los espectadores.

Si esto hubiese ocurrido solamente treinta años atrás, cualquiera hubiera dicho que los valeranos estaban locos.

No estaban locos los valeranos. Las ciudades y la industria eran destruidas por razones distintas.

Las ciudades de VALERA, construidas en su mayoría en la remota fecha en que el planetillo se transformó en “autoplaneta”, eran demasiado viejas y carecían de utilidad en este momento, cuando de doscientos millones se había pasado a veintidós millones de habitantes.

Tan fuera de uso como las viejas ciudades de VALERA, había quedado la industria, incluso siendo ésta mucho más moderna. El nuevo sistema de construcción “integral”, que equivalía a un avance de cien mil años sobre las previsiones más optimistas del desarrollo de la ciencia, acababa de arrinconar y dejar por inútil todo el complicado proceso industrial de la tecnología terrícola de hacía treinta años.

Para hacerse una idea de las ventajas que suponía este

revolucionario sistema, bastaba decir que una sola máquina, la KARENDÓN, podía desarrollar diariamente toda la producción de una fábrica de automóviles. La mayor máquina KARENDÓN construida hasta la fecha, tenía el tamaño de las gradas de un astillero, y empezaba y terminaba, hasta en sus menores detalles, un moderno crucero sideral de combate cada veinticuatro horas.

Otra variante de esta versátil e increíble máquina: producía en un día toda la harina de trigo que la población de VALERA consumía en un año. Actualmente, todos los alimentos que consumían los terrícolas, incluso carnes y pescados, eran obtenidos directamente de las máquinas KARENDÓN.

La aplicación de las KARENDÓN a la producción industrial y alimenticia, era una consecuencia lógica de otras funciones de esta máquina.

Si la KARENDÓN era capaz de “integrar” a un ser humano, reproduciendo cada célula, colocando cada una en su lugar exacto, formando sangre y músculos, nervios y huesos... ¿no había de ser mucho más fácil para la máquina manejar series de átomos, para formar con ellos los materiales de un aparato de radio, una lavadora automática, un automóvil... incluso un crucero sideral?

La máquina KARENDÓN era el mágico “¡ábrete Sésamo!” a un mundo maravilloso donde se hacían realidad todos los sueños del hombre desde que empezó a imaginar lo imposible. Era el milagro de la creación de la materia a partir de la energía, algo que hasta entonces se suponía sólo había ocurrido una vez, cuando Dios creó el mundo.

Pero aunque los hombres se sintieran pequeños dioses en posesión de este maravilloso juguete, en realidad todavía estaban lejos de alcanzar los poderes de la Creación. Los bartpuranos, aquella milenaria civilización que inventó la KARENDÓN, eran modelo de humildad y ponderación a este respecto. Y demostraban que, fuera de las ventajas que la KARENDÓN suponía frente a otros medios de transformación de la materia, no existía prodigio alguno.

Cuando uno veía por primera vez una máquina KARENDÓN fabricando pares de zapatos a la velocidad de una fotocopidora (clavados, cosidos, pegados, incluso con los cordones puestos) se creía estar ante algo tan prodigioso, que casi ponía a los hombres a la altura de pequeños dioses. Pero si uno miraba a los gruesos

cables eléctricos que alimentaban la KARENDÓN, se daba cuenta de que la máquina no creaba nada de la nada.

Estas máquinas necesitaban ser alimentadas de tan enormes cantidades de energía, que los valeranos habían tenido que recurrir a la ayuda técnica de los científicos bartpuranos, y construir toda una serie de nuevos y gigantescos reactores nucleares.

Las máquinas KARENDÓN eran tan voraces, que para fabricar un crucero sideral tenían que colaborar varios de estos poderosos reactores nucleares, funcionando todos a la vez, y aun así sólo era posible “integrar” un crucero cada veinticuatro horas.

Los reactores nucleares desintegraban la “dedona” y la transformaban en energía eléctrica. La KARENDÓN transformaba la energía nuevamente en materia. O sea que el complicado proceso materia-energía-materia, se reducía en el fondo a una modificación en la estructura de la materia original, transformándola en nuevas formas de materia.

No había ningún milagro, ni se creaba nada de la nada.

Cuando las máquinas KARENDÓN trabajaban a todo ritmo, especialmente cuando fabricaban cruceros siderales y armas de “dedona”, los valeranos estaban devorando en grandes cantidades la materia que formaba su propio autoplaneta.

* * *

Después de tres meses dedicado a la voladura de ciudades y fábricas, Miguel Ángel Aznar regresó un fin de semana a Nuevo Madrid para ver a sus padres y hermano. En casa esperaba a Miguel Ángel una carta-circular del Departamento de Personal de la Armada, citándole para el lunes siguiente a una determinada hora.

Miguel Ángel sintió momentáneamente acelerados los latidos de su corazón. La carta-circular, en el apartado “motivos”, especificaba claramente: “Para ser desintegrado y archivado hasta el momento que la Armada considere oportuno en razón de las necesidades del Servicio”.

¡Iba a ser desintegrado!

Aunque él mismo lo había solicitado, como millones de valeranos, Miguel Ángel no pudo evitar sentir cierto nerviosismo. De hecho iba a dejar de existir en forma corpórea. Cada célula de su

cuerpo, cada rasgo de su estructura física, pasarían a convertirse en una fórmula punteada sobre una lámina de oro bajo los haces de una máquina KARENDÓN. La máquina era simultáneamente una analizadora de componentes estructurales y una a modo de fotocopidora.

Cuando un ser humano entraba en la cápsula desintegradora de la KARENDÓN, la máquina le echaba “un vistazo” preliminar. De fuera adentro y hasta las capas más profundas, la máquina situaba en su memoria, sobre un sutil entramado de coordenadas, donde se encontraba localizado cada rasgo y componente peculiar de la persona investigada. Todos los datos quedaban consignados en clave sobre la lámina de oro indeformable.

A continuación, y en una fracción de segundo, la máquina destruía TODA la materia. La fórmula definitiva quedaba consignada en la cinta metálica, “grabada” para una posterior utilización. Años más tarde, la misma cinta se introduciría en otra máquina KARENDÓN. La máquina “leería” la fórmula grabada en ella y cargaría sus poderosos condensadores haciendo acopio de energía, como cuando uno hinchaba sus pulmones preparándose para apagar de un soplo las velitas de una tarta de cumpleaños.

Entonces, en una fracción de segundo, la KARENDÓN dispararía desde todas direcciones chorros de átomos ya clasificados que irían a materializarse sobre los mismos puntos de las coordenadas sobre las que el cuerpo fue desmaterializado. La persona, tal como era en el momento de ser desintegrada, reaparecía en el interior de la cápsula y continuaría con entera normalidad su interrumpida existencia.

Utilizando este sistema, cincuenta millones de bartpuranos, de ambos sexos y de todas las edades, se habían ausentado de la vida durante veinticinco mil años, esperando una evolución más favorable de las circunstancias. Para ser rescatados, los bartpuranos tuvieron que pedir ayuda a los valeranos. Esta ayuda consistía simplemente en el suministro de energía para activar la máquina KARENDÓN.

Sin embargo, antes de decidirse a colaborar en el rescate de la nación bartpurana, los valeranos se habían sentido asaltados de dudas y temores. Poniendo el ejemplo de una sinfonía grabada en una cinta magnética, si ésta podía escucharse cuantas veces se

quisiera, ¿quién podría impedir a los bartpuranos reproducirse en número de quinientos millones? ¡Les bastaría pasar diez veces cada rollo de cinta por la máquina KARENDÓN! Cada bartpurano tendría nueve sosias perfectos, no sólo en cuanto al aspecto físico, sino hasta con su mismo carácter y pensamientos. Parecía increíble, pero ¿no podría ser?

La respuesta era que existía una imposibilidad cierta de que esto ocurriera. Ningún ser vivo existía sin alma, y ninguna alma podía desdoblarse en diez almas idénticas. Los celos de los terrícolas, basados en sus dudas respecto a la propia existencia del alma, sufrieron un mentís rotundo.

Un hecho impresionante, que venía a corroborar la afirmación de los bartpuranos respecto a la existencia del alma, fue verificado en presencia de científicos y filósofos valeranos. Los científicos bartpuranos pasaron diez veces la cinta perforada de un mismo hombre. El primero en reintegrarse a la vida era perfectamente normal. Los otros nueve, idénticos al primero, eran nueve cadáveres.

El contacto con la antiquísima civilización bartpur venía a revolucionar de arriba abajo los conceptos de la nación terrícola sobre la formación de la materia y la existencia espiritual del hombre. Pero de momento los terrícolas sólo se habían apropiado las ventajas materiales de aquella cultura.

Los viajes espaciales de VALERA, que implicaban eternidades en el tiempo, iban a experimentar una innovación interesante. A partir de ahora, y gracias a la máquina KARENDÓN, los viajeros que, habiendo salido de ATOLÓN a determinada edad, desearan “saltarse” los trescientos años de viaje desde el circumplaneta a la Tierra y llegar a ésta con la misma edad que tenían al partir, serían desmaterializados al empezar el viaje, y materializados de nuevo en las proximidades de la Tierra.

Esto se había hecho antes por medio de la hibernación.

El Almirante Aznar era uno de los contados casos a quien le fue permitido hibernarse cuando VALERA acababa de alejarse de los planetas de REDENCIÓN, para ser reanimado doscientos setenta y seis años más tarde, cuando VALERA estaba frenando para “anclar” en una órbita interior al circumplaneta.

Pero la técnica de la hibernación era complicada y nunca

garantizaba la vida de quienes se sometían a ella. Las delicadas células del cerebro resultaban con frecuencia dañadas. Y era tan costosa, y exigía tales atenciones, que prácticamente era imposible hibernar a todos los que la solicitaban.

Además, una persona hibernada no podía ser reanimada y vuelta a hibernar al poco tiempo. La hibernación se hacía para un tiempo determinado, y no era aconsejable volver a repetirla.

Esto no iba a ocurrir con el nuevo sistema de desmaterialización por medio de la KARENDÓN. En primer lugar, el individuo desmaterializado no ocupaba espacio alguno, ni necesitaba ser atendido por médicos y especialistas. Su “fórmula” quedaba grabada en una cinta de oro, y ahí acababa todo.

En segundo lugar, el individuo desmaterializado podría regresar a la vida y volver a desintegrarse cuantas veces quisiera sin sufrir daño.

De hecho se esperaba que las máquinas KARENDÓN iban a tener mucho trabajo, pues no todos los valeranos iban a ausentarse al mismo tiempo. Por ejemplo, muchas parejas jóvenes de recién casados, o las que tenían hijos pequeños, querían disfrutar de su felicidad presente, en lugar de demorarla hasta un futuro incierto, y otros preferirían ver crecer a sus hijos. Después de algunos años, veinte o quizás treinta, tal vez estas parejas solicitaran voluntariamente entrar en la máquina KARENDÓN.

El Almirante Aznar, por razón de su cargo, regresaría varias veces en el intervalo de trescientos años para asegurarse de que todo marchaba bien en el autoplaneta. También se le haría volver en el supuesto caso de que se produjera una emergencia cuya resolución dependiera del Almirante Mayor.

Los oficiales y personal de la Armada y el Ejército, el cuerpo técnico de la Sala de Control, médicos, científicos y funcionarios de la Administración, utilizarían máquinas KARENDÓN localizadas en sus propios departamentos, y serían regresados en cualquier momento que su presencia fuera necesaria.

Lo que más preocupaba a Miguel Ángel, y en general a todos los que iban a entrar en el primer turno de “desmaterializados”, era “lo que ocurría a uno cuando la máquina lo desintegraba”.

Pero a este respecto ocurría algo curioso. Los que ya pasaron una vez por esta experiencia no acertaban a recordarlo.

Se suponía que, transportada a lo que los filósofos bartpuranos describían como Dimensión Temporal, el alma permanecía en la nada. El alma, decían, no seguía la misma línea de razonamientos que la mente. El alma no pensaba, simplemente sentía. Desligado de todas las apetencias materiales, el espíritu puro quedaba suspendido en una especie de éxtasis. Sentiría en su proximidad la presencia de otras almas, y este contacto psíquico resultaría agradable, porque en aquella dimensión el alma era limpia, e irradiaba bondad y felicidad. El tiempo en estas condiciones no debería tener significado, y a uno siempre le parecería que acababa de llegar cuando ya le estaban llamando para regresar.

—¿Es como si uno estuviera muerto? —preguntó Miguel Ángel a Yawna, que tenía experiencia sobre el particular.

—De hecho uno está muerto —contestó Yawna con una sonrisa tranquilizadora—. No existimos en forma material, somos espíritu puro.

—Cuando estuviste allá, ¿no te angustiaba la idea de no poder regresar al mundo?

—En primer lugar, uno no recuerda nada cuando regresa. Si yo pudiera recordar mis experiencias en aquella Dimensión, probablemente recordaría más de un viaje, pues he debido reencarnar muchas veces en otras vidas anteriores. De cierto te digo que en aquel estado se experimenta una felicidad completa, y que el tiempo allí no existe. Por lo tanto no debes temer nada.

—Pues a mí, lo que dices no me tranquiliza en absoluto. Si por cualquier circunstancia se destruyera o perdiera la cinta donde “estoy” grabado. ¿Qué sería de mí? ¡Nunca podría regresar y me quedaría allá esperando hasta la Eternidad!

—Dios no te condenaría a permanecer eternamente en la Dimensión Temporal. Reencarnarías en otra vida.

—¿En qué vida? ¿Me tocaría ser pez, o perro, o un periquito la próxima reencarnación?

—No seas tonto, Miguel. Eso nunca podría importarte, ya que nunca lo sabrías. Nadie recuerda su vida anterior en otra reencarnación. Por lo demás, dime ¿qué sería de ti y de todos nosotros si el autoplaneta en que viajamos colisionara con un planeta? El riesgo a perder la vida pende constantemente sobre nosotros. Pero a uno no le importa demasiado, salvo por dejar a

aquellos que ama, cuando estamos seguros de que después de esta vida hay otras... y al final una Dimensión Definitiva en la que nos será revelado todo.

Tradicionalmente el Almirante Mayor del autoplaneta había disfrutado una quinta de recreo en los Cárpatos Valeranos, una cordillera en el interior hueco de VALERA, donde los Aznar iban a pasar los fines de semana. Fidel Aznar, que abominaba de la ciudad, solía pasar en la quinta la mayor parte de su tiempo dedicado a la meditación.

Miguel Ángel quería despedirse de sus amigos antes de marcharse. Se quedó en la ciudad aquel fin de semana. Pero la mayoría de sus amigos estaban ausentes de Nuevo Madrid, disfrutando de las playas y la montaña, bien con la familia, bien formando grupos de gente joven y divertida. Hasta muy tarde en la noche del domingo no pudo ver a casi nadie.

Esperó en el domicilio de los Ross, hasta ver si regresaba Nuria. El doctor Ross y su esposa Silvana eran dos personas encantadoras, viejos amigos del Almirante de los tiempos en que se llevaban a cabo las primeras excavaciones arqueológicas en la hoy reconstruida ciudad de LEMNOS.

La señora Ross sentía un afecto particular hacia Miguel Ángel. Ella le había cuidado durante dos años inmediatamente después que la madre de Miguel Ángel murió. Silvana Ross era una simpática pelirroja de ojos azules. Aunque andaba cerca de los cincuenta, se conservaba tan juvenil como su propia y no menos encantadora hija.

Sobre la familia Ross había recaído el honor de tener en su casa al huésped más raro del mundo, ejemplar único probablemente en todo el Universo. Este huésped era IZRAIL, la mujer-robot guardián de la raza bartpurana, el Ángel de la Muerte. En lengua bartpurana su verdadero nombre era DHOLAK, pero todos le conocían por IZRAIL.

—¿Dónde está IZRAIL? —preguntó Miguel Ángel al rato de llegar a casa de los Ross—. ¿Ha salido también?

—Sí, salió de excursión con Nuria —respondió la señora Ross, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—¿Pero es que también a IZRAIL le gusta salir con chicos al campo? —preguntó Miguel Ángel extrañado.

—Le gusta mucho el campo —dijo el doctor Ross, que estaba preparando una ensalada de lechuga—. ¿Por qué no habría de gustarle?

—Nunca he podido comprender a ese demonio de robot. A veces, incluso me cuesta convencerme de que realmente no es una mujer —farfulló Miguel Ángel, provocando la risa del doctor.

—Lleva cuidado con IZRAIL, muchacho —dijo Silvana Ross gravemente—. Es muy bonita y puedes enamorarte de ella.

—¿Enamorarme de IZRAIL? —protestó Miguel Ángel.

—Bueno, ya ocurrió una vez. Un mortal se enamoró perdidamente de IZRAIL. ¿No es cierto, Eladio, cariño?

El doctor maldijo entre dientes mientras se ponía colorado. Miguel Ángel le contemplaba con asombro. La señora Ross movió afirmativamente la cabeza.

—En efecto, fue él. Ross estuvo enamorado de IZRAIL.

—¡Demonio, mujer! ¿Por qué tienes que contar esas cosas a la gente? —protestó el doctor furioso. Miró a Miguel Ángel y se justificó—: Yo ignoraba entonces que IZRAIL fuera una mujer robot.

—¿Es cierto entonces? ¿Estuvo enamorado de IZRAIL?

—¡Demonio, muchacho! ¿No acabo de decírtelo? ¡Yo ignoraba que no fuera una mujer “de verdad”! No lo descubrimos hasta más tarde. Y fue tu tía Silvana quien lo descubrió. ¿Sabes por qué? ¡Pues porque se sentía celosa de IZRAIL! Ya ves, tan ridículo como enamorarse es sentir celos de un robot. ¿O no es verdad?

Miguel Ángel comió con los Ross. Según éstos le dijeron, habían solicitado también ser desmaterializados hasta que el autoplaneta se encontrara a la vista de los planetas terrícolas. El doctor Ross, que había publicado varios libros muy interesantes sobre la filosofía y la parapsicología estudiada por los bartpuranos, sentía gran curiosidad por vivir esta nueva experiencia.

—Mi madrastra dice que no se recuerda nada al reencarnar de nuevo —objetó Miguel Ángel.

—Bien, de acuerdo. Pero sí sabemos de casos en que un alma, desde la Dimensión Temporal bartpur, se ha comunicado psíquicamente con los que permanecemos en la dimensión terrena. Si es como me figuro, un espíritu situado en la Dimensión Temporal no permanece totalmente ajeno a lo que ocurre en la dimensión de los vivos. Tengo en proyecto realizar un experimento sobre el

particular. Cuando me encuentre desmaterializado, un amigo parasicólogo intentará comunicarse conmigo a través de un médium. Si conseguimos establecer contacto, yo relataré a mi amigo mis sensaciones en aquel ALLÁ.

Ya habían terminado de comer hacía rato cuando llegó Nuria Ross, morena de sol y rota de cansancio. Besó a sus padres, besó a Miguel Ángel y se dejó caer en el diván.

—¿Dónde está IZRAIL? —preguntó el doctor Ross.

—¿No ha llegado todavía? Se fue en otro coche con Juan Pardo y Álvaro Balmer.

—¿La dejaste ir sola con ese par de sinvergüenzas?

—Bueno, IZRAIL “ya es” una mujer mayor. Ella sabrá cuidarse.

—¡Cuidarse! ¡Menudo lote se estarán dando con ella esos pájaros!

—¿Y a ti qué te importa? —intervino la señora Ross como celosa—. A lo mejor a ella le gusta andar sola con muchachos.

Miguel Ángel escuchaba sorprendido este diálogo. ¡Hablaban de IZRAIL como si realmente fuese una mujer! El doctor protestó:

—¿Cómo va a gustarle ESO a Izrail? Ella no es una mujer normal, es un robot. IZRAIL no puede sentir estímulos eróticos como un ser humano. ¡Es una máquina!

—Más razón a mi favor. ¿O puede quedar IZRAIL embarazada y traer al mundo pequeños robots?

—Seguro que a ti te gustaría, aunque sólo fuera para poner en solfa la virtud de IZRAIL.

Atónito, Miguel Ángel ya no sabía si los Ross hablaban en serio o en broma.

—¿Yo celosa? ¿De una mujer llena de tomillos y alambres por dentro?

Nuria Ross gritó desde el diván:

—Papá, mamá... ¡que os estáis pasando! Y todo porque ella viene en un coche sola con dos muchachos. ¿Qué puede pasarle a IZRAIL, vamos a ver?

—¡Que tus amigos le den un sobo, eso nada más! —gritó el doctor furioso.

—¿Y eso qué? —gritó también la señora Ross.

—¡Pues que no es decente! —rugió Ross. Y añadió reflexivamente—. Aunque se trate de un robot, y precisamente por

eso. ¡No es decente que nadie se aproveche de la ingenuidad de IZRAIL divirtiéndose a su costa!

La señora Ross pareció comprender el punto de vista de su esposo y asintió en silencio.

—IZRAIL me contará que hicieron con ella esos chicos. Y si la han manoseado... bueno, no volverá a salir con esos sádicos —dijo Nuria.

Miguel Ángel se puso en pie y anunció que iba a marcharse, pues todavía pensaba visitar a otros amigos. La señora de Ross besó a Miguel Ángel con ternura y se emocionó y todo.

—Bueno, no hay que tomarlo como si se marchara a la guerra —dijo el doctor Ross—. Se trata de una despedida temporal. Al final del camino volveremos a encontrarnos todos juntos.

Los Ross acompañaron a Miguel Ángel hasta la puerta y permanecieron allí, saludándole con la mano, hasta que se cerró el ascensor y dejó de verlos.

En la calle brillaban las luces de las farolas, perfectamente alineadas como en una calle cualquiera de una ciudad de la Tierra. Un suave viento movía las lustrosas hojas de las acacias, y allá en el cénit, brillaba con un suave fulgor plateado la luna de VALERA. Pasaban en riadas los automóviles de los alegres excursionistas domingueros, se escuchaban voces, risas y claxons. Esta misma escena podía haberse desarrollado muchos siglos atrás en otro Madrid de otro planeta situado en otra parte del Universo, vivida por otras generaciones ya extintas.

Representada en VALERA, esta escena era pura ilusión, un triste engaño. Ni la noche era real, ni era verdadera la luna ni su pálida y romántica luz. En este mundo artificial, viajero incansable de los espacios inconmensurables del macrocosmos, los hombres creaban una ilusión y se esforzaban por vivirla como una realidad. En todas partes, a donde quiera que fuese, el terrícola recordaba a la Tierra hasta en sus actos más insignificantes.

El recuerdo de su mundo de origen vivía perpetuamente en el subconsciente del terrícola. Siguió conservando sus costumbres en el gigantesco planeta de REDENCIÓN, su “habitat” y el gusto por las mismas comidas. En VALERA hizo una copia miniatura de su mundo; suspendió una lámpara gigantesca en su falso cielo y la llamó sol. Apagaba innecesariamente la lámpara y la hacía brillar

con una luz distinta llamándola luna durante la noche. Construía sus ciudades como colmenas, y las adornaba con farolas para crear la falsa ilusión de que estas luces eran necesarias para alumbrar sus falsas noches... Y en la nueva colonia del magnífico circumplaneta, donde no podía apagar el sol y reinaba un día eterno, acomodaba su horario a las veinticuatro horas del día de la Tierra. ¿Por qué veinticuatro, y no veinte o cien?

Mientras echaba a andar en busca de la próxima estación del “metro”, Miguel Ángel Aznar miraba a su alrededor y sonreía con tristeza. Él no había conocido la Tierra, ni su padre puso el pie en ella, aunque alcanzó a verla de lejos. Para las generaciones que actualmente vivían en VALERA y en el circumplaneta ATOLÓN, la Tierra era un mundo sólo visto y conocido a través de millares de viejos filmes conservados como un tesoro.

¡La Tierra! ¿Qué tenía de mágico este nombre? ¿Qué extraño eco despertaba en el corazón de un pueblo, capaz de ponerle en pie de guerra y abandonar todos los bienes que poseía para arriesgar y perder la vida en el intento de conquistarla?

“La Tierra —había dicho el Almirante Aznar en uno de sus brillantes discursos— es la Patria. Nunca podremos olvidarla, porque incluso cuando nuestros nietos no conserven noción de ella, la sentirán latir en su sangre, en su piel y en los más ocultos rincones del subconsciente. Donde quiera que vayamos siempre seremos terrícolas, porque la Tierra es nuestra madre, nos ha configurado y dado un carácter propio. Nuestro peso, nuestra talla, nuestros pulmones, nuestro corazón y nuestro aparato digestivo, son consecuencias de nuestra adaptación a la Tierra; a su fuerza de gravedad, a su atmósfera, a su temperatura, a su fauna y su flora... En cualquier parte del Universo el terrícola será un inadaptado, un extranjero. Si con los ojos cerrados nos trasladaran a la Tierra, cualquiera de nosotros sabría inmediatamente que aquél era un auténtico y verdadero mundo... porque Dios nos hizo para habitarlo, nos acopló exactamente a sus medidas, y nos dotó del ingenio y la fuerza para conquistarlo. La Tierra, nuestra amada patria, está en poder de unos advenedizos. La Tierra nos fue arrebatada, y desde entonces somos un pueblo vagabundo... una raza trashumante, una nación que ha perdido el sentido de la verdadera dimensión de las cosas, por la sencilla razón de que el

mundo a cuyas dimensiones pertenecemos no está aquí, bajo las suelas de nuestros zapatos. Pero conquistaremos la Tierra. Regresaremos y lucharemos por ella... por arrancarla de las manos extrañas que la dominan... por devolverle su genuino y personal carácter. ¡Conquistaremos la Tierra!”

La riada de automóviles, con sus alegres excursionistas domingueros, seguía llenando las calles de Nuevo Madrid cuando Miguel Ángel se sumergió en las calientes profundidades del “metro”. Se había hecho tarde y decidió regresar a casa. Después de todo, ¿para qué despedirse de nadie? Si Yawna estaba en lo cierto, no tendría noción del tiempo en la Dimensión Temporal donde su alma permanecería. Sería como partir y regresar al momento.

CAPÍTULO VI

A las ocho y media de la mañana del lunes Miguel Ángel regresó a presentarse a las diez en el nuevo edificio del Departamento de Defensa, pero éste quedaba cerca, allí mismo en la Plaza de España.

Desayunaron juntos. Miguel Ángel preguntó a su hermano cuándo iba a ser desmaterializado.

—No tengo prisa —contestó el enigmático Fidel—. Me comunicaré contigo y con los padres cuando estéis allá.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Miguel Ángel incrédulo.

—Bueno, lo intentaré —contestó Fidel encogiéndose de hombros.

El hermetismo de Fidel tenía el poder de sacar de quicio a Miguel Ángel. Sin embargo, a pesar de la escasa comunicación que existía entre ambos, Miguel Ángel “sentía” que era amado con amor fraterno.

Miguel Ángel fue a buscar su gorra y regresó. Se despidieron allí mismo, sencillamente, como si fueran a verse de nuevo al siguiente fin de semana. Sin embargo, Miguel Ángel se sentía impresionado cuando salió en compañía de su padre.

Desde el vestíbulo de la Sala de Control, bajo los sótanos del Palacio Residencial, un túnel comunicaba con los sótanos del nuevo edificio del Departamento de Defensa.

Aquí mismo, en los sótanos del Departamento de Defensa, estaban instaladas las máquinas KARENDÓN.

Se había creado un servicio especial para atender a todo lo relacionado con la marcha y regreso de las Fuerzas Armadas, pero aunque Armada y Ejército ocupaban el mismo edificio, cada uno tenía su servicio y sus KARENDÓN propios.

Allí todo funcionaba con la eficiencia y rapidez proverbiales de la Armada. La enorme sala de espera estaba llena de astronautas,

todos con sus blancos uniformes, charlando entre sí con cierta estridencia. La inmensa mayoría llegaban con una hora y más de anticipación. Pero cada uno entraría cuando fuera llamado por los altavoces. Los astronautas podían saber cuántos tenían por delante, cotejando unos con otros los números de referencia de sus tarjetas respectivas.

Miguel Ángel Aznar presentó su carta-circular en una mesa atendida por una guapa oficial de la Armada. La muchacha leyó el número de referencia de la carta a otra chica de uniforme y ésta movió sus ágiles dedos sobre el teclado de una computadora. La máquina expulsó una tarjeta de identidad en la que figuraban la fotografía, el nombre y apellidos, el grado de Miguel Ángel y un número de registro. La oficial comprobó la tarjeta con el documento de identidad de Miguel Ángel, y le entregó un sobre grande abierto.

—Escriba su nombre, saque todo lo que lleva en los bolsillos, anótelos y dépositelos en el sobre junto con su documento de identidad —le indicó con una deslumbradora sonrisa.

Mientras la oficial atendía a otro astronauta, Miguel Ángel siguió las instrucciones depositando cuanto llevaba en los bolsillos en el sobre. Lo cerró y regresó para entregarlo a la oficial. Ésta le dio a su vez la tarjeta de identificación.

—Póngasela en el ojal de la guerrera, por favor. Disculpe todas estas molestias —dijo la joven.

—No es molestia —dijo Miguel Ángel—. ¿Estará usted todavía cuando yo salga por esta puerta?

—Quizás.

—Si está aquí la invitaré a salir a pasear.

—Si estoy aquí para entonces, seré tan vieja y tan fea que usted no querrá pasear conmigo —respondió la oficial con otra de sus deslumbradoras sonrisas.

—Si en esa otra Dimensión hay ángeles como usted, me quedo allí para siempre.

—Enviaremos una pareja de la Policía Militar a buscarle.

—¡Hasta la vista!

—¡Buen viaje!

Miguel Ángel fue a reunirse con el Almirante Mayor, que estaba charlando amigablemente con un corro de jóvenes oficiales. El nombramiento del Almirante había caído muy bien en la Armada,

donde gozaba de enorme prestigio y donde la familia Aznar siempre fue apreciada.

—¿Todo listo? —preguntó el Almirante a su hijo—. Bueno, nos despedimos aquí. Esto va a ser mucho mejor que esperar tres siglos hasta llegar a la Tierra. Todos ustedes tendrán la suerte de ser todavía jóvenes cuando tengamos que enfrentarnos a los Sadritas.

Estrechó con energía la mano de Miguel Ángel. Sus inteligentes y azules ojos reflejaban la serenidad y firmeza de su ánimo. Los demás oficiales no quisieron desaprovechar la ocasión de estrechar la mano a tan alto personaje y acompañaron al “superalmirante” en tropel hasta la misma puerta de salida.

—¿Alguien tiene un cigarrillo? —preguntó Miguel Ángel.

Los altavoces seguían llamando a los “ingresados” por su número de referencia. Las KARENDÓN trabajaban aprisa.

Media hora más tarde Miguel Ángel arrojaba la colilla del segundo cigarrillo al colmado cenicero y se ponía detrás del astronauta que le precedía.

Estaba tranquilo cuando cruzó la puerta de hojas oscilantes. Al pasar la puerta se encontraba uno en una espaciosa sala. Veinte máquinas KARENDÓN trabajaban detrás de unas cortinas de cuero. Ante cada cortina estaba un oficial lápiz en mano, sosteniendo un cartapacio en el otro antebrazo. Le hacían señas a uno para que se acercara, y uno iba un poco nervioso hacia allí.

—¿Nombre y grado, por favor?

Uno decía su nombre tartamudeando un poco.

—Su número de referencia. Asegúrese que es el correcto leyéndolo en la tarjeta, por favor... Pase adelante.

Uno apartaba las pesadas cortinas y se enfrentaba más o menos resignadamente con su suerte. Allí estaban las máquinas KARENDÓN y un técnico de delantal blanco esperándole.

Todo lo que uno alcanzaba a ver de la máquina era una gran caja, más alta que ancha, cuya tapa anterior estaba separada medio metro, formando a modo de un biombo o pantalla. La caja parecía un probador de sastre, o una de aquellas máquinas automáticas de sacar retratos. El técnico admitía este parecido diciendo:

—Es como si fuera a retratarse. Póngase de pie en el centro y procure mantenerse quieto un segundo cuando yo le diga.

—¿Me quito la gorra? —preguntó Miguel Ángel.

—Haga lo que quiera, a la máquina le es indiferente.

—Me la quitaré, no vayan a reintegrarme después con un botón de la gorra en los sesos —dijo Miguel Ángel. Se puso la gorra bajo el brazo, se deslizó por entre la pantalla y el borde de la caja y entró dentro.

Se escuchó un poderoso zumbido. Desde aquí no podía ver al técnico, pero le escuchó:

—¡Quieto un segundo!

Brilló un fogonazo, pero luego la luz se atenuó algo y adquirió un color dorado. Esta luz le envolvía por todas partes, y sintió una sensación como si flotara, elevándose continuamente a través de aquella atmósfera luminosa. Le invadió un plácido bienestar, como si de pronto se hubiese liberado de todo el peso del mundo, de todas las preocupaciones y toda la suciedad del mundo. Estaba lleno de un gozo inefable, le parecía que todo su ser se esponjaba, empapándose de luz y felicidad.

Pero a poco de empezar a gozar de esta felicidad sintió cierta inquietud y malestar. Repentinamente había perdido su serena paz. Alguien le llamaba; era la voz de Fidel y le molestó de alguna forma incalificable.

“Miguel, ¿puedes escucharme? Soy Fidel, tu hermano.”

“¿Por qué me molestas? ¿Qué quieres?”

“Han pasado tres años. He comunicado con Yawna y me dice que se siente feliz. Voy a ingresar a mi vez en la Dimensión Temporal. ¿Eres feliz ahí?”

“Sí.”

“Adiós, Miguel. Hasta que nos encontremos de nuevo.”

De nuevo volvió a experimentar aquella agradable sensación de paz, de gozo y bienestar. Pero esto no duró mucho, pues de nuevo sintió la inminencia de algo desagradable. Brilló un relámpago y se vio en el interior de la caja de la máquina KARENDÓN, parpadeando como si despertara de un sueño.

Pero en menos de un segundo, mientras se hacía una composición de lugar, olvidó todo lo que había soñado. Tenía la impresión de que fue un sueño corto y agradable, pero no pudo recordarlo. ¿O era que en realidad no había ocurrido nada y esperaba todavía allí a que la máquina le desmaterializara?

La Armada lo tenía todo bien organizado. Caras bonitas de

mujer, dulces y de agradable trato cuando uno iba a marchar, y otra cara bonita cuando regresaba.

—¿Quiere usted salir, Capitán Aznar, por favor? —le dijo la chica que asomaba su bello y sonriente rostro entre la caja y la pantalla o biombo.

Miguel Ángel salió y se volvió a mirar la máquina.

—¡Interesante! —murmuró pensativamente—. No he sentido nada.

—Eso no debe ser verdad. Todos los que regresan tienen en el rostro una expresión de felicidad. Yo creo que lo pasan bien allí, aunque al regresar lo olvidan enseguida —dijo la muchacha mientras comprobaba el número de la cartulina de identificación que colgaba del ojal de la guerrera blanca de Miguel Ángel.

Le apartó las cortinas de cuero para que pasara. Lo primero que vio al salir de las cortinas fue un gran cartelón donde ponía:

“Bienvenido de nuevo a VALERA. Ha estado usted ausente durante 120 años.”

Algún empleado de las máquinas, cansado de responder preguntas, había añadido sobre el cartelón:

“¡Créalo, ES VERDAD!”

* * *

Le habían destinado al servicio en la Sala de Control a las órdenes del Almirante Juan MacLane, un viejo amigo del Almirante Mayor. MacLane había entrado en la KARENDÓN cuando el autoplaneta llevaba diez años de viaje. Había permanecido un siglo en la Dimensión Temporal y hacía pocos días que acababa de regresar para relevar del mando al Almirante Corrochano.

Realizado el relevo del mando superior, MacLane estaba escogiendo a sus ayudantes, y el nombre de Miguel Ángel Aznar estaba en la lista de los que llevaban más tiempo “descansando”.

El Almirante MacLane era un hombre sumamente agradable.

MacLane había participado con el Almirante Aznar en la primera expedición que los cruceros valeranos llevaron a cabo sobre el circumplaneta, con el fin de sondear la capacidad de defensa de los insectos que dominaban aquel mundo. El primer contacto con las “mantis” fue desastroso, pues los insectos pusieron en acción su

poderosa arma secreta, el proyector de ondas gravitacionales, y el crucero en el cual viajaba el Almirante Aznar fue derribado sobre el océano y hundido. El Almirante y la mayor parte de los científicos que le acompañaban lograron escapar milagrosamente del buque sumergido, entre ellos Sara Bogani, entomólogo, que más tarde sería la madre de Miguel Ángel. MacLane, que entonces era Capitán de navío y mandaba el crucero ROMA, dirigió desde su buque el ataque fulminante contra las “mantis”, que salvó a los náufragos del acoso de los insectos. El Almirante Aznar pudo tomar la iniciativa en tierra y dirigirse con sus pequeñas fuerzas acorazadas a la ciudad de Topera, bombardeada por MacLane, donde se apoderaron del peligroso proyector de ondas gravitacionales.

MacLane, ascendido a Contralmirante, había estado también con el doctor Ross y la expedición científica que inició las excavaciones en las ruinas de Cifra (LEMNOS) y determinó el descubrimiento de la mujer robot, IZRAIL, con lo que se inició la “Operación Rescate”, que terminaría años después con el regreso de la nación bartpurana de la Dimensión Temporal.

—¿Cuándo regresará mi padre? —preguntó Miguel Ángel al Almirante MacLane—. ¿Coincidiré con él en alguna de sus visitas?

—No, a menos que surja algún percance que nos obligue a llamarle con urgencia. El Almirante regresa regularmente una vez cada quince años, pero tú sólo vas a permanecer dos en el servicio, de modo que no le verás..., y creo que es mejor que sea así. Mientras él permanezca allá, es señal que todo marcha bien aquí.

—¿Regresó usted solo, o tiene aquí a su familia? —preguntó Miguel Ángel por cortesía.

—Mi esposa y mis hijos regresarán hoy. Tengo un chico de tu edad y una hembra, Samanta, que tiene veinte años. Voy a poner a Juan a trabajar en la Sala de Control. Realizaréis juntos un cursillo de adiestramiento... Bueno, tal vez vaya también Samanta al cursillo. De todos modos tiene que hacer en el Servicio de Trabajo Obligatorio. Es mejor que lo haga ahora, porque, ¿qué va a hacer una chica de veinte años en una ciudad desierta como Nuevo Madrid?

No podía comprender bien el sentido de la pregunta que se hacía el Almirante MacLane sin ver cómo era Nuevo Madrid en la actualidad.

Después de almorzar con el Almirante en la cafetería de la Sala de Control, mientras MacLane iba a esperar a su familia a los sótanos del edificio del Departamento de Defensa, Miguel Ángel Aznar tomó el ascensor hasta la planta baja del Palacio Residencial y salió a pleno sol en la Plaza de España.

Cuando uno salía a la calle ya notaba una sensación de quietud en el ambiente. La monumental Plaza de España parecía casi desierta, pues los automóviles que circulaban no bastaban para llenar las dimensiones de aquel espacio enorme.

Ante las puertas del nuevo edificio del Parlamento, la zona de aparcamiento estaba llena de automóviles. Por la capa de suciedad que los coches tenían sobre la pintura podía adivinarse el mucho tiempo que llevaban allí aparcados. Por la parte interior del cristal del parabrisas, todos los coches tenían pegado una nota de aviso: “Estos automóviles funcionan sin necesidad de utilizar fichas”. Un buen detalle de la Administración, porque sobrando coches ahora, ¿para qué molestar a la gente con el engorro de las dichas fichas?

Miguel Ángel se subió a uno de los coches y salió con él a dar un largo paseo por la ciudad.

Nada había más triste y deprimente que una gran ciudad vacía. Si en la Plaza de España uno ya advertía cierta sensación de soledad, ¿qué decir del resto de la ciudad?

La enorme Avenida de América, con sus mil metros de ancho y sus casi veinticinco kilómetros de longitud, parecía la calle principal de una ciudad fantasma. Los altos rascacielos se levantaban a distancias regulares como monolitos, todas las ventanas cerradas. Los jardines que rodeaban los edificios y el parque central de la avenida, con sus quinientos metros de ancho, habían crecido como enmarañadas selvas, en el más completo abandono.

Crecía la hierba entre las juntas de las losas que formaban los andenes de entrada a los patios, y entre las grietas del asfalto cuarteado de las calles. Enredaderas y lianas se enroscaban a lo largo de las farolas y los postes de los semáforos. Las cercas desaparecían bajo masas de verdor, y nuevas plantas, jamás sembradas, extendían sus ramas hasta las aceras.

Todo estaba limpio exteriormente, porque la lluvia que todas las madrugadas caía sobre la ciudad arrastraba el polvo hacia las alcantarillas.

De vez en cuando se veía un automóvil corriendo por las desiertas calzadas, y de tarde en tarde algún peatón solitario iba andando por la acera o salía o entraba de algún edificio. Las prevenciones de mucha gente hacia las máquinas KARENDÓN y aquel “no existir”, parecían haber sido vencidas por las ventajas que reportaba. Los valeranos querían vivir cuando el autoplaneta llegara a la vista de los planetas terrícolas.

Después de llegar al final de la Avenida de América, Miguel Ángel condujo su automóvil por el camino de ronda y regresó a la Plaza de España por la Avenida de Europa, hasta aparcar el automóvil en el lugar donde lo había tomado.

CAPÍTULO VII

También en la Administración Marítima, los altos jefes de la Armada y el Almirante MacLane ocupaba también un piso en este edificio suntuoso, utilizando el despacho del Almirante Mayor para el trámite de los asuntos oficiales.

El Almirante MacLane había invitado a Miguel Ángel a comer con él y su familia.

La esposa y los hijos del Almirante acababan de regresar hacía apenas un par de horas. Miguel Ángel conocía a la señora MacLane, que había ocupado un alto cargo en la Administración del Estado de la República Federal de Nueva Hispania.

Respecto a Juan y Samanta, eran unos niños cuando Miguel Ángel los vio por última vez en Iberia. Los MacLane continuaron viviendo hasta diez años después de haberse desmaterializado Miguel Ángel, dando tiempo a sus hijos a alcanzar la mayoría de edad, antes de ingresar todos en la Dimensión Temporal.

Mientras que Juan creció convirtiéndose en un alto y rubio mocetón, Samanta invirtió sus veinte años cuajando en una espléndida mujer. Era alta y esbelta, de busto desarrollado, cabellos castaños y grandes y expresivos ojos verdes. La chica era realmente extraordinaria.

Lo de Miguel Ángel Aznar y Samanta MacLane empezó casi en el mismo momento que se vieron, y tuvo el estímulo del Almirante, por aquella condenada manía de las personas mayores de querer dirigir la vida sentimental de los hijos. Samanta tenía encantos más que sobrados para gustarle a cualquiera, y Miguel Ángel no era refractario a los atractivos del sexo contrario. Pero bajo el punto de vista de Miguel Ángel, los sentimientos no podían ser impuestos por la conveniencia.

Al día siguiente Samanta y Miguel Ángel viajaron en automóvil

hasta la Academia Astronáutica de San Carlos para recibir las enseñanzas suplementarias indispensables para el servicio en la Sala de Control.

La Academia Astronáutica, por la que pasaron generaciones de oficiales de la Armada y todos los antepasados de Miguel Ángel, era otra de las tantas cosas del planetillo que resultaron afectadas por el paso del tiempo y el incesante desarrollo de la técnica.

Capaz para diez mil alumnos en sus mejores tiempos, el viejo edificio había perdido las dos grandes alas destinadas a dormitorios de los cadetes, quedando en pie el cuerpo central donde estuvieron las aulas. Hoy día no había cadetes residentes en San Carlos. Las viejas aulas estaban llenas de computadoras, que vinieron a sustituir a los profesores de antaño.

El moderno sistema de enseñanza por inducción directa de información y conocimientos al cerebro, acabó con la tradición de las escuelas, universidades y academias. Miguel Ángel era, como Samanta, producto de esta nueva cultura impartida por computadoras.

Como todos los niños, Miguel Ángel empezó a ir al parvulario a la edad de cuatro años. Esta primera fase de la educación, llamada preparatoria, comprendía principalmente juegos y gimnasia, trabajos manuales y primeras nociones. Se les enseñaba a los niños a distinguir unos objetos de otros y nombrarlos por su nombre correcto, lo cual solía hacerse por medio de imágenes sobre pantallas de televisión.

A los ocho años el niño estaba preparado para la primera recepción. Se le practicaban unos diminutos agujeros a través de los huesos craneales y se insertaban en ellos unos electrodos. Se administraba una droga hipnótica al niño, se le sentaba en un sillón y conectaban los electrodos a una computadora. La computadora enviaba a gran velocidad una serie de impulsos eléctricos. La memoria quedaba impresionada a un primer nivel con los conocimientos y la información grabados de antemano en una cinta magnetoscópica, sin intervención de la voluntad del alumno, ni de su vista ni de su oído.

Cuando el alumno despertaba había adquirido conocimientos equivalentes al cuarto año de secundaria. Se comprobaba el resultado a través de unos exámenes distanciados. Algunos

necesitarían tal vez una sobreimpresión, si bien no era un caso frecuente. El niño ya no asistía a la escuela, pero se le estimulaba a la práctica de los deportes.

A los diez, doce y catorce años, el niño recibía otras sesiones de enseñanza, con lo cual quedaba completa la educación llamada básica. Pero si más tarde el joven demostraba preferencias e interés por alguna especialidad determinada, y si lo solicitaba por voluntad expresa, recibiría otras enseñanzas especializadas, que harían de él un médico, un analista, un físico nuclear, un ingeniero, o un técnico en cualquiera de las múltiples especialidades en las ramas de la Ciencia, la Técnica, la Historia...

El Ejército y la Armada formaban sus propios soldados y astronautas, y de éstos extraían sus cuadros de oficiales. Los oficiales se llamaban “de complemento” cuando eran jóvenes que cumplían el Servicio de Trabajo Obligatorio, y “profesionales” a los que continuaban ejerciendo la carrera y escalaban sucesivos puestos de responsabilidad. Esto no sólo ocurría en las Fuerzas Armadas, sino también el resto de las profesiones.

No se advertía fallo en el sistema de educación formado por inducción directa al cerebro. Un oficial de la Armada formado de este modo era tan bueno o más que otro formado en la vieja escuela. El alumno no sólo recibía directamente los conocimientos indispensables a la profesión, sino lo que era más importante, la experiencia. Esta experiencia se extraía habitualmente de los conocimientos guardados en la memoria de astronautas experimentados.

Miguel Ángel, que jamás había participado en un combate sideral, tenía en su memoria las experiencias vividas por oficiales que vivieron realmente algunos de los combates más encarnizados sostenidos por la Armada Sideral Valerana, contra los Hombres de Titanio, invasores de los planetas terrícolas, y contra los “Eternos” de los planetas de REDENCIÓN.

Esta experiencia era igualmente importante en otras profesiones. Un joven cirujano recibía al mismo tiempo enseñanza y experiencia sobre la mecánica de las más complicadas intervenciones quirúrgicas.

Muchachos y muchachas recibían “experiencia” sexual en el último curso de enseñanza básica.

En una sola sesión de poco más de una hora, tanto Miguel Ángel como Samanta recibieron información y conocimientos que les facultaban para desempeñar la función de controladores. El joven Aznar, que ya había cursado estudios superiores de astronáutica, asimiló además un curso adicional de experiencia en todos los percances que en diversas fechas se habían producido en la Sala de Control, así como la forma en que se resolvieron o pudieron haber sido resueltos.

De regreso en Nuevo Madrid, al día siguiente ambos ingresaban en la Sala de Control.

La Sala de Control de VALERA era el centro neurálgico del autoplaneta. Mil quinientos controladores y quinientos técnicos especializados trabajaban normalmente en ese departamento, pero este número había quedado reducido a la mitad en las actuales circunstancias. No eran necesarios más, puesto que él autoplaneta marchaba arrumbado, viajando a la fabulosa velocidad de 280.000 kilómetros por segundo.

Los técnicos de la Sala de Control se mostraban encantados después de la reciente aplicación de las ondas gravitacionales al sistema de impulsión, dirección y detección del autoplaneta.

En primer lugar, las ondas gravitacionales permitirían al “orbimotor” realizar maniobras de frenado y de cambio de dirección que anteriormente no podía hacerse sin exponer al planetillo a una catástrofe. En segundo lugar, las ondas gravitacionales, proyectadas desde el planetillo, marchaban mil millones por delante de VALERA. Al mismo tiempo que detectaban cualquier cuerpo opaco situado en la ruta del autoplaneta, estas ondas apartaban el obstáculo. En mil millones de kilómetros, los controladores disponían de cincuenta minutos para tomar una decisión. Si el obstáculo no era mayor que una roca de cien kilómetros de diámetro, las ondas gravitacionales lo apartarían a un lado. Pero si se trataba de un cuerpo celeste mayor, por ejemplo un planeta, VALERA variaría el rumbo de un grado, suficiente para evitar un obstáculo mayor que el planeta Saturno.

Aunque jamás se había dado el caso de que VALERA chocara con un planeta errante (de haber sucedido no existiría VALERA) el riesgo existía siempre, en número de una probabilidad contra un millón. Esta circunstancia obligaba a los controladores de servicio a

mantenerse siempre en tensa vigilancia, sin apartar sus ojos de los instrumentos de detección.

El Vicealmirante Pereira, jefe de los controladores, comentaba a Miguel Ángel Aznar el primer día de servicio de éste:

—Es fácil comprender que a mayor velocidad aumentan los riesgos, pero a menor velocidad nuestros viajes se harían eternos. Todos deseamos que sea el último viaje que realizamos en estas condiciones. En un próximo futuro, viajando en el hiperespacio, podremos acelerar hasta alcanzar velocidades insospechadas sin riesgo de colisión. Allí reina el vacío más absoluto.

Los turnos de guardia en la Sala de Control eran de seis horas para los controladores y de ocho para los técnicos. Samanta MacLane se las arregló, (o el arreglo vino de su padre) de forma que su turno coincidiera con el de Miguel Ángel. Samanta terminaba dos horas antes, y cuando salía Miguel Ángel solía encontrarla aguardándole en el vestíbulo.

Empezaron a salir juntos. A Miguel Ángel le gustaba la chica, pero no deseaba comprometerse con ella. Ahora bien, Samanta era una mujer fogosa y no resultaba fácil evitarla.

Todo estaba a favor de una previsión de alcanzar capas más profundas e íntimas en sus relaciones. La ciudad estaba prácticamente desierta, los amigos ausentes, los estadios y auditoriums cerrados. La poca gente que quedaba solía estar ocupada... No había muchos lugares donde pasar el rato, como no fuera sentado delante de la televisión. Salir a pasear por la montaña o ir a bañarse a la playa con una chica bonita era agradable, y Miguel Ángel se dejó seducir.

Lo inevitable ocurrió en la playa una tarde de domingo. Habían llegado hasta allí en automóvil y estaban completamente solos en cuanto alcanzaba la vista. Samanta llevaba un bikini y sus bellas formas estaban martilleando en los sentidos de Miguel Ángel desde que llegaron allí por la mañana. La tentación era irresistible y finalmente se encontraron uno en brazos de otro, sus bocas ávidas fuertemente apretadas.

Pero en el último momento Miguel Ángel tuvo un destello de lucidez. La apartó bruscamente y la miró con rencor.

—Samanta, quiero advertirte que por el camino que llevamos llegaremos muy lejos —dijo con voz enronquecida por el deseo.

Samanta agitó con coquetería su larga y húmeda cabellera.

—Somos jóvenes y libres, y nos amamos, ¿no es cierto? No existe obstáculo que se interponga.

—Sí lo hay —contestó Miguel Ángel—. Me gustas mucho, tú eres bonita y yo te deseo... pero no voy a casarme contigo.

Samanta enrojeció.

—Bueno, tampoco te he pedido que te cases conmigo —murmuró ofendida.

—No quiero comprometerme, Samanta. Ni contigo ni con nadie. Deseo conservarme joven y libre cuando alcancemos la Tierra y nos enfrentemos a los Sadritas. Será muy duro, muchos caerán en los combates. No quiero tener detrás de mí esposa ni hijos cuando llegue el momento.

—No es necesario que tengamos hijos inmediatamente.

—Los tendríamos, tú los deseas y a mí no me disgustaría. Es lógico que uno desee tener hijos cuando está enamorado de su esposa. ¡Pero eso hundiría todas mis previsiones de cara al futuro! Si tuviéramos el hijo antes de dos años desearíamos verle crecer y gozar su infancia antes de regresar a la máquina KARENDÓN... Pasarían veinte años y yo tendría cuarenta cuando llegáramos a la Tierra. Pero si nos desmaterializáramos cuando nuestro hijo todavía sea pequeño, seguiría siendo pequeño cuando volviéramos a materializarnos. ¡No, de ningún modo!

—Está bien, no nos casaremos, seremos novios nada más hasta que todo termine —propuso Samanta.

—Ni novios ni nada, Samanta. Aprecio a tu padre y le tengo respeto. No quiero comprometerme.

—¡Entonces no me amas!

—Sinceramente, querida, no estoy muy seguro de que lo nuestro sea verdadero amor. Llegamos casi al mismo tiempo a una ciudad desierta, sin amigos, sin otros medios de distracción que salir juntos... Si una mujer y un hombre se encontraran solos en una isla desierta, aunque se odiaran antes de llegar allí, inevitablemente acabarían acostándose juntos.

Samanta se echó a llorar, se puso en pie, cogió su ropa y corrió hasta desaparecer detrás de unos matorrales. Miguel Ángel respiró aliviado. Creía haber vencido a una tentación irresistible, aun a costa de dejar insatisfecho su deseo.

Samanta sacó la cabeza por encima del matorral y le llamó desde allí.

—Miguel, ven.

—¿Para qué?

—Ven, ¿o es que te doy miedo?

Indudablemente Samanta conocía todas las tretas de su condición de mujer. Miguel Ángel echó a andar, cruzó el matorral y la vio de pie, inmóvil, ofreciéndose a él con toda la belleza y la gracia femenina. Samanta se le acercó hasta que casi le tocó con los pechos.

—No seremos novios —dijo Samanta—. ¿Pero tú querrás seguir saliendo conmigo?

—¡Samanta, por Dios! —gimió Miguel Ángel.

La estrechó entre sus brazos y la besó como loco. Sus manos trémulas sintieron el contacto de la carne joven y palpitante. Y Samanta se salió con la suya.

Hipócritamente Miguel Ángel se excusó ante su propia conciencia diciéndose que él la había advertido.

Quando un hombre joven y vigoroso se encuentra solo y huérfano de afectos, generalmente recurre a alguien para llenar el vacío de su corazón. Con todas sus prevenciones, Miguel Ángel se dejó arrastrar a una situación estúpida. Bien era verdad que en su caso tendría que haber sido un santo o una estatua de piedra para resistir a la constante tentación de Samanta. Ella llenaba sus horas libres de amor, y durante el trabajo pensaba en ella deseando que fuera la hora de salida para ir juntos a cualquier lugar apartado.

Los MacLane le tenían por asiduo huésped en su mesa, y por su actitud dejaban adivinar su complacencia por aquellas relaciones tácitas, jamás declaradas. Así pasaron seis meses. Miguel Ángel temía a cada momento que Samanta fuera a decirle que estaba embarazada. Luego esta idea llegó a convertirse en obsesión. Empezó a buscar excusas para eludir a Samanta.

La fiebre de amor estaba remitiendo y Miguel Ángel recobraba día a día la razón. Buscó la amistad de otros compañeros y se hizo amigo de dos de ellos; Alberto Gomar y Efrain Plot, ambos tenientes de navío y de su misma edad. Los tres amigos decidieron irse a vivir juntos al apartamento de Plot, cuya familia estaba ausente. Se hacían sus comidas, buscaban la compañía de chicas y, aunque éstas

escaseaban, se reunían en una pandilla de ocho o diez y salían a la playa o al campo en sus días libres.

Miguel Ángel solicitó del Vicealmirante Pereira que cambiaran su turno para coincidir con los de Plot y Gomar. El Almirante MacLane se mostraba serio con Miguel Ángel, pero finalmente el hombre debió comprender.

Samanta empezó a salir con otro oficial de la Sala de Control, el ceño del Almirante MacLane se desfrunció y Miguel Ángel vio alejado el peligro. Pero MacLane debió considerar prudente alejarle y le destinaron al Arsenal de Mota, en el lejano Norte.

El traslado fastidió a Miguel Ángel porque tuvo que separarse de sus buenos amigos, pero en la Mota encontró otros compañeros.

El Arsenal de Mota era el lugar donde las gigantescas máquinas KARENDÓN fabricaban los cruceros siderales de la moderna serie STELAR. Estos magníficos buques medían 300 metros de eslora, por 40 metros de puntal y 40 metros de manga. Su formidable casco tenía en todos sus puntos tres metros de espesor, y era capaz de resistir el disparo de un rayo de “luz sólida” de siete segundos de duración. El buque era diseño de los Ferrer, toda una familia de notables ingenieros, uno de cuyos miembros más jóvenes dirigía la construcción de los cruceros.

Pero el jefe del Arsenal era el Almirante Corrochano, quien mostrando orgulloso uno de los buques a Miguel Ángel dijo:

—Si los Sadritas tienen algo mejor que esto, ya podemos despedirnos de conquistar la Tierra.

Cada uno de estos buques, “integrado” en el interior de una caja de 400 metros de largo y 130 de ancho, consumía tanta energía como la necesaria para llevar al autoplaneta VALERA de ATOLÓN a la Tierra. No podían integrarse de una sola vez, sino que tenía que hacerse por fases sucesivas. Primero se integraba el fondo. Posteriormente se integraban los pisos y mamparos, incluso los muebles, quedando todo apuntalado sobre el fondo. Luego se integraban los costados. A continuación los dos poderosos reactores nucleares. Y por último se integraban la parte superior del casco y la cobertura de los reactores.

El autoplaneta había zarpado de ATOLÓN sin un solo buque a bordo. Pero los valeranos disponían de trescientos años para construir doscientos mil buques y doscientos millones de cazas

interceptores DELTA.

Los DELTA, pequeños y ágiles, eran rápidos y desarrollaban aceleraciones que ningún ser humano habría sido capaz de resistir. Construidos de chapa de “dedona” bastante delgada, eran relativamente baratos y se construían tan aprisa como un automóvil. Las máquinas KARENDÓN los integraban de una sola vez.

En Mota la vida era bastante aburrida fuera de las horas de trabajo. El último año transcurrió con desesperante lentitud y Miguel Ángel contaba los días que le faltaban para regresar a la Dimensión Temporal, cuya puerta de acceso era la máquina KARENDÓN.

A casi todo el mundo le ocurría igual.

Había un constante trasiego de personal, unos llegaban y otros les cedían su puesto, contentos de volver a pasar por la KARENDÓN. Todas las prevenciones contra la máquina habían desaparecido. Antes al contrario, los valeranos consideraban una suerte contar con este nuevo recurso para evadirse del mundo cuando a uno le convenía.

Por fin, con dos días de retraso sobre la fecha prevista, llegó el oficial que venía a relevar a Miguel Ángel. Aquel mismo día Miguel Ángel voló hasta Nuevo Madrid y pasó a saludar a los MacLane.

Samanta, en estado de buena esperanza, se había casado con aquel oficial de la Sala de Control con el que salía después de romper con Miguel Ángel.

Cuando de nuevo entró en los sótanos del Departamento de Defensa, Miguel Ángel ya conocía el camino y los trámites de rigor. Astronautas de blanco uniforme entraban y salían constantemente. Llegaban unos, se marchaban otros... el sótano parecía una estación del “metro”.

Contrariamente a la primera vez, Miguel Ángel cruzó con paso decidido la puerta y se dirigió a una de las máquinas.

—No me lo diga —dijo cortando al técnico de delantal blanco—. Es como si fuera uno a retratarse.

—¿Lo sabe ya, eh? —murmuró el técnico—. Muy bien, entre usted. Buen viaje.

El espíritu de Miguel Ángel Aznar Bogani se esponjaba de felicidad cuando poco después se elevaba en medio de la luz en la

Dimensión Temporal.

CAPÍTULO VIII

En un día que Miguel Ángel Aznar Regoso, había encontrado en el Reino del Sol”.

¡El Reino del Sol! Los terrícolas designaban por este nombre al sistema planetario del cual formaba cortejo la Tierra. VALERA pues había llegado al término de su largo viaje.

Aquel día las KARENDÓN trabajan incansablemente, recuperando oficiales y astronautas de la Armada Sideral como si urgiera el tiempo. Los hombres, y entre ellos algunas mujeres de uniforme, cruzaban rápidamente la puerta de hojas oscilantes y se dirigían al mostrador para recoger las pertenencias que allí dejaron al marchar.

Con gran sorpresa de Miguel Ángel, allí estaba aquella guapa muchacha rubia de la primera vez que ingresó en la máquina KARENDÓN. La chica estaba muy atareada sacando sobres de los ficheros y haciendo firmar recibos a los astronautas.

—¡Hola! —saludó Miguel Ángel alegremente—. ¿Se acuerda de mí?

La chica clavó sus grandes ojazos en la cara del Capitán y sonrió.

—No sea vanidoso. He visto desfilar por este mostrador miles de caras. ¿Cómo quiere que me acuerde? —se disculpó. Tomó la tarjeta de identificación y leyó el nombre—. ¡Claro que me acuerdo! Usted llegó con nuestro Almirante Mayor. ¿Es su hijo, verdad?

—Ya sabía yo que mi cara no era como otra cualquiera. Le recuerdo que quedamos en salir juntos más tarde. ¿Cómo se llama?

—Oiga, joven —gruñó un malhumorado Contralmirante—. ¿Le parece que éste es lugar y momento para cortejar a una chica?

Los galones del Contralmirante activaron las manos de la joven. Fue en busca del sobre de Miguel Ángel y se lo entregó juntamente con el recibo. Miguel Ángel firmó el recibo sin abrir el sobre y se lo

entregó junto con el bolígrafo.

—Termino a las seis —deslizó en voz baja la chica.

Miguel Ángel salió alegremente por el pasillo. Cuando iba a pasar por la puerta que comunicaba con la Sala de Control fue interceptado por dos astronautas armados de metralletas.

—No puede pasar.

—Vivo en el Palacio Residencial.

—Pues salga a la calle y entre por la puerta del Palacio.

Miguel Ángel iba a dar media vuelta cuando preguntó:

—¿Cómo están los Sadritas?

—Ellos bien, gracias. ¿Y usted? —contestó uno de los astronautas.

—Estoy preguntando cómo marcha la guerra —dijo Miguel Ángel amoscado.

—La guerra no ha empezado todavía, señor —contestó muy serio otro de los astronautas—. Le están esperando a usted para empezar.

—¡Muy gracioso! —refunfuñó Miguel Ángel y se alejó de allí.

Eran las cuatro de la tarde y se le ocurrió que su padre podía encontrarse en el Almirantazgo, que compartía con el Ejército el edificio del Departamento de Defensa. Tomó un ascensor.

Nada más cruzar las amplias puertas del Almirantazgo ya se daba uno cuenta de que allí se respiraba una atmósfera de guerra. Por todas partes se veían altos oficiales y jefes de la Armada, en la sala de espera, en los pasillos, saliendo y entrando en los despachos. Pasaban chicas uniformadas con papeles y carpetas, se escuchaba el tecleo de las máquinas de escribir y el martilleo de los teletipos recibiendo mensajes.

El joven Aznar no había conocido jamás este ambiente y se sintió impresionado de aquella febril actividad. Bien mirado, ni siquiera los más viejos almirantes en servicio habían vivido una guerra; el único de entre todos el Almirante Aznar, que dirigió la batalla contra los “Eternos” de REDENCIÓN cuando también era Almirante Mayor.

Pensó en el Almirante y se tranquilizó. Al menos su padre sabía lo que se llevaba entre manos, no en vano le habían cargado la responsabilidad de esta campaña.

Preguntó a una muchacha de los Servicios Auxiliaras si el

Almirante Mayor se encontraba en su despacho. La chica le miró de arriba abajo, como diciéndose: “¿Y quién será este pelagatos que pretende ver nada menos que al “superalmirante”?”

—Soy su hijo, Miguel Ángel Aznar —dijo él como contestando a la muda interrogación de la muchacha.

—¡Ah! Sí, su padre está en su despacho.

—¿Solo, o acompañado?

—Lo siento, no sé decirle. Siga por allí y...

—Conozco el camino, gracias.

En la antesala del despacho del “superalmirante” esperaban tres almirantes; Mendizábal, Ensenada y Corrochano. El último de ellos reconoció al joven Aznar, y le saludó calurosamente. Miguel Ángel conocía también a Mendizábal y Ensenada y les estrechó la mano. Una característica común de los almirantes de VALERA era su juventud. A decir verdad a Miguel Ángel le dio la impresión de que estaban bastante nerviosos.

“Menos mal que allí está el viejo” —se dijo Miguel Ángel mirando la cerrada puerta del despacho.

“El Viejo” en el argot de la Armada era siempre el comandante de la nave, aunque por su edad fuera un muchacho. El autoplaneta VALERA también se movía como una astronave y su Comandante era el Almirante Mayor.

La puerta del despacho se abrió de pronto y por ella salió el joven Almirante MacLane. Sosteniendo la puerta estaba el “superalmirante”, quien al reconocer a su hijo lanzó una exclamación de alegría saliendo hasta la antesala.

—¡Miguel, muchacho! —le echó un brazo por el cuello. A continuación lo agarró por un brazo y lo arrastró consigo al despacho, cerrando inmediatamente—. Si les permito entrar no me dejarán hablar contigo. ¡Cómo ha cambiado la Armada! ¿Me creerás si te digo que hasta para mover un papel de una gaveta tienen que venir a consultar conmigo?

—Ellos no tienen experiencia y están asustados.

—¿De qué les sirve entonces la “experiencia” que recibieron de otros? ¿Está fallando la enseñanza por inducción directa al cerebro?

—Ese es el caso, papá. Su “experiencia” es la experiencia de otros, no la suya propia. No se sienten seguros de sí mismos. Tal vez tú tengas parte de culpa...

—¿Yo?

—Por ser excesivamente autoritario. Ellos no confían en sí mismos, y tú no confías en ellos. Será diferente cuando entren en combate y tengan que tomar sus propias decisiones. Lo harán bien.

—¡Dios te oiga! ¿Cuándo has llegado?

—Acabo de salir de la KARENDÓN y he subido a verte.

—Siento no poder atenderte, hijo. Me pillas en un momento comprometido. En unos momentos vamos a lanzar el proyectil solar.

—¿Dónde estamos? ¿Hemos entrado en contacto con los Sadritas?

—Dentro de unos minutos nos encontraremos exactamente a diez mil millones de kilómetros del Sol. En ese momento empezaremos a frenar y nuestro proyectil se separará de nosotros y seguirá acelerando hasta hacer impacto en el Sol. Vete a casa, Yawna se alegrará de verte.

—¿Y mi hermano?

—Todavía no ha regresado, será de los últimos. Yawna está sola, ve con ella.

Miguel Ángel abandonó el despacho, saludando de paso a los tres almirantes que se precipitaban hacia la puerta del Almirante Mayor.

“Es curioso —se dijo Miguel Ángel cuando estaba esperando la llegada del ascensor—. Tres veces he preguntado por los Sadritas y nadie me ha dado una respuesta”.

Al abrirse las puertas del ascensor casi se vio arrollado por un tropel de astronautas que salía. A continuación se vio empujado por otro tropel que estaba tras él y le arrastró al interior del ascensor.

Poco después salía por las amplias puertas del edificio, custodiadas a un lado por un soldado del Ejército con su uniforme verde, y al otro por un astronauta de blanco. En las escaleras se detuvo para admirar el bello y dinámico cuadro que se ofrecía a sus ojos, completamente distinto del que viera la última vez que estuvo en este mismo lugar.

En el centro geométrico de la Plaza de España la gran fuente luminosa volvía a lanzar al cielo sus altos y bellos surtidores. Alrededor de la fuente el césped tenía un color verde profundo y brillante. Los automóviles, tocándose unos con otros, desembocaban

en la plaza desde las amplias avenidas y giraban continuamente alrededor de la fuente buscando inútilmente lugar en los repletos aparcamientos.

Desde la escalinata, en toda la profundidad de las avenidas, centelleaban los cristales parabrisas y los cromados de los automóviles, bajo un sol brillante, amarillo y caliente.

Nuevo Madrid era de nuevo una ciudad habitada, trepidante de ritmo y color.

Miguel Ángel echó a andar por la acera. Por todas partes gente que se movía aprisa, uniformes grises, verdes y blancos. Se respiraba una atmósfera distinta a la habitual, distinta a su vez de los grandes días de fiesta nacional. No era un ambiente festivo aquél, sino el ambiente de guerra, algo que las generaciones que actualmente habitaban VALERA no habían conocido hasta hoy.

La presencia militar se hacía sentir en todas partes, y esto parecía buscado a propósito con el fin de crear un ambiente psicológico preparatorio de los grandes acontecimientos bélicos que se preparaban. Las guardias habían sido reforzadas. Para entrar en el Palacio Residencial Miguel Ángel tuvo que pasar un riguroso control.

Muchas de estas precauciones resultaban irritantes, porque, ¿qué necesidad había de tantos hombres armados en los accesos a los edificios oficiales? Ningún espía enemigo podía entrar en el interior del planetillo, y suponiendo que algún Sadrita lograra hacerlo se le reconocería en seguida, porque los Hombres de Titanio, a pesar de este nombre, no tenían forma humana.

Provisto de una tarjeta de identificación que le colgaron de un ojal, y que le serviría para poder entrar y salir en lo sucesivo, Miguel Ángel tomó uno de los rápidos ascensores hasta la planta ochenta y ocho, tradicionalmente ocupada por el Almirante Mayor y su familia.

Nueva identificación al salir del ascensor. Y poco después entraba en una amplia sala de estar, donde Yawna se puso de pie para salir sonriente a su encuentro. De nuevo vestía la bartpurana una de aquellas cómodas túnicas que tanto contribuían a realzar su dignidad y su belleza. Sus cabellos rubios estaban peinados en forma de dos grandes rodetes sobre las sienes, y otro rodete en la nuca.

Yawna le besó en la boca, al estilo terrícola.

—Estoy muy contenta de tenerte de nuevo entre nosotros, Miguel —dijo Yawna—. Me siento muy sola, tu padre está tan atareado que apenas le veo. Ahora será distinto estando tú aquí.

—¿Cuándo regresasteis tú y papá?

—Hace dos años que regresamos. Entonces la ciudad estaba casi desierta. Pero poco después empezó a llegar la gente...

Miguel Ángel advirtió que Yawna estaba viendo la televisión cuando él llegó. La pantalla estaba encajada en el muro y tenía dos metros de ancha. En imagen aparecía un extraño artefacto, un cilindro que debía ser de proporciones gigantescas a la escala de los cruceros de combate que se movían a su alrededor.

—¿Es nuestro proyectil solar? —preguntó el joven.

—En efecto, vuestros científicos se disponen a lanzarlo en estos momentos.

Miguel Ángel asió a Yawna de la mano y la arrastró consigo hasta el diván donde la bartpurana estaba sentada cuando él llegó. Hablaba un locutor en “off”:

“Ha comenzado la cuenta atrás. En cincuenta segundos el proyectil solar se pondrá en marcha, y simultáneamente el autoplaneta empezará a frenar. Los cruceros se separan del proyectil... crece la tensión en la Sala de Control mientras el reloj devora los segundos...”

En efecto, aparecía en la pantalla la imagen de un oficial controlador. La escena se desarrollaba en la familiar Sala de Control del autoplaneta. El oficial tenía frente a sí una pantalla de televisión, y en ésta aparecía el gigantesco cilindro, que tenía en la base una serie de tubos en forma de boquilla.

“Los tiempos han sido medidos con exactitud de décimas de segundo —decía la voz en “off”—. En el momento que el proyectil alcance la velocidad de la luz, su masa se hará enormemente grande. Pero esto debe ocurrir segundos antes de hacer impacto en el Sol, porque ningún móvil puede correr más veloz que la luz y seguir acelerando. La gravitación del Sol, al atraer hacia sí al proyectil, romperá el equilibrio de fuerzas y será la energía adicional que le faltaba al proyectil para romper la barrera de la luz y crecer de masa...”

El locutor guardaba silencio y en su lugar se escuchaba una voz

en la Sala de Control llevando la cuenta atrás.

“Diez... nueve... ocho...”

Se apreciaba entonces que el oficial controlador tenía su mano sobre un botón de la consola. Seguía el conteo:

“Cuatro... tres... dos... uno... ¡Cero!”

El gigantesco proyectil solar llenaba toda la pantalla.

Por sus toberas en forma de trompeta salían simultáneamente gruesos chorros de luz de un color amarillo brillante. El proyectil empezaba a moverse y en pocos segundos había acelerado de tal forma que aquella enorme mole daba la impresión de ser atacada de un fenómeno que le empujaba por instantes a los ojos de los espectadores.

“El proyectil acaba de partir. En nueve horas y veinte minutos hará impacto en el Sol. Éste recibirá una dosis sobreelevada de hidrógeno, que activará la erupción solar y provocará una reacción en cadena de los átomos de hidrógeno devolviéndole sus características anteriores a la transmutación provocada por los alevosos Hombres de Titanio. A continuación vamos a ofrecer un reportaje retrospectivo de la llegada de los Hombres de Titanio en el Reino del Sol”...

En la pantalla apareció una imagen del globo terráqueo en el espacio. Sobreimpresa, una fecha; “Año 8325 de la Era de Cristo”. Y una música de fondo.

La cámara trasladaba al espectador a la Tierra, y uno podría ver cómo eran las ciudades de aquella remota edad; la forma de vestir de los terrícolas, sus vehículos, sus deportes favoritos, la industria del armamento y de la alimentación...

En aquella época la Confederación de Planetas Terrícolas era la mayor potencia militar conocida en este rincón del Universo. Después del aleccionador episodio del retorno de los Hombres Grises, que había pillado desprevenidos a los terrícolas, se había procedido al rearme. La Armada Sideral era numerosa y bien pertrechada; destructores, cruceros y gigantesos acorazados. La guerra en el espacio era parecida a la que en un remoto pasado se desarrollaba sobre los océanos de la Tierra. El arma principal eran los torpedos de cabeza nuclear, y contra unos torpedos cada vez más potentes y sofisticados, se construían corazas de “dedona” de mayor grosor y resistencia.

La llegada de los Hombres de Titanio al Reino del Sol iba a demostrar de una forma dramática que la técnica terrícola estaba muy lejos de haber alcanzado los altos niveles que se le suponían.

Los Hombres de Titanio se presentaron de improviso y en sus primeros contactos con la Armada Sideral Terrícola pusieron en juego un arma desconocida y temible: la “luz sólida”.

La “luz sólida” era una forma muy evolucionada de los rayos “láser”, que ya se utilizaban de antiguo en una versión llamada “Rayos Zeta”. La “luz sólida” estaba compuesta de fotones activados hasta adquirir una velocidad mayor que la de la propia luz. El fulminante de la “luz sólida” era un “láser” que excitaba los fotones. A la velocidad de la luz entraban en acción los taquiones y a partir de este momento el rayo de luz adquiría la consistencia de la materia. La alta energía de los taquiones hacía de un rayo de luz algo tan consistente como una viga de hierro de miles de kilómetros de longitud, y su efecto era el de una jabalina arrojada contra un blanco a una velocidad por encima de los 300.000 kilómetros/segundo.

Cuando uno de estos rayos chocaba contra una montaña, se producía una explosión. La enorme energía desarrollada por la barra sólida se estrellaba contra la roca, la penetraba a gran profundidad, y al ser frenada se expandía hacia los lados abriendo un cráter.

Ningún proyectil conocido tenía la penetración de la “luz sólida”. Estos rayos atravesaban las corazas de “dedona” de las naves de combate terrícolas como si fueran de papel, entraban por un costado y salían por el otro, perforando todos los mamparos y dejando un agujero tan limpio como hecho con un taladro.

Frente a esta arma terrorífica, los terrícolas quedaron inermes. Su enorme y costosa potencia militar quedaba arrinconada por inútil ante los proyectores de “luz sólida” de los intrusos. Los Hombres de Titanio, en principio conocidos por SADRITAS, vinieron a parlamentar con los terrícolas. Y los terrícolas tuvieron que escucharles, ¿qué otra cosa podían hacer?

Los SADRITAS se mostraron en principio muy modestos en sus pretensiones. Sólo deseaban que se les “permitiera” colonizar el planeta Urano, donde la vida era imposible para los humanos. Prometían no interferir en la política de los planetas terrícolas.

Los SADRITAS que se presentaron a parlamentar con los gobernantes terrícolas tenían la apariencia de hombres metidos en armaduras metálicas. En la parte frontal de sus escafandras asomaba un único ojo de gran tamaño. No hablaban; al parecer poseían facultades telepáticas, que les permitía transmitirse de unos a otros su pensamiento sin necesidad de palabras. Para entenderse con los terrícolas utilizaron una máquina de escribir “thorbod”. En algún lugar del espacio los SADRITAS debían haber establecido contacto con los Hombres Grises, el más tenaz enemigo que hasta entonces tuvo la Humanidad.

Forzados por las circunstancias, los gobernantes terrícolas consintieron en que los SADRITAS colonizaran Urano. ¿Cómo podían oponerse?

Asustados, los terrícolas decidieron que no podían hacer nada. Su poderosa Armada Sideral, ahora ya no tan poderosa, permanecía inactiva mientras los SADRITAS se movían a sus anchas en el lejano Urano y el satélite Oberón.

Pero mientras los políticos parecían aceptar resignadamente la presencia de los SADRITAS, confiando en la posibilidad de una convivencia pacífica, los hombres de la Armada Sideral no se resignaban a dejar la iniciativa al enemigo potencial.

Una misión de “comandos”, protagonizada por un joven Aznar, se trasladó subrepticamente a Urano y robó a los SADRITAS un arma de “luz sólida”.

Desentrañada la técnica de esta arma, mientras la industria bélica terrícola se disponía a armar rápidamente a sus fuerzas siderales, una misión terrícola visitó a los SADRITAS en Oberón, so pretexto de interesarse por la suerte de los prisioneros que los SADRITAS no habían devuelto.

Esta misión resultó altamente aleccionadora, pues puso al descubierto el increíble grado de crueldad de los SADRITAS y sus verdaderas intenciones respecto al futuro de los planetas terrícolas. También sirvió para identificar de una vez a los SADRITAS. Éstos no eran hombres ni siquiera tenían parecido con la forma humana. ¡Eran unos pequeños pulpos!

Los científicos expresaron su honda preocupación. Los SADRITAS eran tan diferentes del terrícola, que ni siquiera su naturaleza se parecía. El terrícola y todos los animales y plantas del

Reino del Sol eran criaturas de carbono. ¡Los SADRITAS eran criaturas de titanio!

Los científicos aseguraban que la naturaleza de los SADRITAS era incompatible con la luz y la composición del astro que había alumbrado toda la vida sobre los planetas terrícolas... ¡Las radiaciones solares debían ser mortales para los SADRITAS! En el corazón de los terrícolas alentó la esperanza de que los intrusos abandonaran sus proyectos de colonizar Urano y se marcharan, vista la incompatibilidad de su naturaleza con las características del sol.

La respuesta de los intrusos fue contundente. Desde las profundidades del espacio lanzaron contra el Sol un enorme cuerpo celeste que pasó cerca de la Tierra e hizo impacto en pleno corazón del astro. ¡El Sol fue transmutado!

Catastróficas inundaciones, terremotos apocalípticos y aterradores incendios tuvieron lugar en la Tierra. El planeta detuvo su movimiento de rotación y los polos cambiaron de posición. ¡La Humanidad estaba sentenciada! ¡El nuevo Sol que ahora ardía en el cielo era un sol asesino, aniquilador de toda la vida que existía sobre los planetas!

Se impuso la rápida evacuación de los planetas y la retirada de la Humanidad hacia los planetas de REDENCIÓN. Muchedumbres de terrícolas, de venusinos y marcianos, gentes que lo habían perdido todo en la catástrofe, se acogieron a los autoplanetas para iniciar el doloroso éxodo. En su mayoría las astronaves se dirigieron a los planetas de REDENCIÓN. El Almirante Aznar y su familia, por el contrario, se dirigieron a los planetas Thorbod, donde esperaban reunirse con el autoplaneta VALERA, ausente del escenario donde ocurría este apocalipsis.

La Armada Sideral, en un tardío e inútil alarde de fuerza, atacó a los SADRITAS en sus bases de Urano y Oberón. Después de causar importantes daños al enemigo, la Armada siguió a los autoplanetas camino del exilio.

Dos mil seiscientos cincuenta años más tarde, el autoplaneta VALERA regresó al Reino del Sol, coincidiendo con una flota sideral que procedía de REDENCIÓN. El Almirante Aznar había llegado a Nahum a tiempo de encontrar allí al autoplaneta. Al regresar a la Tierra, el autoplaneta ya había reestructurado su Armada Sideral,

dotada de armas de “luz sólida”, adoptando los nuevos aparatos de combate DELTA.

El autoplaneta VALERA y la Flota redentora atacaron conjuntamente a los SADRITAS. Pero aunque la victoria final fue para VALERA, de poco le valió el triunfo. Los SADRITAS, muy mermados en su fuerza militar, siguieron dueños del Reino del Sol y su cortejo de planetas. Aquellos mundos, definitivamente perdidos para la Humanidad, eran inhabitables para el Hombre.

Ésta era la Historia, y aquel el enemigo con el cual VALERA iba a enfrentarse por segunda vez.

CAPÍTULO IX

En la madrugada de VALERA, televisión de espectadores en las profundidades del espacio, brillaba el Sol, que a esta distancia tenía el diámetro aparente de una naranja. Los valeranos, los más pesimistas por lo menos, empezaban a preguntarse si el experimento no iba a resultar un fracaso, cuando repentinamente se vio cómo el Sol crecía hasta diez veces su tamaño, irradiando un vivísimo resplandor amarillo.

¡El proyectil solar había dado en el blanco y desencadenaba una tormenta solar!

En toda la ciudad los valeranos reaccionaron con grandes manifestaciones de alegría. Esta manifestación tenía en VALERA un carácter particular. ¡Los vecinos abrían las ventanas y se ponían a echar cubos de agua a la calle!

En el domicilio del Almirante Mayor, el éxito de la transmutación solar hizo saltar del diván a Miguel Ángel Aznar. El “superalmirante”, hasta entonces mudo y con los puños apretados, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Miguel Ángel.

Fue hasta su padre y le estrechó calurosamente la mano.

Yawna, sentada en el diván, guardaba silencio. Su expresión era impenetrable.

—¡Enhorabuena, viejo! ¡Acabamos de arruinar a los malditos Sadritas! ¡Así les den por el cu...! —Miguel Ángel se interrumpió por consideración a Yawna. Se volvió a mirarla—. ¿Qué le ocurre a Yawna?

El Almirante Aznar levantó los hombros.

—Ya sabes, Yawna no aprueba nuestros métodos.

—¿Que no aprueba, qué?

—Tú acabas de decirlo, hijo. Hemos arruinado el imperio de los

Sadritas. Prácticamente hemos sentenciado a muerte a miles de millones de seres, para quienes la transmutación del Sol significa la imposibilidad de seguir existiendo en este sistema solar.

—¿Y qué? Éste era nuestro mundo. Lo fue siempre, desde la Creación, hasta que esos puercos pulpos llegaron y nos echaron de aquí. También cuando los Sadritas transmutaron nuestro Sol se produjeron millones de víctimas en la Tierra. Hoy, después de miles de años, les hemos devuelto el golpe. ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¿O es que Yawna lo considera juego sucio? —inquirió Miguel Ángel retador.

—La vida, según la filosofía bartpurana, es un precioso don de Dios que el hombre debe respetar. Los SADRITAS, aunque constituidos de forma distinta a la nuestra, también son seres vivos. Más aún que eso, son inteligentes y tienen un alma. Para Yawna no existe razón que justifique el holocausto de millones de vidas en esta guerra. Ya ves, también el circumplaneta de los bartpuranos fue invadido por las “mantis”. Pero ellos no lucharon contra los insectos, a pesar de que disponían de medios poderosos para aniquilarlos.

—Eso lo sé. Nosotros, los salvajes y violentos terrícolas, tuvimos que luchar por ellos y limpiar su continente de insectos gigantes para que los cultos y refinados bartpuranos pudieran vivir en paz. No fue necesario que ellos se ensuciaran las manos, ni que su filosofía protestara ante su conciencia. Nosotros estábamos allí e hicimos ese trabajo para ellos.

—Hijo, no eres justo —protestó el Almirante Mayor.

Yawna se puso en pie y abandonó dignamente la habitación sin pronunciar palabra.

—Lo siento —dijo Miguel Ángel enojado.

—¿Por qué atacas así a Yawna? Ella al menos respeta nuestras ideas. En justa reciprocidad, nosotros debemos respetar las suyas —recriminó severamente el Almirante Mayor a su hijo.

—Sólo espero que sea verdad y no intente modificar tus ideas sobre la necesidad de esta guerra.

—Tú no conoces a Yawna, hijo. Ya ves, Yawna no participa de la opinión de que esta guerra sea necesaria. Sin embargo no ha intentado siquiera modificar este aspecto negativo de mi personalidad. Yawna se acoge al principio de que, cuando uno ama,

debe aceptarse al ser amado como es, con lo que nos gusta y lo que no gusta. Cuando uno intenta hacer cambiar al otro, de hecho está dando a entender que se considera moralmente superior... Pero en el amor no se admiten categorías. Física o culturalmente podrán existir diferencias, pero en la entrega de uno al otro ambos están dando lo mejor que tienen. No es justo, ni prudente, exigir al ser amado más de lo que nos puede dar.

Estas palabras de su padre obligaron a Miguel Ángel a meditar profundamente al acostarse. Parecía una fórmula sencilla aquello de “dar cada uno lo mejor que tiene”. ¡Pero cuán difícil debía ser su aplicación, a juzgar por el número de parejas desgraciadas!

Yawna, en cambio, había sabido aplicar la fórmula. Quizás para ella fuera más sencillo, puesto que podía penetrar en el pensamiento del Almirante y transmitir a éste sus propios sentimientos. De cualquier modo, no podía negársele a Yawna el mérito de haber sabido hacer feliz, física y espiritualmente, al hombre que la amaba.

En adelante Miguel Ángel sintió aumentar su respeto por aquella mujer enigmática.

* * *

Describiendo una órbita en espiral alrededor del Sol, el autoplaneta VALERA redujo en los días siguientes su velocidad y se situó en el mismo plano que la órbita de la Tierra, persiguiendo a ésta a través del espacio y acortando día tras día la distancia que todavía le separaba de ésta.

Mientras tenía lugar esta persecución, en la que VALERA acabaría por alcanzar a la Tierra, a bordo del autoplaneta se vivían momentos de gran tensión.

En la culminación de los preparativos bélicos, Miguel Ángel Aznar fue destinado al mando del crucero de combate LIÓN, integrado en la Segunda Flota bajo el mando del Almirante Corrochano, uno de los jefes más veteranos y profesional de cuerpo entero.

La Segunda Flota tenía su base en Antártida, vasto territorio de romas colinas cubiertas de musgo, en el casquete Sur del interior del autoplaneta. Cincuenta mil buques de la clase STELAR,

completamente nuevos, formaban la Flota. En aquella zona del autoplaneta no existía la fuerza de gravedad, y por esta razón los superpesados buques de guerra estaban flotando en el aire, formando una densa nube amarilla.

La disciplina de la Armada había resultado muy quebrantada en los 278 años de independencia de VALERA, fomentada por los políticos que veían en las Fuerzas Armadas su único y más poderoso enemigo. Con la incorporación del planetillo a la República de Nueva Hispania, y los veinte años de acción continua contra las “mantis” de ATOLÓN, las cosas habían vuelto a su lugar, y la Armada volvía a su identidad de institución castrense a todos los niveles.

El capitán de navío Miguel Ángel Aznar entró en el buque de su mando a toque de silbato, con la tripulación alineada en perfecta formación de revista, como estaba mandado en las Ordenanzas. El primer oficial, Teniente de navío Efrain Plot, esperaba al nuevo Comandante junto al portillón de entrada.

El Comandante desembarcó del aerobote, saludó a la bandera y luego estrechó la mano del primer oficial. Pasó revista a la tripulación, dio las gracias al primer oficial y rogó que reuniera a los oficiales en la sala.

Miguel Ángel Aznar se dirigió a la sala de los oficiales y esperó hasta que éstos llegaron poco después. Se sentaron todos alrededor de la larga mesa y, como era costumbre a bordo de los buques de la Armada, el oficial novato fue a la nevera en busca de limonadas y zumos para todos.

El novato del LIÓN era en este caso la Alférez Julia Morgan, que prestaba su primer servicio a bordo de un buque. Esta hermosa criatura era una chica de diecinueve años, rubia y blanca como una vikinga, alta y bien formada, con preciosos y enormes ojos azules, y una boca roja y carnosa que sabía sonreír cautivadoramente.

Hoy, sin embargo, la Alférez no sonreía. Acaba de conocer al Comandante, y también sospechaba la razón por la cual, incomprensiblemente, la habían destinado al servicio en un buque. Julia Morgan siempre había estado en una oficina y esperaba alcanzar con su palmito un puesto de categoría en la antesala de un almirante. No se había portado mal, creía haber desempeñado con eficiencia su trabajo, ¿por qué la deportaban a un buque?

Le dieron una razón convincente. En VALERA abundaban los adultos y faltaba gente joven para cubrir los puestos de primera línea. Se estaba movilizandoo incluso a personas ancianas. Cualquier dama de doscientos años podía hacer su trabajo en la oficina, pero no se podía enviar a una mujer de esa edad a un buque de combate. Ella había sido formada como astronauta y además le iban a dar un galón. Además estaba cumpliendo su período de Servicio de Trabajo Obligatorio. No podía negarse a ir donde la destinaran.

Los comandantes de un buque tenían el privilegio de escoger su tripulación, y Miguel Ángel Aznar había escogido la suya en lo que las circunstancias permitían. Llamó a sus amigos Plot y Gomar. Y también designó a la Alférez Julia Morgan.

—Señoras y señores oficiales —empezó diciendo el Comandante—. Soy astronauta de oficio, y vengo precedido de la mala fama que se ganaron los grandes almirantes de mi familia, en el largo tiempo que ejercieron su autárquico mando sobre el autoplaneta y sus Fuerzas Armadas. Tradicionalmente, los hombres de mi familia hemos sido oficiales, jefes y almirantes de la Armada Sideral. El servicio en los buques de la Armada es duro y exige de sus hombres unas cualidades especiales. Una misión de patrulla en el espacio puede durar meses enteros, y entonces las tripulaciones se resienten, los hombres se vuelven irritables, abrumados de la sensación de claustrofobia, fatigados doblemente del agobio de una tensión permanente y de ver siempre las mismas caras a su alrededor... Menos mal que tenemos aquí algunas caras bonitas.

El Comandante aludía evidentemente a la Alférez Morgan, que estaba distribuyendo botellines de zumos de frutas sobre la mesa. Se escucharon algunas risas sofocadas, la Alférez se puso colorada y el Comandante continuó:

—Todos hemos sido aleccionados sobre un mismo patrón y se nos supone preparados para cualquier eventualidad. Pero la permanencia a bordo de un buque por largos períodos de tiempo no es una eventualidad que pueda ser programada. No se conocen antídotos contra la psicosis del espacio, porque cada ser humano reacciona de una forma distinta en la misma circunstancia, y no se puede predecir cuál será la actitud de un individuo ante situaciones de temor, de cansancio o tensión emocional. De todos los antídotos ensayados por la Armada, el único que ha dado resultados positivos

ha sido la disciplina. Cuando un hombre se derrumba psíquicamente, si está disciplinado, por lo menos respetará al jefe. Esto se ha comprobado en multitud de casos, y ha impedido en numerosas ocasiones motines y peleas en las largas misiones espaciales. Si no puede decirse que sea el curallotodo, al menos es lo único que conocemos de comprobada eficacia. Por esa razón la disciplina, que presupone un autodomínio del individuo en la aceptación de las decisiones del Comandante, es más rígida en la Armada que en el resto de las Fuerzas Armadas. Sinceramente, prefiero que la tripulación me maldiga por lo bajo, por obligarles a llevar abrochado un botón, que enfrentarme a un motín pistola en mano. Lo de llevar abrochada la guerrera por orden del Comandante podrá parecer una tontería. No lo es. Si la disciplina empieza a resquebrajarse en las pequeñas cosas, se producirá una escalada de la indisciplina a niveles más serios. Ustedes, como oficiales, deberán imponerse a la tripulación, y yo deberé imponerme a ustedes. Pero no me pregunten cómo. Si un oficial se molesta en llegar a conocer a sus hombres, seguramente sabrá encontrar el punto de equilibrio preciso en que a una regañina debe seguir una broma, y a una concesión una exigencia. El buen oficial no se hace respetar por sus galones ni por su acento autoritario, sino por sus condiciones humanas y su probada eficiencia. Ningún oficial torpe, indeciso y cobarde ha sido jamás respetado por sus inferiores ni sus superiores. Es sintomático de los malos oficiales el que tengan que servirse de gritos, de castigos inútiles y amenazas, para hacer que le respeten una autoridad que de hecho no tiene. Tales cosas no ocurrirán en mi barco, porque no estoy dispuesto a consentirlo. Esto no se lo diría en presencia de los soldados, pero se lo digo a ustedes en plan confidencial y a nivel de buenos amigos.

Después de este inesperado chaparrón, los oficiales parecieron un poco envarados, hasta que el primer oficial preguntó al Comandante si tenía referencias de la estrategia a emplear por el Estado Mayor.

—¿Cuáles son las perspectivas?

El Comandante entonces se expresó en un tono distinto, amigable y casi festivo:

—Si quieren que les diga la verdad, hasta el Viejo lo está pasando mal estos días. Tiene malas digestiones y va y viene al

baño. Yo creo que está algo asustado.

Los oficiales le miraban entre sonrientes e incrédulos.

—Respeten su diarrea —prosiguió el Comandante con desenfado—. El Viejo es el único que queda vivo de los que se enfrentaron a los Sadritas, y conoce a esos bichos. Consideren que mientras VALERA viajaba de la Tierra a Redención, y de Redención al circumplaneta, y del circumplaneta a la Tierra, mientras nosotros vivíamos un tiempo relentizado, aquí los años seguían su curso normal. En esto de viajar por el espacio uno nunca sabe en qué tiempo se encuentra, pero podemos dar por seguro que aquí han debido transcurrir unos catorce mil años desde la última vez que VALERA vapuleó a los Sadritas. En ese largo tiempo los Sadritas, que ya nos aventajaban tecnológicamente cuando nos invadieron, pueden haber evolucionado todavía más. Quizás hayan desarrollado armas de un poder que ni siquiera podemos imaginar, aunque parezca imposible que haya todavía algo por inventar.

Los oficiales se miraron unos a otros preocupados.

—Es un decir —prosiguió Miguel Ángel—. La verdad es que nunca hemos sabido gran cosa de esas extrañas criaturas, y ahora aún menos. De momento les hemos puesto una viga en un ojo con la trasmutación del sol, sencillamente hemos arruinado su negocio. Si los Sadritas esperan poder enderezar el entuerto y recomponer lo que les hemos estropeado, lógicamente pensarán librarse antes de nosotros. El Viejo cree que los Sadritas atacarán en tromba, como ya hicieron en una ocasión... Nuestra estrategia, de momento, se reduce a esperar la reacción del enemigo.

—¿Y por qué no atacamos nosotros, destruyéndoles en sus planetas antes que tengan tiempo de reunir sus fuerzas? —preguntó un oficial.

—Porque nosotros tenemos un arma nueva, las ondas gravitacionales, y queremos sorprenderles con ella. Queremos que sean ellos quienes vengan sobre nosotros, mejor cuanto mayor sea su número. Cuando sus rápidos aparatos caigan sobre el autoplaneta, van a estrellarse contra un muro invisible, nuestras ondas gravitacionales. Además de destruir sus aparatos, las ondas gravitacionales curvarán los rayos de “luz sólida” alrededor del autoplaneta. Las ondas gravitacionales no son realmente un arma ofensiva, sino más bien defensiva. Por mucho que hayan progresado

las armas sadritas, creemos que esta batalla se va a librar con los medios convencionales; torpedos de carga nuclear y rayos de “luz sólida”. Esta vez les opondremos la solidez de nuestras corazas.

Después de comentar en rueda las posibilidades de los nuevos cruceros protegidos, el Comandante consultó su cronómetro y lo comparó con el reloj eléctrico de la sala.

—Y ahora regresen a sus puestos. Dentro de media hora la Flota va a salir al espacio. Nuestros buques se posarán en la superficie exterior del planetillo y contribuirán a la defensa con sus proyectores si atacan los Sadritas.

Al ponerse en pie el Comandante todos hicieron lo mismo.

Los oficiales salieron de la sala, quedando rezagada la Alférez Morgan. Aparte de que el uniforme blanco le sentaba muy bien, estaba realmente bonita con su gesto de enfado y el brillo furioso de sus pupilas.

—¿Puede concederme unos minutos, Comandante?

—Por supuesto que sí, Alférez. ¿Quiere sentarse, o prefiere seguir en pie?

—No le voy a entretener mucho. Sólo quiero que me responda a una pregunta: ¿Por qué me escogió para tripular su buque?

—Un Comandante tiene el privilegio de escoger a su tripulación.

—Sí, pero, ¿por qué A MÍ? Usted ni siquiera me conocía.

—La vi en dos ocasiones desempeñando con eficacia su trabajo. No había mucho donde escoger, así que pensé que usted me serviría.

—Yo estaba a gusto en mi puesto de trabajo. Usted me perjudicó al sacarme de la oficina y traerme a un buque de guerra —dijo la Alférez furiosa.

—Perdone que la contradiga. Usted estaba en la lista de “disponibles”. Iban a mandarla al servicio de buques. ¿En qué es peor este buque a otro cualquiera?

—¡En que usted es el Comandante!

Miguel Ángel no contestó a esto, limitándose a mirarla entre curioso y divertido. La Alférez Morgan continuó:

—Usted ni siquiera sabía mi nombre. ¿Cómo pudo descubrirme entre la lista de “disponibles”?

—¿Recuerda que nos citamos para salir juntos cuando usted terminara su trabajo? Yo acababa de salir de la KARENDÓN y no

tenía noticias de lo que estaba ocurriendo. Cuando llegué a mi casa estaban dando por televisión la salida del proyectil solar. Me quedé a verlo. Mi madrastra estaba sola y no consideré que fuera cortés dejarla cuando acababa de llegar. Cené con ella y no pude acudir a esperarla. Pero me interesé por usted y averigüé cómo se llamaba. Yo sí conocía su nombre. Me dijeron que iban a enviarla al servicio de buques y solicité que viniera conmigo. Realmente no la vi en la lista, pero no hay razón para dudar de la palabra de quien lo dijo. Era su jefe de personal, un Almirante.

—No le creo una palabra.

—No sea tonta. ¿Iba yo a perjudicarla sacándola de una confortable oficina para traerla a bordo de un buque, a riesgo de que nos maten? ¿Por qué había de hacer eso, si usted me había caído bien desde el primer momento que la vi?

—Si de verdad le hubiese caído bien, pudo haber utilizado la influencia de su padre para destinarme a un puesto mejor.

—Alférez, nosotros no solemos utilizar nuestra influencia para mejorar a los cobardes. Otra cosa distinta sería si usted demostrase sus méritos, probando su eficacia como oficial o su valor frente al enemigo. Entonces SÍ haríamos valer nuestra influencia, recomendándole para un ascenso o una medalla.

—¡Yo no aspiro a conseguir galones ni ganar medallas! No me gustan los buques, la milicia me importa un bledo. Soy astronauta mientras cumplo el Servicio Obligatorio de Trabajo, no un profesional como usted y como otros. La Armada hará bien en no contar conmigo después que cumpla mi tiempo reglamentario —dijo la Alférez.

El Comandante la contempló gravemente y dijo:

—Creo que el perjudicado he sido yo al traerla aquí.

Las tersas mejillas de la muchacha se tiñeron de rubor.

—Dígame —dijo ella más calmada—. De verdad, ¿por qué me hizo venir a su buque?

—Porque me gustaba. Es usted muy bonita. Esto se lo digo a título personal. Como Comandante de este buque la considero un pésimo oficial.

—¿Cómo lo sabe? Todavía no me ha visto actuar.

—La veré. Y le aseguro que no voy a ser más condescendiente con usted porque sea más bonita y me guste una barbaridad. Eso

mientras esté de servicio. Fuera de él puede contar en mí como un amigo.

—No quiero su amistad. Como oficial de la Armada no pongo en duda su valía. A título personal... ¡le detesto! ¿Puedo retirarme, SEÑOR? —recalcó la Alférez el “señor”.

—Por supuesto, puede retirarse.

Ella dio un paso atrás, marcó un innecesario taconazo y saludó militarmente. El Comandante Aznar la saludó y la Alférez se retiró cerrando la puerta.

“¡Demonio de chica!” —se dijo Miguel Ángel—. “No sólo es guapa a rabiar, sino que además tiene carácter”.

CAPÍTULO X

Juan Solís, al salir del interior del planchillo de la Arca del Noé, sacó una carta, por la cual el Almirante Mayor había sacado Doscientos mil cruceros aguardaban agazapados en la cara exterior de VALERA, posados en el suelo entre los repliegues del accidentado terreno, en el fondo de los cráteres, detrás de las grandes rocas, alrededor de las rampas lanza-torpedos, los proyectores de “luz sólida” y las enormes antenas de proyección de ondas gravitacionales.

En cada uno de los doscientos mil cruceros STELAR, un torpedo especial aguardaba alojado en uno de los tubos lanza-torpedos. Cada uno de estos torpedos encerraba un millar de caza-interceptores DELTA del último y más perfeccionado modelo. Cuando cada uno de estos torpedos fuera lanzado al espacio, estallaría esparciendo un millar de miniaturas (DELTAS reducidos de tamaño) que inmediatamente crecerían hasta alcanzar sus dimensiones normales y entrarían en acción, dirigidos por control remoto desde los buques.

Realizado el despliegue de fuerzas, apercibidos todos los poderosos medios de defensa del autoplaneta, vino un largo compás de espera.

En el centro del sistema, el Sol había vuelto a su tamaño normal, calmada la tempestuosa erupción provocada por la dosis de hidrógeno que encajó. La Tierra estaba ahora a sólo diez millones de kilómetros, y a través de sus potentes telescopios, los valeranos podían ver la actividad que los SADRITAS desarrollaban en sus ciudades, sobre la cara siempre vuelta al Sol. En cambio los SADRITAS no podían ver desde la Tierra a VALERA, por darles éste su hemisferio en sombra.

La transmutación solar había afectado a los SADRITAS en la medida que afectó a los terrícolas la transmutación anterior. Los

Hombres de Titanio, después de largos milenios de tranquilidad, debían haber pensado que los belicosos terrícolas no iban a regresar jamás por allí. En la lógica mentalidad de los pulpos de titanio, ésta debía ser una consecuencia racional. Los planetas terrícolas eran inhabitables para la raza humana. ¿Para qué iban a volver pues los terrícolas?

Los SADRITAS, olvidando que su lógica no era la lógica de los tenaces terrícolas, habían construido sus ciudades en la superficie del planeta. Sus edificios, en forma de grandes medias naranjas, ofrecían una versión nueva de la sociabilidad de los seres inteligentes. Cada una de estas semi-esferas medía entre 300 y 500 metros de diámetro, y era tan alta como un rascacielos.

Una flora exótica había surgido por doquier bajo los rayos del sol de titanio, pero ahora toda esta vegetación moría a los rayos de un sol distinto.

Aquellas ciudades eran una continua tentación para los valeranos. Parecía fácil destruirlas enviando contra ellas algunos proyectiles de cabeza nuclear. Pero el Almirante Mayor se oponía. Los proyectiles no llegarían al blanco, pues antes de llegar serían destruidos en vuelo por los mortíferos rayos de “luz sólida” de los SADRITAS.

La proximidad de VALERA debía resultar altamente irritante para los Hombres de Titanio, y con ello contaba el viejo zorro del Almirante Mayor. Pero transcurrió un mes entero y los SADRITAS no daban señales de atacar.

Esta tensa situación de espera era penosa para las tripulaciones de los buques valeranos, condenadas a permanecer en continua alerta, sin poder salir de sus buques, casi en iguales circunstancias que si se encontraran en una larga misión de patrulla por el espacio profundo.

Excepto las guardias ante las pantallas de radar y junto al teletipo, casi lo único que hacían las tripulaciones era comer y dormir. Su distracción la televisión, pues se recibían todos los canales del interior del planetillo.

En este juego del gato y el ratón, toda la ciencia consistía en ver quién tenía más paciencia. Los SADRITAS tal vez esperaban que los terrícolas atacaran primero. Pero esto hubiera sido una tontería, en palabras del Almirante Mayor.

—“Porque a nosotros no nos afecta en nada el paso del tiempo. Podemos hacernos a la idea de que todavía viajamos. Pero a ellos les está fastidiando ese sol asesino que agosta sus plantas y perjudica su salud. Tal vez, si esperamos el tiempo suficiente, no sea necesario atacar. La radiación solar los irá matando poco a poco”.

Otro mes transcurrió en la espera. A bordo del LIÓN, la Alférez Morgan se confeccionaba un nuevo sujetador, pues su busto se desarrollaba antes que las restantes partes de su cuerpo. Estaba engordando.

—¿Qué ocurre con los botones de la guerrera, ey? —le decía el Comandante—. Siempre le falta alguno y hay otro más a punto de saltar.

La Alférez se ponía colorada. Adoptó un rígido régimen alimentario y hacía gimnasia hasta agotarse. Los botones volvieron a su sitio y tuvo que reemprender la tarea de confeccionarse otros sujetadores más pequeños. Solía coser en un rincón de la sala de los oficiales, en un diván a la luz de una lámpara de lectura. Miguel Ángel la contemplaba pensativo a veces. Si ella levantaba los ojos y se encontraban sus miradas, la Alférez hacía un mohín de desprecio y volvía.

En verdad la Alférez era una persona encantadora, afable y capaz de soportar cualquier broma. Todo el mundo le apreciaba a bordo, incluso las otras diez mujeres de la tripulación, que ya era apreciar. Las chicas eran todas solteras y jóvenes, y ninguna fea. La presencia de mujeres a bordo de un buque sideral, impuestas por la ley de igualdad de derechos y obligaciones, solía crear más de un dolor de cabeza a los comandantes. En especial en un período de ocio, las mujeres eran un motivo de estímulo sexual para los varones. La disciplina podía degradarse por esta causa, y suscitar envidias y rencores entre los hombres.

El Comandante entonces se veía en un papel comprometido, velando por la salud moral de la tripulación, generalmente en contra de lo que la tripulación hubiese querido.

La Alférez Morgan preocupaba especialmente al Comandante, porque siendo muy atractiva y demasiado amable, despertaba entre los hombres esperanzas que posiblemente nunca hubiesen sido alentadas. Miguel Ángel descubrió al Sargento González en cierta ocasión forcejeando en un rincón del corredor de la segunda

cubierta con la Alférez.

En determinadas ocasiones era mejor hacerse el desentendido, y ésta era una de ellas. Miguel Ángel esperaba que la Alférez Morgan denunciara al Sargento, pero nunca lo hizo. En cambio el Sargento lució durante una semana un ojo hermosamente amoratado. Dijo que había tropezado con la puerta de su armario.

Todas estas pequeñas cosas estaban empezando a poner nerviosas a las tripulaciones, cuando a las once semanas de la salida de la Armada se produjo el ataque de los SADRITAS.

Los Hombres de Titanio atacaron en tromba, tal como el Almirante Mayor había previsto que ocurriría. En efecto, los SADRITAS tenían que intentar desembarazarse del autoplaneta; conquistarlo, destruirlo u obligarle a retirarse.

VALERA ya conocía la presencia de los SADRITAS sobre su suelo. En la última acción de guerra entre SADRITAS y terrícolas, estos últimos pusieron en juego un truco que todavía nadie se explicaba cómo pudieron realizarlo. Se redujeron de tamaño, igual que los terrícolas hacían con sus torpedos y sus cazas-interceptores DELTA, y se arrojaron en forma de una lluvia de bolas sobre la cara exterior de VALERA.

Los SADRITAS eran temibles en todos conceptos, el peor enemigo que jamás tuvieron los terrícolas, y el único al que nunca lograron vencer de una manera clara y definitiva. Se temía de ellos alguna nueva artimaña, y los nervios estaban tensos cuando los teletipos empezaron a martillear en todos los buques de la Armada.

Mientras hacían creer a los observadores de VALERA que no había reacción inmediata en cuanto a la Tierra, los SADRITAS habían reunido sus fuerzas siderales en algún punto de los alrededores de Marte y lanzaban un ataque fulminante sobre el planetillo.

Los SADRITAS nunca habían utilizado grandes buques acorazados como los terrícolas, su fuerza de ataque estaba encomendada a los pequeños y ágiles cazas OMEGA de propulsión lumínica, que eran capaces de desarrollar aceleraciones fulgurantes y velocidades que se aproximaban a la de la luz. Los terrícolas esperaban que los SADRITAS presentarían alguna innovación esta vez, pero con gran sorpresa suya no resultó así. ¡Los SADRITAS seguían utilizando los mismos aparatos de hacía catorce mil años!

En número de unos cuatrocientos millones, cubriendo todo el cielo con sus largas y tensas estelas luminosas, los OMEGA atacaron por el hemisferio de VALERA iluminado por el sol. Volaban como rayos, a 50.000 kilómetros por segundo recorrían tres millones de kilómetros por cada minuto. Si los valeranos no hubiesen llevado tanto tiempo prevenidos, incluso con los reactores nucleares de toda la Armada funcionando desde meses atrás, las defensas del autoplaneta no habrían tenido tiempo de ponerse en acción antes de quince minutos. ¡En este tiempo el enemigo recorría cuarenta y cinco millones de kilómetros!

La sorpresa era un factor que los SADRITAS siempre habían utilizado con ventaja. Pero no esta vez.

La nube atacante se encontraba a diez millones de kilómetros cuando puso en acción sus demoledores rayos de “luz sólida”. En este mismo momento, desde la Sala de Control del autoplaneta, los controladores “levantaban” la barrera de ondas gravitacionales. El efecto fue desastroso para los rápidos OMEGA.

Utilizando las ondas gravitacionales en sentido inverso, creando un efecto de repulsión, los OMEGA se estrellaron contra una especie de colchón invisible que actuaba como un freno. Mientras los rayos de “luz sólida” se curvaban y se apartaban del planetillo, los OMEGA se desbarataban en pleno vuelo, perdían primero las alas, y el conjunto carlinga-motor estallaba en una explosión o se dispersaba en pedazos. Todos estos restos, dotados de la velocidad de un proyectil, eran también curvados y desviados, pasando sobre la superficie de VALERA y perdiéndose en el espacio.

Volteando, reventando y esparciendo sus pedazos, los rápidos OMEGA fueron víctimas de su gran velocidad. No tuvieron tiempo de apartarse de aquella trayectoria que les llevaba hacia su propia destrucción. Cuatrocientos millones de magníficos aparatos fueron destruidos en menos de cinco minutos.

A bordo del LIÓN, presenciando el combate a través de las imágenes de televisión que llegaban desde la Sala de Control, Miguel Ángel Aznar saltaba de contento, casi sin poder creer lo que estaba viendo. ¡Buena se la había jugado el Viejo a los SADRITAS! Su larga paciencia había tenido un premio.

Apenas se habían apagado los trazos luminosos de los rayos que pasaban a ras de la superficie de VALERA, cuando los teletipos

empezaron a martillear a bordo de todos los buques de la Armada. La orden esta vez no venía en clave. Decía lacónicamente: ¡Conquisten la Tierra!

Los poderosos cruceros de la Armada Sideral Valerana salieron entonces de sus escondrijos. Se elevaron y se dirigieron a la Tierra. Detrás de la 2ª Flota, los gigantescos “discos volantes” se pusieron en movimiento, despegando de los cráteres y “circos” donde llevaban posados seis siglos. Eran los portadores del ejército de invasión, el contundente Ejército Autómata, formado de infantería robótica, “tarántulas” acorazadas, esferas de “dedona”, artillería atómica y rampas lanzamisiles.

Doce horas más tarde, la 2ª Flota, al mando del Almirante Corrochano descendía sobre el continente africano lanzando por delante una nube de misiles de cabeza nuclear. Desde tierra, las baterías de “luz sólida” destruían a los misiles en el aire, antes de atravesar la atmósfera. Pero los misiles eran muchos. Se disparaban en un torpedo-paquete, y éste se rompía dejando escapar miles de misiles miniatura, que crecían en un chisporroteo y salían disparados hacia el blanco guiados por un ojo detector electrónico.

Cuando la Flota se acercaba a la atmósfera, las baterías apuntaron con preferencia sobre los grandes buques. Pero tres metros de espesor de “dedona” era mucha dedona, incluso para la “luz sólida”. Sería necesario que un rayo golpeará dos veces en el mismo lugar del casco para abrir brecha en éste. El caso ocurrió y algunos buques fueron derribados, pereciendo las tripulaciones.

El Almirante Corrochano había recibido orden de no poner en el aire los cazas DELTA, excepto en caso muy apurado. Estos pequeños aparatos, una vez metamorfoseados, no podían volver a su anterior tamaño miniatura, y su recuperación resultaba muy laboriosa.

La Flota tuvo que hacer todo el trabajo, bajando hasta la atmósfera terrícola y apagando una a una las baterías del enemigo con sus propios proyectores de luz, pues para entonces ya se habían agotado los misiles a bordo de todos los buques.

Mientras la Tercera Flota, al mando del Almirante MacLane, acudía desde VALERA escoltando la gran flota de desembarco, los cruceros de la Segunda Flota batieron duramente el cobre, anotando en la lista de la Armada las primeras bajas y los primeros héroes de la campaña.

La tenaz resistencia de los SADRITAS en África tenía por objeto retener a los valeranos mientras llegaba rápidamente una Flota de refuerzo desde las profundidades del espacio donde gravitaba el planeta Venus.

Se produjo otro momento dramático cuando, a medio camino entre VALERA y la Tierra, los SADRITAS atacaron con una fuerza de 200 millones de interceptores OMEGA, que eran cuatro veces superiores en número a los que MacLane podía poner en el aire.

Pero la flota de transportes siderales (quinientos discos volantes de 12 kilómetros de diámetro) pusieron en juego sus proyectores de ondas gravitacionales, oponiendo un invisible muro de poderosas fuerzas gravitatorias a los aparatos del enemigo. Aunque la hecatombe no fue tan espectacular como en el caso de VALERA, los SADRITAS perdieron en el primer envite la mitad de sus efectivos.

Los cazas-interceptores DELTA de MacLane atacaron entonces saliendo en persecución del enemigo. La batalla fue corta y durísima y MacLane perdió sus 50 millones de cazas. Pero los SADRITAS perdieron otros tantos y su fuerza, mermada considerablemente, se retiró perseguida por la Cuarta Flota al mando del Almirante Ensenada, quien en una larga persecución hasta el lejano Júpiter, fue dando cuenta del enemigo hasta acabar con él.

El camino hacia la Tierra estaba expedito.

La flota de transportes pudo llegar hasta el fondo de la rarificada atmósfera y desembarcó el Ejército Autómata. Los cruceros de la Segunda Flota fueron relevados por la Primera Flota, y Corrochano se retiró hacia VALERA con su fuerza de DELTAS intacta para reponer torpedos.

La Segunda Flota quedó entonces como fuerza de reserva y Miguel Ángel Aznar pudo hacer una corta y rápida visita a su familia. La Alférez Morgan le acompañó en este viaje, realizado en uno de los rápidos ascensores que comunicaban la cara exterior con el interior hueco del planetillo.

El Comandante había solicitado el relevo de la Alférez Morgan con una buena nota en la cartilla de calificaciones. Realmente Julia Morgan se había portado magníficamente como oficial, pero seguía sintiendo poco apego a la carrera militar.

Miguel Ángel no quería en su buque gente descontenta.

En Nuevo Madrid se respiraba una atmósfera de victoria, distinta de la sofocante opresión de los días en que todavía era una incógnita cómo reaccionarían los Hombres de Titanio. En la capital se notaba un apreciable disminución del tráfico. La mayor parte de los valerosos andaban lejos de la ciudad, tripulando buques de guerra, dirigiendo la campaña arrolladora del Ejército Autómata, cumpliendo en los arsenales, los transportes y los medios de comunicación.

En su casa, Miguel Ángel se encontró con Fidel, que había regresado de la Dimensión Temporal hacía pocos días. Miguel Ángel se alegró mucho de verle.

A Fidel, como a Yawna, el curso de la guerra sólo le interesaba en cuanto a la preocupación que sentían por las vidas que estaba costando la conquista de los planetas terrícolas. A juicio de Fidel y Yawna, la conquista de la Tierra no valía el precio que estaba costando en sangre. Ellos contaban también las vidas de los SADRITAS.

—Habéis dejado ATOLÓN, un circumplaneta enorme, donde caben cincuenta millones de humanidades como la terrícola, y habéis venido a pelear por un pequeño planeta que ni siquiera se podrá habitar hasta dentro de varios siglos, cuando restituyáis la atmósfera original y limpiéis aquello de radiactividad. Los terrícolas no obráis con lógica —dijo Fidel cuando toda la familia comía alrededor de la mesa.

—Querido hermano, los terrícolas no somos racionales. Los SADRITAS, que siempre obran con lógica, también pensaron que los terrícolas jamás volveríamos por aquí. ¿Para qué, si de todas maneras estos planetas que perdimos eran inhabitables para nosotros? El error de los SADRITAS consistió en suponernos una racionalidad que no tenemos. Los terrícolas, la mayoría de las veces, no obramos con la mente, sino con los impulsos del corazón. Los SADRITAS debieron haber tenido en cuenta nuestra peculiar forma de ser. Contra toda lógica volvimos a la Tierra, ¡y la conquistamos! —fue la respuesta de Miguel Ángel.

El Almirante Mayor remachó:

—Ahora sólo esperamos que, obrando con arreglo a la lógica, los Hombres de Titanio abandonen y se larguen. Estos planetas ya no son habitables para ellos.

—No importa —dijo Miguel Ángel—. Si no se marchan por las buenas los expulsaremos por las malas.

Al día siguiente Miguel Ángel Aznar iba con su padre al Almirantazgo para recibir los galones de Contralmirante. Su propio padre le impuso las charreteras de acero sobre los hombros, en una breve y emotiva ceremonia en presencia de algunos almirantes, vicealmirantes y contralmirantes, personal de la oficina y una linda muchacha que lucía los galones de Alférez.

Terminada la ceremonia y después de recibir las felicitaciones al caso, le presentaron a la Alférez, señorita Samanta Cabedo MacLane.

—Nieta de nuestro querido compañero el Almirante MacLane. El Almirante ha insistido mucho para que destináramos a su nieta a tu buque —dijo el Almirante Mayor.

El Almirante jefe de personal aclaró que la Alférez Cabedo MacLane iba a cubrir la plaza vacante por la Alférez Morgan.

Esta Samanta C. MacLane, como todos preferían llamarla, no se parecía totalmente a su madre, pero tenía de aquélla su espléndida figura.

—Voy a incorporarme a mi buque —dijo Miguel Ángel. ¿Ha traído sus cosas consigo?

—Sí, señor —contestó la muchacha respetuosamente—. He venido dispuesta a incorporarme inmediatamente.

—De acuerdo, haremos el viaje juntos. ¿Se ha despedido de su familia?

—De mi madre y de mis hermanos.

—¿Tiene usted hermanos?

—Tres. Yo soy la mayor de todos.

—¿Es usted oficial de complemento por lo que veo?

—Sí, señor. Pero mi ilusión es continuar la carrera y llegar a Almirante como mi padre.

Poco después el flamante Contralmirante abandonaba el Almirantazgo acompañado de la Alférez, que llevaba en una mano una bolsa de viaje de cuero negro.

Mientras viajaban en el ascensor en dirección a la superficie del planetillo, Miguel Ángel Aznar iba pensando en las ironías de la vida. Tenía veinticuatro años y la Alférez veinte. Si se hubiese casado con Samanta MacLane, esta preciosa criatura podría ser su

hija, y él tendría ahora cuarenta y cuatro. Pero si dejando crecer a su hija hubiese regresado a la Dimensión Temporal, podría darse el increíble caso de que él tuviera ahora veinticuatro años, y su hija veinte. ¡Cuatro años de diferencia entre padre e hija!

Aquellos diabólicos bartpuranos, con su máquina KARENDÓN, estaban revolucionando el mundo.

—Menudo follón —se dijo entre dientes.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó la linda Alférez.

—Nada hija, nada. Pensaba...

Los grandes y hermosos ojos de Samanta C. MacLane miraron llenos de curiosidad al grave rostro del Contralmirante.

El Contralmirante era muy joven y muy guapo. ¿Por qué la llamaría de este modo extraño, “hija”?

FIN

Notas

[1] Bertrand Russell en “El a b c de la Relatividad”. < <